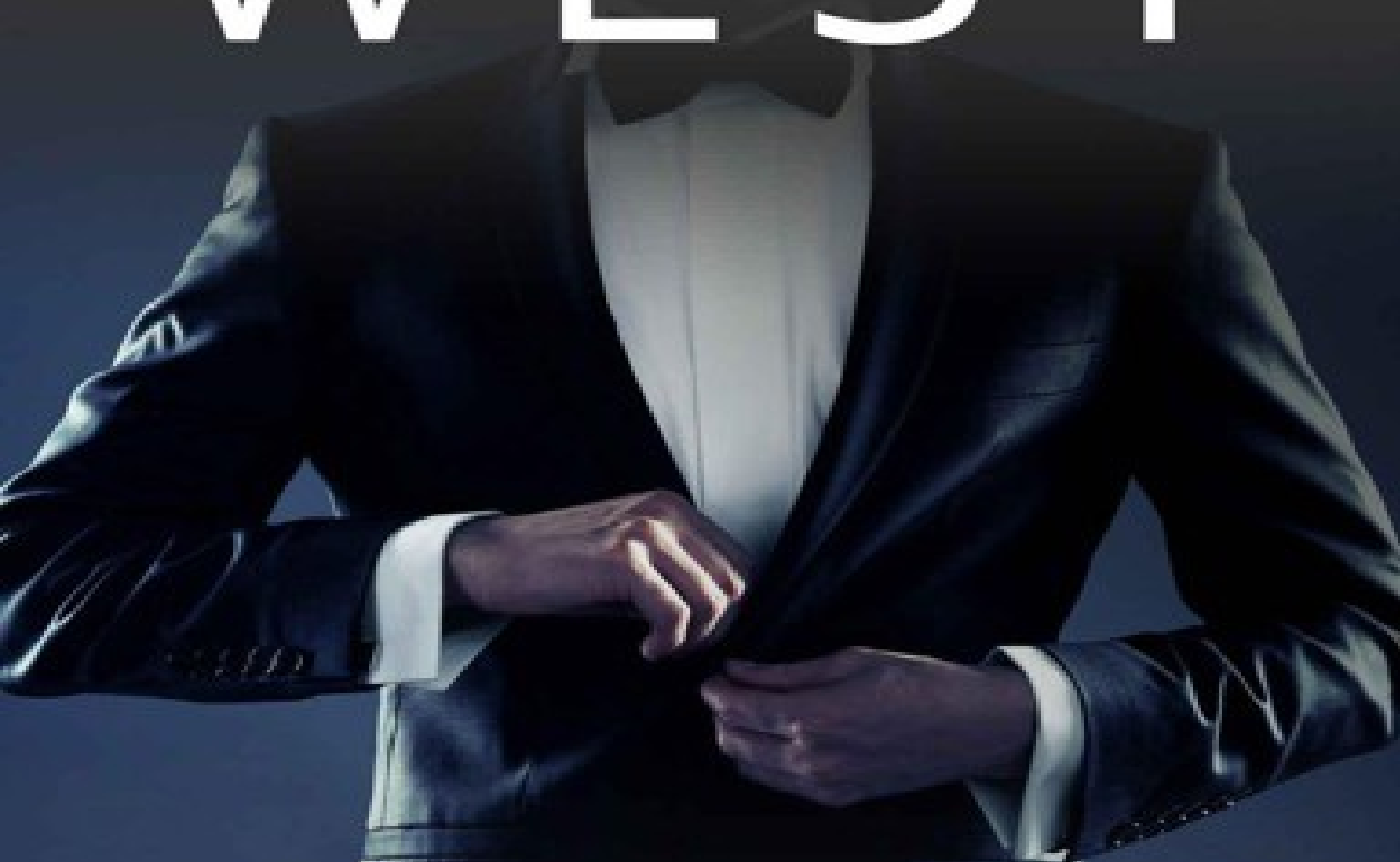


LA AUTORA SUPERVENTAS DE USA TODAY

# PRISCILLA WEST



ENTREGARSE

A LO

PROHIBIDO

Entregarse  
A Lo  
Prohibido

Priscilla West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, incluidos fotocopiado, grabación u otros medios electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas a reseñas críticas y otros usos no comerciales determinados permitidos por las leyes de derechos de autor.

Copyright © 2013 Blackbird Publishing

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o difuntas, es pura coincidencia.

## **Tabla de contenido**

-

-

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

## Capítulo uno

—¿Ya te vas?

Hice todo el esfuerzo que pude para no despertar a mi compañera de apartamento mientras juntaba la pila de documentos del cliente que descansaba sobre la mesa de la habitación del hotel. Riley Hewitt tenía sueño pesado, especialmente si había salido y bebido la noche anterior, su pasatiempo de vacaciones preferido. Por eso me sorprendió cuando levantó la cabeza rubia rojiza de debajo de las sábanas. Aparentemente, no había hecho el silencio suficiente.

—Perdóname por despertarte. Me tengo que encontrar con Richard abajo en unos minutos, así que solo estoy recogiendo las cosas. —La noche anterior había estado leyendo cuidadosamente la estrategia de cliente con mi supervisor, Richard Hamm, en su habitación del hotel, como si ya no la hubiésemos examinado decenas de veces la última semana.

Cuando volví a mi habitación, examiné nuevamente los materiales, memorizando cada detalle, reproduciendo mentalmente la secuencia de eventos que llevarían a conseguir este cliente para nuestra compañía. Cerrar este trato significaría mucho para mi carrera: las empresas de gestión de patrimonios prestigiosas no tenían la costumbre de dejar que analistas con apenas tres años de experiencia volaran a Ciudad del Cabo, Sudáfrica, para captar clientes de mil millones de dólares. Había sido solo gracias a una serie de acontecimientos afortunados —un grupo de empleados de alto rango que renunció para comenzar su propia empresa, mi reciente ascenso y un encuentro casual con uno de los directores en la cafetería— que me encontraba en esta situación. Decir que esto era algo grande sería subestimarlos.

—No te preocupes. —Bostezó y se restregó un ojo soñoliento mientras hacía un ruido que sonó como algo entre un gemido y un gorjeo—. De todos modos, me quería levantar. Desayunar algo, ir a ver algo de televisión extranjera. No todos los días puedes ver a Abelardo hablando en *afrikaans*. ¿Estás lista para la reunión?

*Dios, eso espero.* Debería estarlo después de tanta práctica y preparación. Por suerte, las mariposas que revoloteaban en mi vientre me daban más energía que la que una taza de café podría darme jamás.

—Creo que estoy lista. Además, Richard es quien se encargará de la mayor parte de la conversación. Tiene años de experiencia en esto. Yo solo estoy como apoyo.

Su sonrisa de victoria destelló—: Y para ser el rostro bonito. Lo harás excelente, Srta. Egresada de Harvard.

Le saqué la lengua juguetonamente. Riley era de Staten Island y realizó los estudios superiores en NYU. Aunque ambas terminamos trabajando en el mundo de las finanzas, Riley era una contadora especializada en asuntos impositivos para corporaciones gracias a la orientación de sus padres y, con frecuencia, me recordaba que su trabajo era mucho menos emocionante que el mío. Sin embargo, ella generaba muchas de sus emociones durante sus descansos. La puerta de su dormitorio que giraba permanentemente garantizaba que siempre tuviera una historia jugosa para contar en nuestras “noches de cita” de mojitos y comida mexicana semanales. Al observarla examinar un menú de servicio de habitación reflexioné por millonésima vez que tenía una suerte increíble al tenerla en mi vida. Nos habíamos conocido en un seminario insensibilizador, al que nos enviaron del trabajo, sobre la Expansión de la Productividad Corporativa en la Facultad de Negocios Stern de la NYU, donde no aprendimos

absolutamente nada acerca de cómo expandir la productividad corporativa y casi todo acerca de cada una durante un período de tres horas.

Desde entonces, ella ha sido el yin de mi yang, la guerrera de fin de semana de mi bibliotecaria. Con frecuencia, bromeábamos acerca de enviarle a NYU una linda canasta con frutas en agradecimiento, aunque Riley siempre respondía: “los doscientos mil que dejé allí para un título en Filosofía es suficiente agradecimiento”. Aun así, no podía suprimir la ola de alegría que me inundaba cada vez que pasaba frente a la imponente facultad de negocios de acero y vidrio mientras caminaba hacia el gimnasio; sabía que, sin Riley, mi estadía en Manhattan hubiese sido tan fría y solitaria como los años en Harvard.

Cuando le conté que iba a hacer un viaje de negocios a Ciudad del Cabo por una semana, insistió en usar sus vacaciones para acompañarme, para mi satisfacción. Pasar el rato con ella en la playa sería mucho más divertido que tomar sol sola o —que Dios no lo permita— con Richard.

Guardé el último de los expedientes, cerré la mochila y me alisé la blusa celeste y la falda de tubo negra. El atuendo había sido meticulosamente combinado para mezclar profesionalismo y estilo. Formaba parte de la estrategia.

—¿Cómo me veo?

—Te confiaría mis millones de dólares (si los tuviera).

—Esperemos que el chico malo multimillonario Vincent Sorenson piense lo mismo.

—Te he visto trabajar sin parar para esta reunión durante un mes. Estás más que preparada, nena. De cualquier manera, esta noche nos vamos a divertir. No te olvides de eso.

Por supuesto, una tarde y una noche completas de aventura con Riley: la dulce recompensa por despertarme condenadamente temprano para captar un cliente que, según mis investigaciones, era muy difícil. Saludando con la mano, salí de la habitación del hotel y bajé por el ascensor hasta el vestíbulo para encontrarme con Richard. Mientras daba un paso hacia las baldosas de mármol y los tacos golpeteaban, verifiqué la hora. Las 7:30 a. m. en punto. Habíamos acordado encontrarnos una hora antes de la reunión, para darnos tiempo suficiente para caminar las pocas cuerdas que separaban el hotel del edificio de la oficina del cliente y repasar cualquier detalle de último momento que hubiera surgido durante el sueño. Dios sabe lo que soñé con este momento. Bueno, más bien parecían pesadillas. Y por alguna extraña razón, todas terminaban conmigo en ropa interior.

Localicé a Richard sentado sobre el borde de un cómodo sillón, con los ojos pegados a su Blackberry. El traje de color gris pizarra y la corbata cerúlea lo hacían parecer más joven. Solo unos pocos mechones de canas revelaban que se acercaba a los cuarenta.

—Buenos días —lo saludé.

—¿Ya desayunaste, Kristen? —me preguntó sin levantar la vista de su Blackberry. Aunque sus malos modales me habían irritado al principio, los últimos seis meses que trabajé con él me habían enseñado a tener conversaciones enteras sin hacer contacto visual ni siquiera una vez. A menos, por supuesto, que el tema fuera el dinero. En ese caso, Richard era todo oídos.

—Tomé un jugo de naranja y comí una barra de granola, pero tomaría un café.

—Pongámonos en marcha entonces. Podemos detenernos a tomar uno. —Tomó su maletín y lo seguí al salir del hotel.

Cuando nos marchamos del alero del área de valet, la vista del océano a lo lejos me ayudó a calmar los nervios. Una brisa de mañana temprano me despeinaba y el sol de mediados de junio resplandecía. Al tiempo que caminábamos tranquilamente por las calles transitadas de Ciudad del

Cabo, disfrutaba de la vista, de los aromas y de los sonidos que no había observado ayer por haber estado tan ocupada con la preparación. Altos edificios corporativos que penetraban el cielo, bocinas de autos que sonaban, una mezcla ecléctica de personas que viajaban al trabajo, un McDonald's aparentemente en cada esquina... de muchas maneras, me recordaba a Manhattan. Aun así, la mezcla de colores brillantes, lenguas desconocidas y oleadas de surfistas con rastas que se dirigían hacia la playa para atrapar alguna ola matutina le daba a este lugar su encanto propio.

En el camino, nos detuvimos a tomar un café y Richard aprovechó la oportunidad para repasar nuestra estrategia.

—Cuando entremos al edificio, quiero que seas puras sonrisas, Kristen. Quiero verte los dientes en todo momento. Yo me encargaré de la mayor parte de la conversación, pero tú también juegas un papel importante. Puede que los clientes tengan más dinero que algunos países pero, primero y principalmente, son personas. Las personas tienen emociones. Los hombres, en particular, son débiles ante el encanto femenino. Tú los ablandas y yo los moldeo. —Solía decir este tipo de pendejadas diariamente, sin absolutamente nada de ironía.

*Es como si mi papel pudiera reemplazarse por un cartón recortado con tetas. Genial.* El cumplido con doble sentido de Richard me irritó, pero no me encontraba en una posición como para estorbar. Aunque hubiera muchas mujeres en el mundo de las finanzas, las esferas más altas consistían en clubes de hombres con sus propias reglas. No decía nada cuando Richard hacía esos comentarios sexistas, pero eso no significaba que fuera a comprometer mi integridad personal si alguna vez me sugería que avanzara un poco más que una sonrisa. Después de haber estado tres años en este negocio despiadado, muy pocas cosas podían conmocionarme.

—Bien. Un enfoque impulsado por las emociones. —Usé sus propias palabras para demostrarle que lo comprendía. Sonrió.

—Yo lo llamo el Sistema Hermano. Según mi experiencia, Vincent es Tipo B. Un aficionado, apasionado por las actividades recreativas, que en realidad no sabe bien cómo dirigir una compañía pero que tuvo mucha suerte. Un CEO desenfrenado y que no se preocupa por los detalles pero que es bueno para delegar responsabilidades a sus vicepresidentes. Al tipo le encanta surfear y machacársela.

Tenía mis dudas acerca de su valoración, pero me las reservé. Vincent había comenzado como un surfista ávido y fabricó una cámara económica a prueba de agua que sujetó a su tabla de surf, lo que le permitía filmar sus logros. Pronto, la generación de deportistas extremos de YouTube clamaba por una cámara similar para sujetar a sus tablas de surf/cuerdas de puentismo/patinetas/paracaídas, y la compañía que Vincent construyó de cero generaba miles de millones de ingresos. Mi investigación había pintado a Vincent Sorenson como una persona adicta al trabajo —su imperio se había expandido e incluía un programa de televisión de deportes extremos, una línea de ropa y tablas de surf hechas a medida—, pero si Google Images pudiera opinar, diría que era un fanático de la playa todo tatuado, con un bronceado oscuro y ojos con párpados pesados.

Un vago con tatuajes y abdominales marcados.

Richard continuó mientras cruzábamos la calle.

—Estos tipos son bastante predecibles. Todas las demás empresas de gestión de patrimonios que se disputan su dinero se ven exactamente igual sobre el papel. Le hablarán acerca de coeficientes alfa, dividendos, fondos de cobertura, y él no lo va a entender. Queremos que nuestro enfoque destaque. Al demostrar tu interés en lo que a él le apasiona ganarás la mitad de

la batalla. Observa, te apuesto a que vestirá una camiseta, shorts y sandalias cuando nos reunamos con él.

Mi sensibilidad a las suposiciones iniciales incorrectas se activó, pero no iba a discutir con Richard. Nuestra estrategia estaba establecida. Afortunadamente, la confianza de Richard ayudó a mitigar la constante sensación de que todavía no estábamos preparados. Parecía la ansiedad por los exámenes que sentí durante toda la etapa de facultad, excepto que ahora fracasar significaba perder millones de dólares en lugar de perder algunos puntos en el promedio general.

Cuando llegamos a destino, apenas reconocí la estructura de la torre de nuestra investigación.

—¿Vincent es el propietario de este edificio?

—No. La compañía solamente alquila algunas oficinas en el vigésimo tercer piso para pequeñas operaciones en el área. Él viene aquí principalmente a surfear.

Me aseguré de fijarme la sonrisa antes de pasar por la puerta giratoria de la entrada. Luego de registrarnos, subimos por el ascensor hasta el piso de Vincent donde una recepcionista nos acompañó hasta su oficina.

—Solo golpeen —dijo antes de regresar a su puesto.

—¿Estás lista? —me preguntó Richard al acercar los nudillos a la puerta. Allí estábamos. Inspiré profundamente y lo miré a los ojos:

—Hagámoslo.

Golpeó la puerta y escuché una voz claramente masculina que nos decía que entráramos. Elevando las comisuras de los labios para darle a mi sonrisa esa ventaja extra, seguí a Richard que me guiaba hacia dentro. Mi sonrisa se desvaneció al ver al hombre que estaba sentado detrás del escritorio.

Se encontraba sereno y poseía un refinamiento masculino que era más digno de un modelo de Calvin Klein que de un CEO de Fortune 500. Mientras miraba fijamente esos ojos marrones intensos, la nariz pronunciadamente grabada y la boca seductivamente tallada, ubicada en una estructura ósea sin duda alguna diseñada por un artesano experto, pensé por un segundo que habíamos ingresado al estudio de una sesión fotográfica. Pero no había dudas de que este era Vincent Sorenson, en carne y hueso. Las horas que había pasado analizando sus imágenes con la excusa de la investigación no me habían preparado —*no habrían podido prepararme*— para el real. En la foto más actual que había podido conseguir, se encontraba en el mar con el agua hasta la cintura y se acercaba a la orilla con una sonrisa radiante que hacía que se te detuviera el corazón, como si fuese algún tipo de dios sexual místico ansioso por reclamar sus ofrendas. No resultaba difícil imaginarse a vírgenes que se sacrificaban voluntariamente por él.

Pero la foto se había sacado hacía meses y en aquel entonces tenía el cabello rubio oscuro corto. Ahora caía enmarcándole los rasgos como un retrato listo para la exposición en un museo. Por un instante, lo único en lo que podía pensar era cómo se sentiría deslizar las manos por esos mechones sedosos.

Mis pasos aminoraron la marcha para igualar el ritmo de la respiración mientras lo observaba ponerse de pie con elegancia y rodear su gran escritorio de roble, para disminuir la distancia que nos separaba con una destreza sobria. Luego de estrechar la mano de Richard, se quedó de pie frente a mí. Frunciendo el entrecejo con mucha curiosidad, sus hermosos ojos se mantuvieron fijos en los míos, evaluando y analizando con astucia. Me sentí extrañamente vulnerable y expuesta bajo el peso de aquella mirada, como si estuviese sin ropa, desnuda ante él.

Me llegó un aroma que hizo que se me hiciera agua la boca y que el área entre los muslos me ardiera. ¿Qué era eso? ¿Colonia, loción para después de afeitarse, sus feromonas? Sea lo que



fuere, olía *bien*.

Al estar tan cerca, el fuerte magnetismo que exudaba mezclaba mis sentidos y me volvía el pulso irregular. Sentí que me absorbía y me empujaba al mismo tiempo; era una fuerza masculina potente que nunca se podría envasar ni capturar en una película, solo se podía experimentar.

El ruido de la tos de Richard y el subsiguiente codazo a mi brazo rompió el hechizo.

Tenía los labios secos, por lo que me pasé la lengua sobre ellos antes de hablar.

—Hola Sr. Soreson. Kristen Daley. Un placer conocerlo —dije con normalidad.

Le extendí la mano y sentí como si la extremidad no me perteneciera. Lo observé tomarla con la de él y apretarla con firmeza. Solo esa sensación fue suficiente para convocar imágenes pornográficas que no aprobaba ni me había dado cuenta de que existían dentro de mí, imágenes en las que me encontraba inclinada en su escritorio o con las piernas separadas contra una pared o arrodillada...

—Vincent —dijo, con una voz sedosamente áspera que me recorrió. La forma en la que pronunció su propio nombre hizo que pareciera aún más divino—. El placer es mío.

El calor que irradiaba de su mano y ascendía por mi brazo pareció llegar a mi cerebro y olvidé devolverle el apretón.

Cuando me liberó la mano y desvió la mirada de mí, me sentí aliviada y decepcionada a la vez porque las imágenes obscenas se hubieran desvanecido.

*Recobra la compostura. Estás aquí por negocios.*

—¡Qué lindo día! —remarcó Richard—. Ideal para surfear. —Ya estaba lanzándose de lleno en el guión.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Vincent vestía una camiseta, shorts y sandalias, tal como Richard lo había predicho. El efecto de la combinación era más sorprendente de lo que hubiera podido predecir y pensé que él era el único hombre que podría verse bien en ropa informal-sexy. Sin embargo, considerando que la impresión de fanático de la playa había sido precisa, mis fantasías se fueron aplacando lo suficiente para permitirme retomar mi encanto femenino, con sonrisa incluida. Parecía que estaba funcionando porque podía sentir que la mirada de Vincent se deslizaba por mi perfil cuando nos dirigimos al área de reuniones de su oficina.

Vincent hizo un gesto y tomamos asiento en dos sillas decorativas cerca de la enorme pared de vidrio que daba a la playa. Era una oficina espaciosa, más grande que cualquier otra que yo hubiera visto.

—Quisiera trabajar en mi reducción de gastos. Oí que Bali Bay es un punto excelente —dijo Richard. Nunca en su vida había surfado.

Vincent se sentó al otro lado de donde estábamos nosotros y no pude evitar estudiarlo. Hasta en una posición tan benigna como la de estar sentado, exudaba esa confianza primitiva.

—Es uno de mis preferidos. —Su voz profunda resonó, incitando una energía inquieta en mis piernas. Me moví en el asiento, tratando de ignorar el ardor cada vez más intenso que sentía entre los muslos. Afortunadamente, Richard era el que hablaba por lo que la atención de Vincent se dirigía hacia él.

Richard asintió con entusiasmo.

—Por lo que sé, Kelly Slater desarrolló sus habilidades surfando esas olas. —Esto era parte del plan. Richard comenzaría con comentarios sencillos sobre el tiempo meteorológico, progresivamente utilizaría más jerga del surf y, finalmente, cerraría abordando el tema de las

inversiones a través de analogías. Era como un programa educativo para niños. Yo me había mostrado escéptica —preocupada porque el enfoque podría malinterpretarse como condescendiente— pero cuando lo explicó en detalle, la sencillez eficaz del mensaje era en realidad bastante brillante.

El comportamiento de Vincent era impertérrito.

—Veo que has hecho la tarea.

Al recibir la señal prevista, Richard continuó:

—Lo que más admiro de él es su habilidad para leer el agua. Lo llaman el señor de olas.

Habíamos ensayado las líneas, yo hacía de Vincent y Richard de sí mismo. Era parte de las mejores prácticas estándar. Todo transcurría sin contratiempos hasta el momento. Luego, Vincent diría algo como “Me alegra saber que es un seguidor. Surfear es una parte importante de mi compañía y parece que lo comprende”,

Vincent echó un vistazo a su costoso reloj de buzo—. Tengo otra reunión pronto, así que, si no es molestia, vayamos directo al grano. ¿Por qué debería confiarles mi dinero?

*¡Mierda! Esto no era parte del plan.* Como un destello, vi semanas de trabajo echadas por la borda. En pánico, miré a Richard, esperando que pudiera rescatar algo de algún profundo lugar de sabiduría y experiencia.

Richard se tragó el gran nudo que tenía en la garganta; pequeñas gotitas de sudor le salpicaban la frente.

—Por supuesto, Sr. Sorenson. Dejaré que Kristen le comente más acerca de nuestras emocionantes estrategias de inversión.

Vacilé horrorizada cuando me di cuenta cuál era ese profundo lugar. Abrí la boca para protestar, pero la cerré rápidamente para evitar arruinar lo que quedaba de nuestra fachada de profesionalismo. No me atrevía a mirar a Vincent, pero podía sentir la intensidad de su mirada enfocada en mí. Con los ojos bien abiertos, busqué torpemente los documentos en mi expediente, haciendo todo el esfuerzo posible por controlar mis dedos temblorosos. Si lo arruinaba, Richard me echaría la culpa; había dejado que me hundiera.

—Hemos preparado materiales que ilustran los beneficios clave que recibirá al elegir Waterbridge-Howser —logré decir de algún modo con tono firme. Me levanté del asiento y caminé hacia Vincent con las piernas temblorosas para entregarle los materiales del informe que habíamos planeado dejarle después de terminar nuestro discurso. ¿Qué estaba haciendo? ¿Hacia dónde estaba llevando esto?

Estresada por la situación, hice un esfuerzo por evitar tocarlo durante el intercambio, pero hacer malabarismos con la maniobra y todo lo demás resultó demasiado complicado. Me tambaleé sobre los tacos y caí, para terminar con el pecho y las manos sobre su camiseta, y los papeles desparramados sobre su regazo.

Vagamente registré unas manos fuertes que me tomaban por la cintura y los pezones se me endurecieron instintivamente frente a aquella sensación. Algo extraño debajo de los dedos me llamó la atención. Duro. Redondeado. Circular. ¿Qué era?

*Tiene aros en las tetillas.*

La curiosidad le ganó a la lógica y le pellizqué uno de los aros a través de la camiseta. Nunca había conocido a un chico que tuviera *piercings* en las tetillas. Sus ojos oscuros quedaron fijos en los míos y podría jurar que, por un instante, vi que una chispa se transformaba en fuego ardiente.

Cuando el silencio que había quedado entre nosotros se hizo ensordecedor, recuperé la compostura y me disculpé enfáticamente.

—¿Estás bien? —me preguntó; su voz me produjo el mismo efecto en el cuerpo que el que había producido antes.

*No, tu pecho es demasiado firme y no me puedo concentrar.*

—Estoy bien, gracias. Disculpe la torpeza. Como le estaba diciendo, contamos con expertos que se especializan en diversas estrategias para adaptarse a sus objetivos. Considérenos sus socios. Nuestra empresa ayuda a que la suya crezca. —Me observó con curiosidad y sentí que las mejillas se me encendían por la vergüenza ante la mediocre elección de palabras—. Quiero decir patrimonio. Ayuda a que su patrimonio crezca.

Con torpeza, regresé a mi asiento. Fueron los cinco pasos más largos que di en la vida. Vincent estaba en silencio, con la atención centrada en los materiales. No podía adivinar qué era lo que pensaba, pero su expresión sombría no podía ser algo bueno. Intenté llenar el vacío verbalizando lo que él ya estaba leyendo y en la mitad de mi explicación dispersa acerca de las asignaciones discrecionales, me interrumpió:

—¿Quién hizo estos gráficos?

Ya estábamos bombardeando esta presentación y esto sería terminar de cavarnos nuestra propia fosa. Presentación mediocre, gráficos mediocres. ¿Podía empeorar?

—Kristen los hizo —dijo Richard, para mi sorpresa. Hice una nota mental para estrangularlo cuando esto hubiera terminado.

Vincent me miró con lo que solo podía suponer era una mezcla de aprobación y fascinación; lo hacía incluso más atractivo, como si todo lo demás no fuese suficiente.

—Son buenos —dijo, mientras daba vuelta la página y pasaba a examinar el siguiente documento.

Ante el primer signo de optimismo, Richard intentó rescatar nuestras posibilidades. Se aclaró la garganta y durante los siguientes quince minutos dio un discurso elocuente sobre los rendimientos con valor agregado, para redondear con las analogías del surf que habíamos practicado. Aparentemente le di el tiempo suficiente para que pudiera reformular nuestra estrategia.

Aun así, solo unos leves movimientos afirmativos con la cabeza insinuaron que Vincent había estado escuchando realmente. Prácticamente sólo leía los materiales que yo le había entregado.

—¿Alguna pregunta, Sr. Sorenson? —le preguntó Richard.

—No. Eso es todo lo que necesito saber. —Vincent se levantó del asiento en señal de que la reunión había finalizado y lo seguimos—. Gracias, Kristen. —Estrechó mi mano primero y después la de Richard—. Gracias, Dick. —Richard se detuvo y luego le devolvió el apretón de manos, aparentemente ignorando el hecho de que había confundido su nombre.

Cuando nos marchamos de la oficina de Vincent, se me desplomaron los hombros y sentí el cuerpo entumecido. Ni siquiera el aire alegre de Sudáfrica podía revitalizarme. Durante la caminata de regreso al hotel, tuve la tentación de gritarle a Richard por su comportamiento durante la reunión, especialmente por la parte en la que me arrojó toda la carga sobre los hombros cuando las cosas comenzaban a echarse a perder. Analicé sus rasgos, esperando encontrarlo abatido, ya que él tenía más que perder que yo, pero se veía sorprendentemente tranquilo.

—Lo arruinamos, ¿no? —le dije, más como una afirmación que como una pregunta.

—¿Eh? No sé por qué piensas eso.

—No respondía a la estrategia impulsada por las emociones como habíamos previsto. Apenas habló.

Richard agitó la mano como para disipar olor.

—Estos tipos de multimillonarios taciturnos... solo quieren hacer que pienses que son sombríos y misteriosos. Las chicas se lo creen pero es todo teatro. ¿Lo viste al tipo? Le acerté con lo de la ropa. Y estoy seguro de que esa reunión fue un saque directo. No te preocupes.

—Seguro —gemí.

—Además, creo que le gustaste. Ese movimiento en el que te tropezaste y metiste mano en sus pectorales fue perfecto. No podríamos haber planeado nada mejor. —Richard se rió por lo bajo.

—No le cuentes a nadie lo que pasó —lo espeté. Ya era bastante malo que Richard supiera sobre ese contratiempo, pero sería peor si más personas de la empresa se enteraran; quién sabe cómo lo interpretarían. El chismorreó de la oficina sería un problema.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —El gesto del dedo sobre los labios completó la burla.

—¿Qué harás el resto del día? —le pregunté, no deseaba nada más que cambiar de tema antes de que mi enojo con él me hiciera hablar en forma impertinente.

—No mucho. Probar la gastronomía local, echar un ojo a las chicas en la playa mientras me pongo al día con algunos correos electrónicos.

—¿Qué playa?

—Clifton.

Le sonreí. Definitivamente Riley y yo no iríamos a esa.

## Capítulo dos

Cuando regresé a la habitación del hotel, Riley estaba acurrucada en la cama mirando televisión. Richard se había ido a su propia habitación a hacer quién sabe qué.

—¿Y? ¿Cómo les fue? —Riley hizo una pausa tras la mirada miserable que le lancé—. Lo siento, Kris. No tienes que contarme.

Me quité los tacos y me solté el cabello, ansiosa por deshacerme del estilo profesional.

—Richard parece que piensa que nos fue bien. A veces siento que él vive en su propio mundo imaginario. Definitivamente, Vincent no iba a inclinarse por nuestro discurso promocional. Su lenguaje corporal te lo decía claramente.

La expresión de Riley era comprensiva. Con el control remoto en la mano, apagó la TV.

—Estoy segura de que diste lo mejor de ti. Quizás la suerte simplemente no estaba de tu lado hoy.

—Ese es el punto. Ni siquiera pude dar lo mejor de mí. Lo eché a perder varias veces. —Los momentos incómodos de la reunión se reprodujeron en mi cabeza y me estremecí. No podía culpar a nadie más que a mí misma pero, con el estado de ánimo que tenía, necesitaba un chivo expiatorio—. Si Vincent no fuese tan condenadamente atractivo, las cosas podrían haber sido diferentes.

—¡Ay! ¡Cuéntame! —Su voz aumentó un tono.

Le conté todo sobre mis metidas de pata y cuando hube terminado, sonrió.

—Bueno, al menos *luciste* profesional.

—Gracias por la compasión. —Le sonreí irónica.

—Sabes que siempre estoy aquí para apoyarte. Es por eso que hoy la vamos a pasar genial. Te olvidarás de todo lo relacionado con esa reunión y el Sr. Abdomen Sorenson. Esta noche iremos a bares y conseguiremos chicos que nos paguen los tragos. Sé que no has tenido muchas citas últimamente y toda esa frustración sexual debe de estar comiéndote viva.

Era cierto. Solo había tenido un par de citas fallidas desde que había conocido a Riley. Me había dicho a mí misma que era porque estaba concentrada en mi carrera, pero también había motivos personales por los cuales no quería pensar en citas, motivos que nunca le había contado a Riley. De cualquier modo, ella tenía razón acerca de la frustración sexual. Si mi novio a batería pudiera hablar, hubiese dicho que lo estaba asfixiando.

—No estoy muy interesada en la especie masculina en este momento. Entre el machismo de Richard y el que Vincent nos haya echado por tierra hoy, creo que estoy un poco agotada de testosterona.

—Tienes razón. Seremos solo chicas entonces. Ponte ese traje de baño sexy que trajiste. —Riley se desató la bata que llevaba para mostrar su bikini, cuyos breteles finos y el busto aumentado dejaban poco para imaginar—. Yo ya estoy lista para salir.

Habiéndome descargado con Riley, me sentía mejor acerca de la situación de la mañana. Me puse el traje de baño y salí del hotel con ella.

Cuando llegamos a la playa, acertadamente llamada Bikini Beach, justo antes del mediodía, la orilla estaba abarrotada. Había una mezcla agradable de turistas y lugareños, muchísima gente tanto dentro como fuera de las aguas azules cristalinas. Dejamos nuestras toallas sobre la arena

caliente y nos relajamos en unas sillas plegables económicas que compramos en una tienda cercana a la playa. Cuando nos hubimos acomodado, Riley fue a buscar unos tragos. Contemplé las olas y pensé en lo pintoresco que era el lugar. Este tipo de experiencia resulta rara cuando vives en Manhattan y aproveché la oportunidad para empaparme en ella. A medida que caía la tarde, el estrés de la mañana parecía desaparecer como los cubos de hielo en nuestros mojitos.

Vi a algunos surfistas a la distancia, zigzagueando por el agua. Nunca antes había surfeado y no tenía demasiadas intenciones de cambiarlo. Comprendía su atractivo, pero le temía al peligro: simplemente no creía que los riesgos pesaran más que los beneficios. Unos pocos momentos emocionantes frente a la posibilidad de que un tiburón me mordiera el brazo o de que me picara una medusa... sí, prefiero quedarme tomando sol —con pantalla solar, por supuesto.

Vincent, por el contrario, amaba las actividades de riesgo. Todo su negocio se basaba en los deportes extremos. Realmente no lo entendía pero resultaba evidente que lo había hecho muy exitoso.

Algunos hombres tonificados con la piel aceitunada pasaron junto a nosotras y Riley dirigió mi atención hacia ellos. Tenía que admitir que eran muy atractivos desde una perspectiva puramente física, pero eso a mí no me alcanzaba.

—Quizás tus estándares sean demasiado elevados —dijo Riley.

—Solo por que tengan abdominales y pene no significa que quiera dormir con ellos.

Ella se rió.

—Keith tenía más que eso. Nunca me dijiste por qué rechazaste mi ofrecimiento de organizarles una cita.

—Simplemente no era mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo, Kris? Apenas te he visto tener alguna cita desde que te conozco y no me digas que es porque has estado demasiado ocupada con el trabajo. —Me dio un codazo.

—No estoy segura de tener uno. —Casi no me daba cuenta de que me estaba frotando el dedo meñique.

—¡Ay! ¡Vamos! Toda chica tiene su tipo, simplemente algunas no desean sincerarse al respecto.

Ahora era yo la que sentía curiosidad:

—¿Cuál es tu tipo entonces?

—Veamos... alto, fuerte, atractivo, inteligente, sombrío, peligroso... ¡Ah! No nos olvidemos de que tiene que ser rico.

—Suena más como una fantasía que como una persona real. —De hecho, sonaba muy similar a alguien que había conocido esa mañana—. Digamos que a mí me gusta el tipo “bueno y afectuoso”.

—Básicamente los aburridos, ¿eh?

—Aburrido para ti, gratificante para mí. ¿Por qué querrías a alguien sombrío y peligroso? Y si fuera tan sexy, ¿no te preocuparía que te engañara?

—Solo tendría que volverlo loco. —Su guiño travieso dejó claro lo que quería decir—. Pero cada cual con sus gustos.

Pasamos el resto de la tarde bronceándonos la piel en rayos UV y probando la comida local. Afortunadamente, como la oleada de turistas que recorría Ciudad del Cabo era considerable, los restaurantes brindaban menús en inglés. Creía que el pollo sabría igual independientemente del lugar donde te encontraras, pero sea cual fuere la salsa especial que usaban, lo hacía excepcionalmente delicioso. Exploramos el área, nos deteníamos periódicamente para señalar

obras arquitectónicas únicas o sucesos inusuales. Aunque le dije a Riley que no me interesaba tener citas, no pude evitar darme el gusto de pensar ociosamente en Vincent. Quizás había pasado demasiado tiempo memorizando sus expedientes.

Ya era de noche cuando volvimos a tener hambre. A pesar de haber llevado puestas zapatillas cómodas, los pies nos estaban matando debido a todo lo que habíamos caminado. Riley propuso que nos detuviéramos en un bar lugareño para descansar las piernas fatigadas y comer algo. Nos encontrábamos fuera del circuito turístico a esa altura y el bar que escogió no parecía muy seguro.

—Será divertido. ¿Acaso no quieres una experiencia auténtica? No volamos miles de millas solo para ir a cualquier bar al que podríamos ir cerca de casa.

—Sí, pero somos dos norteamericanas en un país extranjero. Hay películas de terror basadas en esta situación.

—¿Qué es lo peor que nos puede pasar? —su amplia sonrisa me puso incómoda.

—No digas eso.

—Mira, tengo un lacrimógeno en el bolso. Si alguien intenta ponerse cachondo con nosotras, le derrito los globos oculares. —Me imaginé a Riley como la versión femenina de Rambo.

—Bueno, está bien. Si nos secuestran, es tu culpa. No quiero que digas que soy una aguafiestas.

Ella se rió.

—Nunca dije eso. Solo te gusta ser precavida y lo respeto. ¿Te acuerdas de cuando me advertiste sobre Danny? Tenías razón, resultó que era desagradable.

Riley había estado saliendo con Danny unos meses atrás. Cuando lo llevó a nuestro apartamento, no dejaba de lanzarme miradas furtivas. Le comenté a ella mis inquietudes y resultó ser que había estado en prisión por robo. Él ni siquiera era el peor en el extenso historial de citas de Riley. Honestamente no sabía cómo hacía para conocer a algunos de aquellos tipos.

Al entrar, observamos que el lugar estaba lleno de lugareños en su mayoría. Había unos inmigrantes en la esquina que parecían británicos y probablemente habían salido en busca de aventura. En algún lugar había un altavoz del que salía música tribal exótica. El ritmo hipnótico era pegadizo pero definitivamente distaba mucho de la música pop norteamericana: nada de Miley Cyrus aquí. Cuando encontramos una mesa con sillas y ordenamos margaritas, comencé a relajarme con el ambiente.

—¡Mira este lugar! —Riley parecía entusiasmada. Señaló los adornos que nos rodeaban—. Huesos de animales que cuelgan de las paredes, una cabeza encogida detrás de la barra y un cartel destartalado que dice “Ompad”. ¿No es genial? —Sacó rápidamente su teléfono para tomar algunas fotos.

El sonido nítido de un vaso de tragos al golpear contra la madera nos avisó que se estaba formando un alboroto cerca de la barra. Un grupo de curiosos rodeaba a dos hombres con sendos vasos en la mano y una botella a la mitad de un líquido ámbar entre ellos. El que estaba a la izquierda era un hombre gigante; una barba hosca y una mirada de hombre rudo completaban el factor intimidante. El grupo de espectadores curiosos me ocultaba de la vista al hombre ubicado a la derecha.

—¿Qué sucede allí? —preguntó Riley,

Sabía que no deberíamos habernos acercado. La sensación que tenía en el vientre de que sea lo que fuere que estaba sucediendo allí eran problemas, me decía que debíamos marcharnos, pero la intensa curiosidad nos atrajo a la acción como mariposas nocturnas al fuego.

Nos ubicamos en una mesa cercana, lo que nos brindó asientos de primera fila. Cuando vi quién era la figura ubicada a la derecha caí en la cuenta de por qué mis señales de alarma se habían activado.

*Vincent.*

¿Qué hacía aquí? Llevaba una camisa blanca y pantalones caquis que exhibían su contextura muscular esbelta. Para entonces, la multitud que rodeaba la barra había aumentado considerablemente y era equivalente al nivel de ruido. La mayoría se apiñaba alrededor del lado de Vincent. Algunos de los admiradores eran hermosas mujeres curvilíneas que lo único que hacían era frotar sus senos contra Vincent; me dio una punzada de celos que quién sabe de dónde provino.

—¿Es aquel quien creo que es? —me gritó Riley por encima del bullicio.

—Sí, es Vincent —le respondí—. Parece que se encuentra en medio de alguna clase de juego de tragos.

No pude oír su respuesta por encima de los gritos de ánimo. Las únicas dos palabras que logré descifrar fueron “condenadamente” y “sexy”. Me incliné más hacia ella.

—No te escucho.

—Dije que deberías acercarte. Esta puede ser tu segunda oportunidad para ganártelo.

—¿Qué? Ni si quiera sé qué es lo que está haciendo. Quizás ni siquiera me recuerda.

—Le pellizcaste la maldita tetilla, por supuesto que te recuerda. Ve a averiguarlo. —Me dio un suave empujón en los hombros pero permanecí firme en mi asiento. A pesar del placer que me causaba este encuentro fortuito, no me sentía cómoda con la idea de acercarme a Vincent en este extraño contexto social. Si Richard tenía razón acerca de que la reunión había salido bien, hablar con Vincent podría sabotear nuestros esfuerzos en vez de ayudar.

—Primero mirémoslos un ratito.

Presenciamos cómo el hombre corpulento bajaba su trago, golpeaba el vaso contra la barra y gruñía algo en afrikáans. No entendí lo que dijo, pero si hubiera tenido que adivinar por el tono, fue algo como “¿Eso es lo mejor que puedes dar?”. Luego alcanzó un bolso que tenía cerca, sobre la barra y sacó de allí un gran frasco transparente. Entorné los ojos para identificar el contenido. Hebras delgadas, puntos negros que correteaban.

*Telarañas y arañas.*

El público no parecía sorprendido, por el contrario, clamaban en señal de aprobación como si se encontraran en un evento deportivo. ¿Por qué tendría algo así? Y, entre todos los lugares posibles, justo aquí. *Odio las arañas.*

El asco y el asombro que sentía debieron de haber sido palpables porque Vincent volvió la cabeza en dirección a mí, como si se hubiese sintonizado con mi frecuencia específica. Por segunda vez en el día, nos sostuvimos la mirada. Una parte de mí quería esconderse de la vergüenza de esa mañana, la otra parte de mí sabía que mi compañía tenía que realizar negocios importantes con él.

Antes de que hubiera decidido si lo iba a saludar con la mano o iba a retroceder detrás de la multitud de cuerpos, la sombra de una sonrisa apareció en sus labios.

Me hizo una seña con la mano. Con incredulidad me señalé el pecho con el dedo y articulé “¿yo?” y él asintió. ¿Para qué quería que me acercara? Miré a Riley en busca de un consejo y me encontré con movimientos ansiosos que me incitaban a que fuera. Percibiendo una oportunidad para aclarar cualquier confusión relacionada con la reunión de la mañana, me abrí paso entre la multitud hasta él. Las mujeres que lo rodeaban se mostraron reacias a hacerme lugar,



lanzándome miradas maliciosas, pero logré contonearme a través de un hueco.

—Hola, Kristen —me dijo. Recordaba mi nombre.

—Hola Sr. Sorenson.

—Por favor, llámame Vincent. No esperaba encontrarte aquí, pero ahora que estás, esto será muchísimo más interesante. —Sonrió ampliamente.

No estaba segura de a qué se refería. Confundida por toda la situación, le pregunté:

—¿Qué hace aquí, Vincent?

—Negocios. Y tú vas a decidir si quieres ayudarme. —Hizo un gesto hacia el tipo corpulento y sus extrañas arañas mascota.

*Bueno... eso no me explica mucho.*

—Debería decirle, Sr. Sorenson, que tengo temor a las arañas —le dije observando el frasco.

Se me acercó a la oreja inclinándose para que pudiera escucharlo.

—Mucho mejor. Hoy más temprano me pediste mi dinero, Kristen. —Su voz ahumada era implacable—. No quedé impresionado. Esta es tu segunda oportunidad para convencerme de que debo confiarte mis activos.

*Mierda. Realmente echamos a perder la reunión esta mañana. Tragué saliva.*

—¿Qué quiere que haga?

Como en respuesta a mi pregunta, el mastodonte destapó el frasco y sacó una araña con un par de palillos.

Al ver a la minúscula criatura negra fuera de su confinamiento entré en pánico. Intenté escapar pero Vincent me tomó el codo en una sujeción suave pero segura y me tiró hacia él.

—Vas a estar bien, confía en mí. Solo observa.

Con la mano en el vaso de tragos lleno, el hombre corpulento ubicó la araña sobre la piel entre el pulgar y el índice. La araña, cuya parte trasera mostraba un punto rojo, permaneció sorprendentemente quieta, quizás con la misma incertidumbre que yo sentía. Sin quitarle los ojos de encima a la criatura venenosa, el tipo corpulento acercó la bebida lentamente a los labios, manteniendo la mano firme y, con un movimiento tranquilo, bajó el contenido, se sacudió la araña de la mano y aplastó el arácnido al golpear el vaso contra la barra. La multitud estalló en ovaciones.

El tipo corpulento nos miró expectante a Vincent y a mí. Su mirada dura decía “su turno”.

—En serio, no va a hacer eso, ¿verdad? —solté sin pensarlo.

Sus ojos se estrecharon al tiempo que sonreía.

—Sí. Y tú me vas a ayudar colocándome la araña en la mano.

Estuve a punto de decir “ni loca” pero cambié de opinión al ver su mirada inquisitiva.

—Considéralo una prueba. ¿Hasta dónde eres capaz de llegar para atender mis intereses?

Sentí que se me cortaba la respiración.

—¿Estamos hablando de dinero ahora o de arañas venenosas? Porque son cosas muy distintas.

—Aunque no lo creas, hay mucho en juego si no sigo hasta el final. —Hizo un gesto en dirección a una pila de documentos que se encontraban sobre la barra. No entendía el idioma pero, por el formato, podía decir que se trataba de documentos de contrato, así que esto no era simplemente una apuesta entre dos egos inflados—. Supongo que también hay mucho en juego para ti.

—¿Qué pasa si le pica?

—Deja que yo me preocupe por eso. Si lo hace, no será tu culpa.

—¿Qué sucede si trepa y me pica a mí?

—No dejaré que eso suceda. Confía en mí, estarás bien.

Esto no era profesional; era descabellado. Una locura. Nunca antes había hecho algo tan peligroso como esto. Si hubiese sabido que tendría que manipular insectos mortales para ganar clientes, no habría aceptado este trabajo en primer lugar.

Estaba atrapada entre la espada y la pared: si no lo hacía, de seguro perdería a Vincent como cliente y, si lo hacía, posiblemente aniquilaría al hombre más sexy que hubiera conocido y a mi carrera. De cualquier manera, estaba en aprietos.

Le eché un vistazo a Riley y vi que me daba el visto bueno con el pulgar.

*Maldito seas, Vincent.* Tomé los palillos y desenrosqué el frasco, haciendo una mueca mientras introducía el utensilio. Cuando toqué una de las criaturas, se movió e instintivamente retiré la mano.

—De ningún modo. No puedo hacer esto —exclamé.

—¿Te rindes tan pronto? Todo aquello que vale la pena se obtiene arriesgándose.

Enardecida por su mofa, probé nuevamente. Esta vez, la criatura negra no se movió y pude sujetarla con los palillos. Se sentía dura y blanda al mismo tiempo y, cuando la saqué y pude verle mejor las patas inquietas, no lanzarla al otro lado del bar me costó hasta la última gota de mi fuerza de voluntad. Me temblaban las manos y temía dejar caer la araña, o peor, hacer que se enfadara lo suficiente y que picara a Vincent. Luego, una mano cálida que me tomó del brazo me estabilizó.

—Lo estás haciendo excelente. Solo relájate un poco. Concéntrate en controlar tu propio cuerpo, no en lo que estás sosteniendo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —le respondí, aunque su consejo parecía que funcionaba.

Los siguientes momentos fueron una imagen borrosa, pero de alguna manera logré ubicar la araña suavemente sobre la mano de Vincent. Él tomó su trago y se esforzó a tope al colocar la araña de una sacudida de vuelta en el frasco en lugar de matarla.

Una vez más, el bar clamó en señal de aprobación.

Con temor de que tuviera que hacerlo de nuevo, me volví hacia el tipo corpulento y me sentí aliviada al verlo desmayarse sobre la barra.

Vincent había ganado.

## Capítulo tres

Pronto el alboroto se apaciguó. El tipo corpulento se había espabilado, había firmado el contrato, estrechado la mano de Vincent y se había marchado. La multitud se había dispersado y a Riley ahora la entretenía uno de los chicos británicos del grupo de extranjeros. Me encontraba sentada junto a Vincent en una mesa cómoda, en una parte apartada del bar, sola.

A pesar de todo el alcohol que imaginaba fluía por su sistema, Vincent estaba fresco como una lechuga. No solo tenía los nervios de acero, sino también la sangre. Comencé a preguntarme si esas serían las únicas partes...

—¿Qué te puedo ofrecer para beber? —me preguntó Vincent, haciéndole señas a la camarera.

Consideré evitar seguir bebiendo alcohol, en caso de que habláramos sobre negocios, pero tampoco quería parecer grosera.

—Un mojito, por favor.

La camarera le lanzó una sonrisa coqueta a Vincent antes de marcharse, lo que me enfureció.

Volvió a enfocar su atención en mí.

—Estoy sorprendido. Me dio la impresión de que eras más damisela que dama.

El comentario fue categóricamente personal y sentí que tenía motivos para ofenderme.

—Y a mí me da la impresión de que usted es más imprudente que valiente. ¿Por qué participó de una competencia de tragos con un matón amante de las arañas?

Los labios pecaminosos se curvaron en una sonrisa malvada.

—No puedes juzgar siempre a las personas por su apariencia. Nambe es un magnate de los bienes raíces. Es dueño de muchas propiedades en la zona, incluido este bar. Quería una de sus playas privadas y él estableció los términos. Verás, las personas más exitosas juegan según sus propias reglas.

Su comentario me recordó cuán lejos había llegado yo para ganarlo como cliente.

—¿Todas sus transacciones comerciales incluyen el poner en peligro su vida?

—Solo las que son interesantes. La picadura no hubiese sido fatal si me dirigía al hospital de inmediato. Cuando deseas tanto algo, a veces es sorprendente lo que estás dispuesto a hacer. — Se acomodó en la silla y la pierna de él rozó la mía, lo que me envió un aleteo inoportuno hacia el vientre.

La camarera regresó con mi trago y le di un sorbo, deleitándome con el sabor más de lo que hubiese debido.

—¿Se aplica eso a nadar con tiburones y saltar de acantilados? —le dije, sintiéndome envalentonada por el mojito, como también por el resto de las bebidas alcohólicas que había consumido desde que habíamos pisado el bar.

—Se aplica a lo que sea que me emocione. ¿Qué es lo que te emociona a ti, Kristen? Además de obtener mi cuenta.

Sin la seguridad de que eso fuera un piropo o una acusación, le respondí:

—¿Quién dice que eso me emociona?

—Hace que seas buena en tu trabajo. Dejando a un lado el discurso, los materiales que me diste estaban muy pulidos.

—Gracias. —Me puse nerviosa ante el cumplido. Era extraño que mi trabajo recibiera el aprecio que yo sentía que merecía, incluso de parte de mis colegas, y ni hablar de un cliente.

—¿Qué harías si eligiera tu compañía?

—¿Quiere decir que aún después de que hice todo eso no está convencido de poder confiarnos su dinero?

—Lo que hiciste coloca a Waterbridge-Howser nuevamente en órbita. Luego de que tu compañero insultara mi inteligencia esta mañana, casi los descarto.

*¡Mierda!*

—Realmente lo siento por eso, no era la intención. Solo intentábamos ser persuasivos y parece que no percibimos el límite.

—De acuerdo. —Agitó su bebida y se encogió de hombros—. Por curiosidad, ¿qué haces en un bar como este?

La pregunta sonó como si pensara que yo andaba merodeando, lo que de ninguna manera era el motivo.

—Fue idea de mi amiga Riley. —Señalé a Riley con un dedo acusador, que estaba al otro lado del bar y parecía demasiado enamorada de su acompañante para darse cuenta—. Es un poco aventurera.

—Tú también —me dijo tocándome la mano con la yema del dedo—. ¿Tienes novio?

—¿Perdón? —La conversación se había vuelto sin duda insinuante y no estaba segura de cómo reaccionar. Nunca antes un cliente había intentado seducirme y no había directrices de la compañía que abordaran este tipo de situación. Independientemente de cuán atraída me sintiera hacia Vincent, si alguien del trabajo sospechaba que estaba mezclando negocios con placer, mi reputación profesional estaría arruinada. Ya había visto ese tipo de sucesos.

—No me digas que tu pareja es...

—¿Quiere decir Richard? Definitivamente él *no* es mi novio.

—Bien. Entonces estás soltera. —Se inclinó para acercar su impresionante rostro hacia el mío, lo que hizo que me percatara de él aún más. Yo me mantuve firme.

—Quizás sí, quizás no. De cualquier manera, lamento desilusionarlo, pero no salgo con clientes potenciales —le dije, deseando que, al no hacerle caso, terminara con la conversación personal y pudiéramos retomar la conversación de negocios.

Aquellos labios seductores, tan cerca de los míos, se curvaron en una sonrisa.

—¿Quién dijo algo acerca de salir? Solo quiero terminar lo que comenzaste esta mañana.

—¿De qué me está hablando?

—Estábamos aquí. —Con suavidad, pero con firmeza al mismo tiempo, me tomó la mano y la ubicó sobre su pecho. El movimiento me tomó desprevenida y lo único que pude hacer fue inhalar profundamente al sentir la repentina calidez de su cuerpo y el latido fuerte de su corazón debajo de las manos—. Avancemos. —Comenzó a deslizarme la mano lentamente hacia abajo. Mientras los dedos trazaban los contornos fuertes en la base de sus pectorales y el descenso firme por el estómago a través de su camiseta, se me puso la piel de gallina y se me erizaron los cabellos de la parte posterior del cuello. Se me aceleró el pulso y separé los labios para adaptarme a la respiración más rápida. Recién cuando los dedos llegaron a la base de sus abdominales tiosos mi mente se puso al tanto de la situación y me aparté.

—Lo de esta mañana fue un error inocente —repliqué, consciente de que el gesto me había excitado más que ofendido—. No sé qué tipo de chica cree usted que soy exactamente pero yo no mezclo negocios con placer.

—Yo sí —. Su voz sensual podía derribar la defensa de cualquier mujer. Sabía que debía irme de allí, temiendo que yo no fuera la excepción.

—Bien por usted. Gracias por el trago, Sr. Sorenson pero, si me disculpa, debo regresar con mi amiga. —Me levanté de la silla con la intención de marcharme pero me volví hacia ese rostro espectacular por última vez—. Si todavía está interesado en Waterbridge-Howser, tiene el número de Richard.

Los labios se le torcieron en esa misma sonrisa malvada que había hecho antes.

—Estaremos en contacto.

Cuando regresé a la mesa de Riley, estaba sola.

—¿Qué pasó con el chico británico? —le pregunté.

—Me aburrió. Pero no te preocupes por eso. ¿Qué pasó entre tú y ya sabes quién?

—Nada. Fue solo una conversación profesional. Solo negocios —intentaba convencerme a mí misma tanto como a ella.

—Sí, seguro. Esta noche os acostáis seguro.

Negué con la cabeza vehementemente.

—No —le repetí—. Vamos. Ya tuve suficiente de este lugar.

## Capítulo cuatro

Hacía dos horas que habíamos despegado del Aeropuerto Internacional de Ciudad del Cabo y regresábamos al Aeropuerto Internacional JFK. Riley y yo habíamos aprovechado al máximo el resto de nuestra estadía; no nos divertíamos de esa manera desde hacía mucho tiempo y ya me aterraba la idea de volver a trabajar. Aunque disfrutaba de trabajar en Waterbridge-Howser, ningún trabajo superaba las largas caminatas pintorescas por Ciudad del Cabo y ver a Riley coquetear con los lugareños.

Eché un vistazo y vi a Riley totalmente dormida a mi lado, con la cabeza colgando sobre el respaldo. Si tan solo me pudiera dormir unos minutos. Riley había intentado incitarme con respecto a lo que había sucedido entre Vincent y yo en el bar, pero no ahondé en detalles, sabiendo que nunca me dejaría en paz si supiera la verdad.

La cabeza aún me retumbaba debido a los tragos de despedida que insistió en que bebiéramos por nuestra última “noche” en Sudáfrica. Ella había hecho unos nuevos amigos en la playa que nos llevaron al mejor punto panorámico de la ciudad y nos habíamos quedado levantados toda la noche para contemplar el amanecer por la Montaña de la Mesa. Debía admitirlo, fue precioso, pero después lo lamentamos cuando tuvimos que empacar y marchar al aeropuerto. Con ojos soñolientos y el inicio de lo que estaba segura sería una resaca terrible, nos arrastramos hacia la puerta y nos embarcamos. Riley se había dormido ni bien nos sentamos.

El sonido de *clic* del cinturón de seguridad hizo que volviera la atención hacia la carpeta abierta que tenía delante de mí. Richard me había enviado un correo electrónico tarde la noche anterior pidiéndome que examinara el expediente de Vincent otra vez. Estaba nervioso porque Vincent aún no nos había llamado, lo que también me ponía nerviosa a mí.

Después de aquella noche en el bar, no habíamos tenido ninguna señal de Vincent Sorenson. Cuando explorábamos la naturaleza que rodeaba a Ciudad del Cabo, parte de mí esperaba que saliera de un área arbolada cercana, enzarzado en algún combate mortal con una pantera o que hiciera una aparición dramática al caer del cielo con un paracaídas. Algo que desafiara a la muerte. Pero no pasó nada.

Aquella noche, Vincent había estado tan cerca de mí que pude sentir el aroma masculino a whisky y especias de su ropa. Recordaba su boca, que había permanecido tan cerca de la mía mientras me guiaba los dedos por la expansión de su torso tallado. Me preguntaba cómo se sentirían sus labios contra mi cuello descubierto. ¿Sus besos serían suaves o urgentes?

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en ello mientras echaba un vistazo al expediente de Vincent. Había estudiado ingeniería mecánica en Berkeley, aunque sus profesores hubieran dicho que se había especializado en surfear y que la ingeniería mecánica era solo un pasatiempo. Se graduó e inmediatamente comenzó una vida de surf y trabajos de temporada. Pero algunos años después, diseñó y fabricó el primer prototipo de su cámara para la tabla de surf, él solo en su apartamento —parecía que sabía cómo usar las manos y obviamente mezclaba los negocios con el resto de su vida—.

Recordé la textura de sus manos de cuando se acercó las mías al pecho en el bar. Las tenía prolijamente cuidadas pero eran fuertes y callosas debido a todas las actividades al aire libre que realizaba. Un calor lento se acumuló en mi parte íntima al imaginarlo deslizándose por mis muslos —lo había resistido en Ciudad del Cabo pero no estaba segura de si podría resistirme a su

roce íntimo de nuevo—.

Negué con la cabeza. Un encuentro con Vincent Sorenson y ya se me habían humedecido las braguitas. ¿Cuándo había empezado a fantasear con prácticamente desconocidos y clientes potenciales tan fácilmente? Además, cualquier cosa que sucediera entre Vincent y yo estaba destinada a ser un callejón sin salida. Esas mujeres que lo rodeaban en el bar estaban a un pelo de distancia de que sus vestidos se desplomaran en el suelo. ¿Cómo podía competir con eso? ¿Quería eso siquiera? Ya había cometido un error con un hombre como aquel una vez, pero no lo haría de nuevo.

Riley dejó escapar un leve ronquido; la cabeza giró con la inclinación del avión y se detuvo suavemente sobre mi hombro. Siempre hacía que pareciera tan simple. Si quería a un chico, nueve de cada diez veces, lo obtenía. ¿Qué hubiese hecho ella con Vincent? Sacudí la cabeza para sacarme la idea.

Sea cual fuere el motivo por el que Vincent Sorenson no se había comunicado con nosotros, solo esperaba que no tuviera que ver con que yo hubiese echado por tierra sus insinuaciones. Puse los papeles de nuevo en la carpeta y los guardé. Vincent solo era una fantasía peligrosa que tenía que desaparecer. Incliné la cabeza hacia atrás y me la cubrí con la manta que hacía picar de la aerolínea, deseando dormir un poco antes de que llegáramos a Nueva York.

\*\*\*

*Tenía las piernas acartonadas y la parte de la espalda de la camiseta empapada en sudor. Deseaba mover las piernas pero no podía. El aire tenía la consistencia del lodo. ¿De quién me escapaba?*

*Corre. Solo corre.*

*El miedo se enroscaba alrededor de mi estómago y quería vomitar.*

*Había alguien detrás de mí. Unos ojos azules ardían en una llama caliente y helada al mismo tiempo, detrás de unos anteojos gruesos. ¿Cómo podía ser tan rápido? Me tomó del brazo y lo retorció detrás de mí. El dolor se proyectó a través de mi hombro pero no podía abrir la boca para gritar.*

El chillido de la alarma del despertador me despertó. Aparté las sábanas empapadas en sudor de un tirón. Maldición, pensaba que ya había superado eso. Me sacudí el brazo derecho que estaba entumecido, consciente de que debía de haber dormido toda la noche sobre él; confundida, le di un golpe torpe a la mesa de luz con la mano antes de darme cuenta de que el reloj despertador se había caído al suelo. Extendiendo el brazo hacia abajo, lo levanté y entorné los ojos para ver las letras rojas. Las 7:00 a. m. Me levanté y me escabullí hacia el baño, observando que la puerta de la habitación de Riley todavía estaba cerrada. No tenía que llegar al trabajo hasta las nueve y generalmente dormía hasta el último minuto que podía.

El ritmo del corazón había vuelto a la normalidad cuando terminé de darme la ducha matutina y vestirme para el trabajo. Bajé por el ascensor, bebiendo a sorbos mi batido de desayuno. Brócoli, copos de avena, polvo proteico, jugo de naranja, una banana y yogur: era el desayuno de los campeones. Riley me lo presentó como la cura para la resaca, pero pronto se convirtió en mi refrigerio matutino. Al ver mi reflejo en las puertas del ascensor, decidí que definitivamente me había vestido como toda una profesional con mi blusa blanca, la falda acampanada y los tacos negros. Diablos, si tuviera unos cuantos millones de dólares me confiaría el dinero a mí misma.

Marché rápidamente por las calles del Lower West Side hasta llegar a la estación del metro, solo reduciendo la velocidad para esquivar las tapas de alcantarillas y evitar que los tacos se me atascaran. En la intersección, una multitud de personas que iban a trabajar se fusionó conmigo.

Hombres y mujeres que vestían atuendos formales avanzaban en perfecta sincronización, nadie emitía ni una palabra.

Eso era lo más extraño acerca de la Ciudad de Nueva York a lo que nunca me había acostumbrado. La gente podía estar totalmente encimada pero nunca se decían una sola palabra. Lo mismo pasaba en Boston, donde había ido a la facultad y trabajado un año después de ello, pero antes de ello vivía en Coppell, Texas, donde prácticamente todos saben tu nombre. Simplemente te sientes más como una persona cuando la gente realmente reconoce tu existencia.

Todavía consideraba a Texas mi hogar, a pesar de que no había vuelto en años. Mis padres todavía vivían allí pero no habíamos estado en contacto desde que me marché para ir a la facultad. Ellos eran adictos al trabajo y esperaban que yo fuera igual —a costa de mi niñez y de una verdadera relación con ellos—. No estaba resentida, pero tampoco me gustaban sus intentos de manejarme la vida. Ahora ellos tenían su propia vida y yo tenía la mía.

Las olas de personas que iban a trabajar me arrastraron con ellas hacia la estación Bowling Green. Suponía que ignorar a los desconocidos era un mecanismo de defensa cuando vivías en una ciudad con ocho millones de habitantes. No podías aprender los nombres de todos aunque lo quisieras.

Veinte minutos más tarde, salí del ascensor dando un paso hacia el cuadragésimo octavo piso de la estructura resplandeciente de vidrio y acero que era la sede de Waterbridge-Howser. Una mesa de entrada de caoba decorada con mármol me recibió. Letras de aluminio que rezaban el nombre de la compañía colgaban con buen gusto en la pared detrás de la mesa. La sala de conferencias a la derecha estaba vacía, y la vista del parque se filtraba a través de ella. Cada detalle estaba diseñado para mostrar riqueza y poder. En este negocio las apariencias resultaban importantes.

Navegué por el laberinto de cubículos hasta mi escritorio. No estábamos tan amontonados como era posible, pero tampoco era el plano de la oficina abierta de un estudio de diseño. Los divisores altos brindaban privacidad a los analistas mientras investigaban oportunidades de inversión. Algunos analistas, como yo, teníamos la suficiente experiencia para hablar con los clientes directamente, responder a sus preguntas y encargarnos de problemas menores para que los que estaban más arriba pudieran tener la libertad de trabajar para atraer más negocios. Las oficinas de los gerentes formaban el perímetro de cada piso, cada una con una ventana con vista. Los socios de la empresa tenían su propia sección del piso y solo salían ocasionalmente para hablar con los gerentes.

Dejé mi bolso sobre el escritorio y extraje el expediente de Vincent antes de dirigirme por el borde externo del corral de cubículos hacia la oficina de Richard. La puerta estaba entreabierta y se encontraba escribiendo algo en la computadora.

—Richard, ¿querías verme por el asunto del Sr. Sorenson?

—Sí. Adelante. ¿Repasaste su expediente? —me dijo, sin apartar la vista de la pantalla.

—Controlé todo y hasta revisé nuestra propuesta. Nuestras sugerencias fueron muy razonables según lo que sabemos sobre sus finanzas.

Richard me miró fijo.

—¿Alguna idea de por qué aún no nos ha llamado?

Durante un segundo de irracionalidad, pensé en soltar los detalles del encuentro con Vincent en el bar, pero decidí que sería mejor que Richard no supiera nada acerca de aquello. Además, era irrelevante. En todo caso, Vincent debería estar más interesado en trabajar con nosotros después de ese encuentro. Me encogí de hombros.



—No sé. ¿Quizás otra empresa se acercó a él antes que nosotros? —Recordé los comentarios condescendientes de Richard acerca del “señor de las olas” y sus suposiciones acerca del estilo de vida de Vincent que, sin lugar a dudas, influyeron en su enfoque para la reunión. Aquello podría tener que ver con el hecho de que no habíamos tenido noticias de Vincent, pero mantuve la boca cerrada. Richard frunció el entrecejo.

—¡Al diablo! —desaprobó Richard—No podemos hacer nada más que esperar. Avísame si tienes novedades.

Entendí la señal de que la reunión había terminado cuando Richard se volvió hacia su computadora. Al regresar a mi propio escritorio, abrí el correo electrónico. Lo primero que apareció fue un mensaje del proveedor de servicios de telefonía celular que me informaba que había alcanzado el límite de datos mensual. *¿Otra vez?* Estos servicios de telefonía celular realmente sabían cómo desplumarte. Eliminé el correo y avancé, revisando memorándums de trabajo y eliminando correo basura.

El resto de la mañana transcurrió hasta dar paso a la tarde. Luego de almorzar y ayudar a otro analista a resolver una cuestión relativa a la presentación de informes, regresé a mi escritorio y hallé una nota que habían dejado descuidadamente sobre el teclado.

*Llamó Kaufman, debo reunirme con él. Mantenme al tanto si Sorenson llama a la oficina.*

Jon Kaufman era uno de los clientes más grandes de los que se encargaba Richard. Tenía una gran refinería de plásticos al oeste del Hudson y era uno de los clientes que no venían a nuestra oficina, sino que nosotros íbamos a él. Nunca me reuní con el tipo, pero por lo que Richard decía, era complicado.

Dejé la nota a un lado y me dispuse a continuar con mi rutina. Apenas me había adentrado en ello cuando sonó mi teléfono.

—Hola Kristen, tengo al Sr. Sorenson en la línea para hablar contigo. —Nuestra recepcionista sonó como si fuera a desmayarse solo por el hecho de mencionar su nombre.

Parecía que no habíamos estropeado nuestras posibilidades completamente. Durante un momento, consideré la posibilidad de que Richard hubiera estado en lo cierto. *Estos tipos son bastante predecibles.* Pero no había posibilidades de que Richard hubiera causado una primera impresión positiva y, si algo nos salvó, probablemente fue mi escena peligrosa con la araña en el bar.

—Gracias, pásamelo. —Mantuve el nivel de la voz a pesar de ser consciente de que Vincent había pedido hablar conmigo específicamente. Le había dicho que llamara a Richard como parte del rechazo a su insinuación. Solo esperaba que sus intenciones fueran laborales.

Luego del *bip*, la voz sedosa de Vincent vibró por mi auricular.

—Hola Kristen.

Incluso por teléfono, su voz ronca aterciopelada hacía que me resultara difícil mantener la compostura. Cambié el teléfono a la mano izquierda y me sequé la palma sudorosa de la mano con la falda.

—Hola, Vincent, qué bueno tener noticias de usted —le dije, sintiendo como si me hubiese tragado una bola de algodón.

—Estuve pensando en nuestra reunión.

¿Qué reunión? ¿Esa en la que jugué con el aro de la tetilla o aquella en la que me pidió que mezclara negocios con placer?

—Quisiera que habláramos sobre negocios —continuó.

Exhalé, aliviada por que no estuviera interesado en retomar nuestro debate personal. Quizás

captó la indirecta.

—Me alegra oír eso. ¿Para cuándo le gustaría programar una reunión?

—Para hoy.

Me reí nerviosa.

—Necesitaremos un poco más de tiempo para llegar a Sudáfrica.

—Estoy en mi oficina de Manhattan. Número sesenta y cinco oeste de la calle cincuenta y nueve. Piso ochenta y dos. —Estaba a solo unas cuadras. Por supuesto. Él enía una oficina de medios de comunicación en Manhattan que producía una serie de deportes extremos popular que se emitía en varias cadenas de cable.

—¿Podríamos reunirnos mañana? Hoy Richard estará en una reunión con otro cliente hasta tarde.

—Él no será necesario. Mañana estaré volando hacia Lucerna. Tiene que ser hoy. —Su voz no reveló ningún dejo de urgencia ni necesidad, solo una exposición de los hechos.

Mi mente comenzó a arremolinarse. ¿Podía aceptar la reunión con Vincent? Tenía todos los papeles listos; estaban en la misma carpeta que la propuesta. Richard me había dejado cerrar el trato con algunos clientes más modestos antes, por lo que sabía qué era lo que había que hacer. Pero, ¿qué diría si fuera a la reunión sin él? Podía imaginarme bastante bien lo que diría si yo fuese el motivo por el que perdiéramos el negocio con Vincent. Tenía que aceptar esta reunión, aunque solo fuera para evitar esa palabra que Richard tendría guardadas para mí si no lo hacía.

—Sí, por supuesto. ¿Qué le parece a las tres de la tarde? —le pregunté.

—Perfecto. Espero verte entonces, Kristen.

Después de que colgó, dejé escapar un largo suspiro, que hizo que el flequillo se me apartara del rostro. Iba a ver a Vincent Sorenson de nuevo. Aunque, ciertamente, yo no me había olvidado de ninguno de nuestros dos encuentros en Sudáfrica, no estaba segura de si él había estado pensando en ellos en absoluto.

A las dos y media, preparé mi bolso y le pedí a la recepcionista que le dijera a Richard o a cualquiera que me buscara en mi escritorio que estaría en una reunión con un cliente.

Fue recién cuando bajaba por el ascensor, con los papeles prolijamente archivados en el maletín, que me di cuenta de en qué me había metido. Vincent Sorenson y yo estaríamos juntos en la misma sala. Solos.

\*\*\*

*Bueno, esto era distinto.*

Me quedé de pie frente a la recepción negra brillante de Red Fusion, la rama de medios de comunicación de SandWorks, tratando de no observar el tobogán curvo de plástico, tamaño para adultos, que salía del techo y terminaba justo a la derecha de donde la recepcionista estaba sentada. Sonreí a la mujer rubia que se encontraba detrás de la mesa de entrada. Ella me devolvió la sonrisa. Las hileras de dientes perfectamente blancos y su figura sensual la hacían más apropiada para el reparto de una película que para una oficina.

—¿En qué puedo ayudarla? —me dijo.

—Hola. Soy Kristen Daley. Estoy aquí para ver al Sr. Sorenson.

—Por supuesto, la está esperando. Por aquí. —La seguí, observando cómo se balanceaban sus caderas con el vestido que le abrazaba las curvas. Aunque intenté resistirme, no pude evitar inspeccionar mi reflejo en la puerta de vidrio para hacer una comparación rápida. ¿Sería ella uno de los placeres con los que Vincent mezclaba sus negocios? Pero ¿qué importaba si lo fuera? No tenía derecho a molestarme.

Las oficinas de Red Fusion zumbaban de actividad. Un empleado, sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra, lanzaba una pelota antiestrés a la pared y se detenía solo para echar un vistazo desganado a la computadora portátil que tenía adelante. Otros se hallaban sentados alrededor de grandes mesas y debatían animadamente. No se parecía en absoluto al silencio reverencial que había en Waterbridge-Howser.

—Es aquí, puede pasar. Vincent ya la está esperando. —La recepcionista se detuvo frente a la puerta de vidrio esmerilado. El mismo vidrio formaba una pared que se extendía a ambos lados de la entrada.

Le asentí en agradecimiento antes de empujar la puerta para abrirla y entrar. El silencio me recibió. Sea lo que fuere de lo que estaba hecho el vidrio, aislaba completamente el ruido de afuera. En la esquina había un sofá de cuero negro con una pequeña mesa baja delante de él. Un gran escritorio estaba ubicado exactamente en el centro de la sala, un tributo a la modernidad de metal y vidrio. Contrastaba absolutamente con su escritorio de Ciudad del Cabo.

Vincent estaba de pie junto a la ventana, con un brazo detrás de la espalda, observando hacia afuera. Vestía un traje azul marino que combinaba con una corbata gris y una camisa blanca. Los largos mechones estaban prolijamente engominados hacia atrás. Angustiada por mis pensamientos de fantasías salvajes, casi tropiezo con la alfombra que estaba delante de su escritorio cuando me acerqué. El pulso me bailaba en las venas y un rubor fluyó por mis mejillas. Si me hubiera caído sobre él por segunda vez, me habría muerto de la vergüenza.

El cielo azul y los rascacielos junto a Central Park dibujaban la silueta de su figura. Lucía tan cómodo vistiendo un traje como cuando llevaba shorts y chancletas.

Se volvió, con un brillo trémulo en los ojos oscuros.

—Hermoso, ¿verdad?

Observé su mentón, esculpido con ángulos perfectos, como si se hubiese tallado en un bloque de mármol. Mis ojos ascendieron hacia la boca, de labios carnosos y suaves.

Me aclaré la garganta.

—Sí, es hermoso. Nunca me acostumbré realmente a la vista. Un gusto verlo de nuevo, Sr. Sorenson.

—Por favor, Kristen, toma asiento. —Tropecé hasta la silla para invitados frente a su escritorio mientras que Vincent permaneció junto a la ventana.

Sentí que me daba pie para continuar. Dejé mi bolso en el piso y busqué dentro los documentos en papel satinado que Richard y yo habíamos preparado para una segunda reunión.

Vincent me estudió por un momento, con la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado, como si examinara una obra de arte. O su presa. Sin saber qué más hacer, solté mi discurso ensayado.

—Gracias por reunirse de nuevo conmigo. Waterbridge-Howser será una elección excelente para sus necesidades de gestión patrimonial. Brindamos atención personal como también productos que amplían...

Levantó la mano para detenerme.

—Decidí que voy a optar por Waterbridge-Howser. —Se deslizó desde la ventana hasta mí y ocupó el reducido espacio entre mi asiento y su enorme escritorio. Se inclinó hacia atrás y se sentó sobre el borde, con la entrepierna apenas a unas pulgadas de mi rostro encendido.

Por un instante, olvidé dónde estaba o incluso qué estaba intentando lograr. Un momento, ¿acaso acababa de decir que quería trabajar con Waterbridge-Howser? Me di cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré de golpe. Sentí una ola de adrenalina por todo el cuerpo. Acababa de

cerrar trato con una cuenta grande... esto era extraordinario.

—¿Señor? —le dije, ignorando su ubicación para no llamar la atención.

—Por favor Kristen, llámame Vincent. Hoy más temprano lo dejé pasar cuando me llamaste Sr. Sorenson, pero si me vas a decir “señor”, tendré que llamarte “señora”. Ahora, volvamos a los negocios.

Vincent Sorenson ansioso por volver a los negocios. No se me escapó la ironía, ni siquiera con mi estado de aturdimiento.

—Puedo firmar los papeles hoy, pero tengo una condición. —Hizo una pausa—. Tú debes ser mi punto de contacto. Necesitaré un número para comunicarme contigo en cualquier momento del día.

Sus pupilas oscuras atrajeron mi mirada y me di cuenta de que no podía apartarla. Sabía que habría alguna trampa.

—Generalmente es Richard el que trabaja directamente con los clientes y no estoy segura de tener la autoridad para...

Con una expresión implacable, hizo un movimiento con la mano para disipar mis excusas.

—Obtén la autoridad. Tu compañero es insultante e inaceptable. Tú eres inteligente, ambiciosa y no temes correr riesgos. Eres tú o me marcho.

Me sonrosé con sus cumplidos, aunque no estaba segura de por qué creía que no le temía a correr riesgos, pero tenía asuntos más importantes que atender. Aunque esto sería un impulso enorme para mi carrera, Richard se ofendería si aceptaba la condición de Vincent. Sin mencionar lo obvio: pasaría mucho más tiempo sola con Vincent. Dudaba de sus verdaderos motivos, pero no había forma de que pudiera rechazar esta oportunidad. Solo tendría que descubrir cómo manejar las complicaciones.

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Ciertamente es muy exigente, Vincent.

—No tienes idea de cuán exigente puedo llegar a ser. —Los ojos de él viajaron por la piel descubierta de mis piernas, como si me poseyera con la mirada. Las crucé para mitigar la sensación incómoda que aumentaba entre ellas.

*Allá vamos de nuevo; con su poder de encandilarme y apagarme a su antojo.* A pesar de que estar tan cerca de Vincent me ponía los nervios a flor de piel, admiraba su habilidad para hacer que cualquier cosa sonara sexual. Si quería firmar con Waterbridge-Howser con base en su idea desacertada de que podría llevarme a la cama, no lo detendría. Solo tendría que mantenerlo a cierta distancia.

—Está bien, yo seré su punto de contacto —le dije, al tiempo que extraía una tarjeta personal del bolso y se la entregaba—. Mi información está en la tarjeta, me puede encontrar en la oficina durante el día. También está mi número de Blackberry a disposición para *urgencias*. —Esperaba que hubiera captado el énfasis.

—Bien —me dijo e hizo una pausa como si hubiera algo más que quería agregar antes de hacer un gesto hacia mi bolso—. ¿Tienes los documentos?

Le entregué el contrato.

—Gracias por elegirnos. Estoy ansiosa por trabajar con usted —le dije, extendiéndole la mano. La tomó y la estrechó con firmeza, el calor de su palma hizo que un hormigueo me ascendiera por el brazo. No sabía si me emocionaba más haber conseguido un cliente tan importante o el roce de Vincent.

Sin moverse de su lugar frente a mí, firmó y dejó los papeles sobre el escritorio, en lugar de

devolvérmelos a mí.

—Ahora que despejamos los negocios del camino, podemos dedicarnos al placer. —La última palabra salió de su lengua como una cinta de satén; sensual y provocativa.

—¿Disculpe? —El calor se me acumuló en el rostro.

—No terminamos nuestra conversación en el bar.

—Pensé que habíamos dejado las cosas en claro —dije, con la boca seca al segundo. Él no iba a ponerme las cosas fáciles. Él se encogió de hombros.

—Tú me dejaste claro que no querías mezclar los negocios con el placer, por eso no lo hice. Ya terminamos con los negocios, ahora es el momento del placer.

Cuando se inclinó más cerca, su colonia fuerte pervirtió mis pensamientos en un mar de incoherencias. Me quedé helada ante la serie de imágenes lascivas que se me presentaron mentalmente. Con los dedos me tomó un mechón de cabellos sueltos y lo ubicó detrás de la oreja, antes de deslizarlos por el cuello. En lugar de apartarme, cerré los ojos e inhalé profundamente, deseando que no pudiera percibir el deseo que se me dibujaba en el rostro.

—Si lee los documentos, verá que el placer no forma parte del acuerdo —intenté.

Vincent retiró la mano de mi rostro, las pupilas intensas y enfocadas. La ausencia repentina de su piel contra la mía no me hizo sentir bien. Ansiaba su roce de inmediato, pero intenté no inclinarme más hacia él.

—Por supuesto que no, el contrato que firmé era un negocio. La parte del placer es solo entre tú y yo. ¿Quién está tratando de mezclar las cosas ahora?

El pulso hacía que un ritmo en staccato sonara en mis oídos. La necesidad cada vez mayor que se irradiaba de entre mis muslos ahogaba el débil sonido de las alarmas en el fondo de mi cabeza. Su bulto considerable estaba apenas a unos pies de distancia de mí y cada vez que lo miraba parecía más grande. Me ahogué en fantasías en las que me apretaba bajo su pecho y su pene ejercía presión contra mi sexo ardiente de deseo.

—Vincent, no podemos.

—¿Por qué no?

—Perdería mi trabajo si alguien se enterara.

Miró alrededor

—¿Cómo lo harían? Hace un momento miré detrás del sofá; definitivamente estamos solos.

Tenía que darle crédito por su perseverancia, pero cuanto más tiempo pasara en su oficina, más probable era que me rindiera. Necesitaba ponerle fin a esta conversación rápidamente. No podía involucrarme con un hombre como Vincent.

—Ese no es el único problema —le solté—. Solo porque seas atractivo no significa que deseé acostarme contigo.

Un poco de la intensidad abandonó el rostro de Vincent y en la boca se le formó una sonrisa infantil, pero nunca rompió el contacto visual.

—Yo te atraigo y tú me atraes. Estamos llegando a algo.

Me ruboricé llena de vergüenza. Fue una confesión no intencional.

—No, no es así. De ninguna manera tendré sexo contigo en tu oficina.

—Puedo hacer que sientas placer de muchas más formas más allá del sexo. Déjame mostrarte.

Un incremento repentino de excitación me hizo temblar. No tenía dudas de que Vincent supiera cómo darle placer a una mujer. Sin mucha experiencia, un hombre no tenía tanta confianza en sí mismo. De hecho, probablemente habría usado el mismo discurso con la rubia

animada que me había recibido.

—¿Y la recepcionista? —le solté; las palabras recelosas se me escaparon por la boca antes de que tuviera tiempo de contenerlas.

Frunció el entrecejo.

—Lucy es una mujer felizmente casada y nunca la toqué y tampoco lo haría. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —Su tono me sorprendió; sonó casi indignado.

Reorganicé las ideas.

—Uno peligroso.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Creo que el peligro solo aumenta el placer. —Se enderezó, lo que me dio una vista más completa de esa zona claramente masculina que tenía tan cerca del rostro. Me aferré a los apoyabrazos de la silla.

Dios mío, ¡qué decidido!. Y lo peor era que me encendía más de lo que yo había creído posible. Me humedecí los labios secos con la lengua, y me di cuenta de cuán cerca se encontraba de mí. Vincent inclinó la cabeza hacia un lado, con un destello lujurioso en los ojos.

Se inclinó hacia abajo y presionó el pulgar sobre mi labio inferior para abrirlo un poco. El estruendo que sentía en los oídos ahogó todo pensamiento de apartarme.

—Esto está mal —susurré, deleitándome con su roce, la respiración superficial y forzada. Su bello rostro estaba cerca del mío, con la respiración agitada y llena de deseo.

—No, es solamente un poquito peligroso.

Sus labios chocaron contra los míos y se sellaron con firmeza sobre mi boca. La cabeza me comenzó a dar vueltas, mareada por el deseo. La lengua se sacudió contra mis labios, con suavidad al principio, con más pasión después. No podía creer lo carnosos y suaves que eran sus labios. Un gimoteo suave se me escapó por la boca.

Al estar tan cerca de él, podía sentir su fragancia única debajo de la colonia y el calor de su cuerpo. Me enloquecía. Me retorcí en el asiento, ya comenzaba a sentirme húmeda, e incliné la cabeza hacia atrás para que el beso no se terminara. Sabía que si nos deteníamos, mi mente recobraría la racionalidad y eso era lo último que quería.

Se enderezó, sus labios me condujeron hacia arriba hasta que yo también estuve de pie. Débilmente, oí que una pila de papeles caía al suelo. Nos tambaleamos hasta el sofá de cuero de la esquina. Y nuestros labios se separaron cuando me caí hacia atrás sobre él. La falda se me subió y reveló una parte escandalosa de piel.

—Preciosa —dijo; el fuego ardía en sus ojos.

Me mordí el labio inferior mientras intentaba estirar la falda hacia abajo para cubrirme. Antes de que la pudiera acomodar, él se encontraba sobre mí, presionándome con los labios el cuello vulnerable, lo que me hizo gemir. Podía sentir la erección que apretaba mi pierna; su calor se filtraba por la tela fina. Deslizó una mano hacia arriba por la parte interna de mis muslos y, por instintito, abrí las piernas ampliamente, incitándolo a que me tocara mientras aferraba los dedos a su cabello ondulado.

Un sonido electrónico pitó desde el escritorio. Abrí los ojos grandes de repente y las manos se me soltaron de su cabeza.

—Mierda —maldijo Vincent, pasándose una mano por el cabello y alisando el traje con la otra.

Caminó hasta el escritorio y presionó un botón del teléfono.

—Vincent, el de las tres y media está aquí. ¿Lo hago pasar?

—Dame otros cinco minutos —dijo por el micrófono, antes de mirarme de nuevo—. Disculpa la interrupción. Podemos retomar esto después del trabajo. Termina a las cinco.

Miré a mi alrededor, mareada. La falda no mostraba mi ropa interior húmeda por apenas unas pulgadas. Me senté rápidamente y la alisé sobre las piernas. *¿Qué demonios acabo de hacer?* Nunca había perdido la razón de esa manera y me sentía tanto abochornada como furiosa conmigo misma. Esto era completamente inapropiado y poco profesional.

Me puse de pie para marcharme con la poca dignidad que me quedaba.

—¿Estás bien, Kristen?

Inspiré profundamente para mantener la calma.

—Esto fue un error, Sr. Sorenson. No debería haber ocurrido y me disculpo por mi comportamiento.

—¿Un error? —su entrecejo se frunció.

—No estaba pensando con claridad y usted se aprovechó de ello. Aún podemos continuar y pretender que esto jamás sucedió o puedo transferirlo a Richard. —La uñas escarbaron las palmas de mis manos.

Dejó escapar un suspiro de frustración, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No trabajaré con nadie más que contigo. Pensé que ya lo habíamos acordado.

—Mire, admití que me atrae, pero no deberíamos haber dejado que ocurriera lo que sucedió. Es un cliente, por el amor de Dios. Me atrapó desprevenida y en estado de confusión. —Intenté sonar lo más convincente que pude, pero no parecía que se lo creyera.

Se agachó para recoger los papeles y mi bolso de trabajo. Cuando caminó hacia mí, me puse de pie como pude. Sentí que me faltaba estabilidad con los tacos y di un paso hacia atrás, preocupada de que me fuera a besar otra vez.

Me observó enigmáticamente:

—¿Te estás acostando con alguien? —Realmente no se daría por vencido.

—No, pero no...

—Entonces no es un error. Deja de disculparte y de negar lo que sucedió. Ambos lo deseábamos. —Estrechó el entrecejo, su mirada era intensa. Estaba claro que ambos estábamos exasperados, aunque por motivos muy diferentes—. Si aún piensas que estás confundida, te hago una apuesta: antes de que termine esta semana, te tocarás pensando en mí.

Su referencia casual a mi rutina de masturbación me sorprendió y me dejó sin palabras. Aunque yo no era ninguna puritana, nunca le había contado abiertamente a nadie más que a Riley que me tocaba y, desde luego, a ningún hombre con el que hubiera salido. ¡Y ni siquiera estaba saliendo con Vincent!

Él observaba mi expresión escandalizada como si esperara que le dijera algo, pero no se me ocurrió ninguna respuesta coherente.

—Ahora mismo tengo una reunión. Lo que dije antes sigue en pie. Si no eres mi punto de contacto, no haré negocios con Waterbridge-Howser. —Me entregó el contrato firmado y me guió hasta la puerta, con la mano sobre la parte baja de mi espalda. No tenía la energía para luchar contra ello—. Esto no termina aquí, Kristen. Lo hablaremos luego.

Cuando salí de la oficina, nadie parecía notar cuán conmocionada estaba y ni siquiera me prestaron atención. Dejé escapar un suspiro profundo que no me había dado cuenta de que había estado conteniendo y controlé mi reflejo en la pared de vidrio, apuntando un ojo hacia el personal de la oficina. El cuello de la blusa se había dado vuelta hacia arriba y lo doblé rápidamente hacia abajo. Me pasé las manos por la falda para alisar las arrugas, pero mi ropa

interior era una causa perdida. Tendría que comprar otra en el camino de regreso o arreglármelas sin ella durante el resto del día. Al pasarme los dedos por el cabello, vi en mi reflejo que tenía el rostro de un color rojo de vergüenza.

Cuanto antes saliera de allí mejor. Ese beso había sido un error que podría costarme más que mi carrera profesional. Ahora que Vincent había visto el efecto que producía en mí, tenía una sensación perturbadora de que no se detendría hasta que tuviera exactamente lo que quería.



## Capítulo cinco

Estudié nuevamente mi rostro en el espejo del baño de Waterbridge-Howser, en busca de rastros de lo que había sucedido en la oficina de Vincent. Todavía no me veía bien. Por tercera vez, me quité el labial y lo apliqué de nuevo. Debía verse fresco, como si hubiera decidido volver a maquillarme luego de obtener el contrato, en anticipación a la gran celebración. Este era un acuerdo extraordinario. Debía estar feliz.

En el camino de regreso a la oficina, había decidido que continuaría siendo su punto de contacto. Aunque me ponía nerviosa, conseguir a Vincent sería un paso enorme en mi carrera. No podía dejar escapar esa oportunidad. Ni siquiera aunque recién hubiera dejado que pasara algo casi impensable. Un cliente me había besado y yo le había correspondido. Sabía que él esperaba que pasara de nuevo y no estaba segura de si sería capaz de resistir su fuerte energía sexual. Me resultaba irritante que un chico malo como él pudiera tener tal efecto sobre mí. ¿No le había dicho a Riley que me gustaban los chicos buenos y afectuosos?

Cerré los ojos otra vez. Todavía me sentía avergonzada. Este era un hecho de suma importancia en mi carrera, pero me sentía horrible.

Evalué por última vez el maquillaje y el cabello antes de decidir que estaban bien. Practiqué la sonrisa festiva pero parecía apagada. Nunca había sido buena para fingir.

La puerta se abrió y entraron dos analistas que solo hacía un año que trabajaban aquí. No podía demorar más. Era el momento de salir al escenario.

Salí por la puerta y Richard me estaba esperando.

—¿Y? ¿Cómo te fue? —me preguntó. Sus ojos grises parecían rayos que brillaban con intensidad. ¿Cómo diablos había hecho para volver tan pronto de Jersey? Inspiré profundamente, puse la mejor sonrisa falsa y sostuve el expediente en alto.

—Los documentos están firmados. El trato está cerrado. Lo tenemos.

Dio un aplauso de triunfo con las manos arriba, luego las bajó estrechadas con torpeza. Parecía que se sentía indeciso por no saber si abrazarme o no, pero no lo hizo, sino que tomó los documentos que yo sostenía. Los solté de buena gana.

Hojeó rápidamente para ver las firmas necesarias mientras yo me balanceaba hacia adelante y atrás.

—Viste, te dije que lo habíamos impresionado. Carl estará muy contento. Dios, ya puedo oler la prima. Ascenso definitivo.

Asentí, con la sonrisa todavía fija en el rostro. Las emociones que se suscitaban en mi cuerpo no podían expresarse. Más que nada, comenzaba a sentir enojo. Este debía ser un gran avance para mí; había trabajado tanto para esto. En lugar de ello, me preocupaba poder ocultarle a mi empleador la relación que tenía con Vincent para que no me despidiera.

—Sabes, me preocupaba que estuvieras llorando por ahí porque algo hubiera salido mal —me dijo, con los ojos fijos en la última firma. Me sorprende que no quisiera que yo estuviera ahí para firmar. ¿Dijo algo importante?

Antes de que pudiera responder, una voz chillona provino de nuestra izquierda.

—¿Escuché bien? ¿Cerramos lo de Sorenson?

Me volví y vi los rulos rubios y el rostro redondo de Molly, otra analista. Trabajaba en la

compañía hacía cinco años y lo hacía muy bien, pero aún no se había abierto demasiado camino. Antes de conocerla, no hubiera creído que una voz sonara así. No era la primera vez que me preguntaba si se la oía en los pisos contiguos.

—Kristen y yo lo cerramos hoy —dijo Richard, sosteniendo los documentos en alto.

—¡Guau! ¡Felicitaciones! —Se volvió y me señaló con el dedo—. Ahora más vale que te asegures de que él no se lleve todo el crédito por esto. Vi que tú fuiste a la reunión. —Molly trabajaba para otro gerente y hacía mucho que conocía a Richard; por eso podía hacer aquellos comentarios sin reparos.

Apenas confiaba en mí misma para hablar, pero no tenía opción. Todavía con la mejor sonrisa falsa, negué con la cabeza.

—No lo haré.

—Bueno, yo no lo apoyaré si oigo que le permitiste hacerlo.

Asentí con la cabeza, queriendo ponerle fin a la conversación. Mientras hablábamos, varias cabezas se habían asomado de los cubículos para felicitarnos. El resto de la jornada laboral se pasó en un vago recuerdo de correos electrónicos y poniéndome al día con otras tareas. Parecía que todos estaban emocionados, excepto yo. ¿Cómo podría haber permitido que Vincent me besara?

\*\*\*

Entré a mi apartamento emocionalmente vacía; quería desplomarme en la cama y llorar. Riley estaba sentada en la sala de estar, mirando uno de esos programas para amas de casa y comiendo tallarines. Me saludó con la mano cuando me vio entrar y terminó de masticar.

—¿Cómo te fue? —me preguntó entusiasmada. Le había enviado un mensaje de texto camino a la reunión con Vincent para que me diera apoyo moral, pero luego había olvidado ponerla al tanto. Definitivamente encontraría mensajes sin leer cuando le echara un vistazo a mi teléfono.

—Lo conseguimos —le dije con aire de cansancio.

Dio un grito de alegría, se puso de pie y saltó hacia mí con su short azul y la camiseta de la fraternidad para abrazarme. Dejé caer el bolso y le correspondí lo mejor que pude.

Riley parecía ajena a mi humor.

—*Tenemos* que salir a celebrar —me dijo.

—No sé, estoy muy cansada.

—¡Vamos! Este es el momento más importante de tu carrera. *Mataría* por que me pasara algo así en mi trabajo.

La miré y dejé que los hombros se me desplomaran.

—Lo siento, esta noche solo necesito relajarme con un baño y dormir. Fue un día muy intenso.

Me miró y frunció el entrecejo.

—¿Estás bien? ¿Sucedió algo?

*Quizás alguien.* Aún no estaba preparada para hablar de ello, así que negué con la cabeza.

—Simplemente estoy totalmente destruida. Fue un día muy estresante.

Sentí que su mirada permanecía un segundo más pero luego continuó.

—Está bien, pero este fin de semana festejaremos y *definitivamente* no aceptaré un no como respuesta. ¡Podemos probar ese lugar de tapas nuevo, Sangría!

Le sonreí.

—Trato hecho.

Riley asintió y se dirigió hacia el refrigerador para tomar la que probablemente sería la séptima coca cola dietética del día.

—¿Entonces qué fue lo que pasó exactamente en la reunión?

Aparté la mirada.

—Pareciera un recuerdo borroso. Hablamos y después de un rato se mostró conforme y firmó. Es difícil recordar los detalles.

—Entonces esto significa un ascenso, ¿verdad? Recuerdo que dijiste que conseguir cuentas lo era todo.

—Sí, supongo.

Le mentí a mi compañera de apartamento. Recordar cada segundo de esa reunión no era un problema en absoluto. El problema era olvidar.

Fui a mi habitación para ponerme la bata antes de entrar al baño. Mientras dejaba que el agua caliente llenara la bañera, mis pensamientos se entretuvieron con Vincent. La audacia que tuvo para besarme en su oficina me dejó atrapada entre el disgusto y la impresión. Supongo que era de esperarse de un adicto a la adrenalina como él. Obviamente, la mayoría de los riesgos que él había asumido hasta entonces le habían salido muy bien. Si este fallaba, no lo haría perder demasiado. Recordé el incidente en Ciudad del Cabo. Comparado a que lo picara una araña venenosa, besar a una chica no era nada.

Me quité la bata y eché mi espuma de baño preferida bajo el grifo. La vela de canela que había elegido era una de mis preferidas y la encendí mientras esperaba que se llenara la bañera. Una vez que estuvo llena, cerré el grifo y me sumergí hasta el cuello.

El agua tibia y la fragancia de las esencias produjeron un efecto inmediato en mis sentidos. Había elegido espuma con notas de vainilla, azúcar, almendras y solo un toque de almizcle. La combinación era relajante y me hacía sentir sexy a la vez —algo que necesitaba, dado que mi vida amorosa no me llevaba a ningún lado—. O la falta de ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había besado a alguien y ni hablar desde la última vez que había tenido que resistirme a un beso. Me había olvidado de que estas cosas requieren fuerza de voluntad.

Me incliné hacia atrás y cerré los ojos, mientras sentía las burbujas que se me agrupaban alrededor del pecho y del cuello. Esto era justo lo que necesitaba. Moví los dedos de los pies y comencé una meditación de exploración corporal que había aprendido en la clase de yoga, para liberar gradualmente el estrés de mi sistema.

Mientras sentía cómo se me relajaban los músculos, me moví y me di cuenta de lo sensible que estaba mi vulva. *¿Cuándo pasó esto?* No me había sentido tan excitada desde hacía semanas. Las imágenes del perfil de Vincent me invadieron la mente. Sus brazos. Su pecho. Y las ondas de cabello rubio, a pulgadas de mi rostro, más temprano ese día, mientras yo estaba tumbada debajo de él en el sofá, los dedos inquisitivos que me subían la falda hasta las caderas. Sentirlo era incluso mejor que mirarlo.

Era vagamente consciente de que me deslizaba la mano hacia el sexo que ardía de deseo. Cuando me toqué el clítoris con la yema del dedo, me detuve. Masturbarme pensando en Vincent no me facilitaría las cosas. Necesitaba olvidar la atracción que sentía hacia él y pensar en él solo como cliente. Quizás debía pedirle a Riley que me organizara una o dos citas; le encantaría la oportunidad.

Como si ver a otro hombre resolvería mi problema con Vincent. Sonreí al recordar que había llamado “Dick” a Richard al final de nuestra primera reunión. Fuera un chico malo o no, era

apuesto, encantador y tenía sentido del humor. Olvidar la atracción que sentía hacia él sería como olvidar cómo respirar.

Quizás solo una caricia. Dejé que la mano me rozara suavemente el clítoris para estimular aquellos nervios tan sensibles. Recuperé el aliento e incliné la cabeza hacia atrás. Hacía unos días que me había tocado; lo cual era normal. Pero desde que lo conocí a Vincent, parecían meses más que días. Probé tocarme de nuevo y un estremecimiento inesperado me ascendió por la médula y me hizo jadear. Había anticipado un aumento lento de la excitación, pero después de unas caricias suaves, me di cuenta de que ya estaba a punto.

Me había apostado que me masturbaría pensando en él. La insolencia de Vincent Sorenson. Siempre pensé que me ofendería si alguien me dijera algo tan grosero, pero lo único que hizo fue aumentar mi atracción hacia él; lo que me molestaba. Quería resistir y probarle que estaba equivocado, más para mi propia consciencia que para la de él, pero me estaba excitando demasiado rápido como para que me afectara. ¿Qué importaba, de todos modos? Nunca se lo diría y él nunca lo sabría. No tendría la satisfacción.

Sin perder tiempo, continué dándome placer, aumentando tanto la presión como el área que recorría con cada caricia hasta deslizarla hacia arriba y debajo de los labios en un circuito lento, subiendo hasta el clítoris y bajando nuevamente, ingresando y saliendo de mi sexo ardiente de deseo, con facilidad. Con los dedos trabajando a buen ritmo, volví a pensar en Vincent. La fantasía de que sus manos fuertes exploraran mi cuerpo con su audacia característica me hizo poner como una fiera. Comencé a respirar con exhalaciones más rápidas al tiempo que acertaba los movimientos y un orgasmo inundaba mi zona íntima.

El sonido de mi teléfono interrumpió el momento. Al segundo tono, me di cuenta de que era el teléfono del trabajo. A las ocho y media. Nadie llamaba a ese teléfono después del horario de oficina salvo que fuera importante y se suponía que debía atender sin importar dónde estuviera.

Me sequé las manos con la toalla, me incliné hacia afuera de la bañera y busqué en la bata, reflexionando, no por primera vez, sobre lo ridículo que era que tuviera que llevar el teléfono del trabajo al baño.

Qué raro. Quien fuera que llamaba lo hacía desde un número desconocido.

—Kristen Daley —respondí.

—Espero no atraparte en un momento inoportuno. —La voz conocida hizo que el pulso se me acelerara bruscamente.

*Vincent.* Me di cuenta realmente de lo complicada que me encontraba al estar él del otro lado de la línea. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí?

Me sentí tentada a colgar, terminar el orgasmo y luego llamarlo con la mente despejada, pero no sabía qué número marcar. Inspiré profundamente esperando a que mis sentidos se calmaran lo suficiente como para que mi voz saliera con normalidad.

—Sr. Sorenson, por supuesto que no. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Sabes que debes llamarme Vincent —me corrigió—. Temo que tengo un problema.

El corazón me dio un vuelco. Había muchos problemas que podría tener, uno de ellos era que se arrepintiese de haber firmado con mi empleador aquel día más temprano.

—¿Cuál es el problema?

Suspiró hondo por el teléfono.

—No me he podido concentrar en mis reuniones ni terminar ningún trabajo. Estás todo el tiempo en mi cabeza. Necesito probar tus labios de nuevo. Sin interrupciones.

Traté de pensar en algo para decir, pero primero debía encontrar los pedazos de cerebro que

me habían quedado esparcidos por el baño.

—Me halaga. Pero parece un problema personal que no puedo ayudarlo a resolver, Sr. Sorenson.

—Vincent. Y dime si acaso tú no has pensado en mí.

Por un momento me pregunté si mi compañía no grababa las conversaciones por este teléfono, pero luego recordé que los de tecnologías de la información me habían dicho que no. Aun así, tenía que desviar esta conversación del tema de los labios y de probar.

—*Vincent*, lo siento, pero esta conversación simplemente no es profesional. —No entendía por qué le costaba tanto que le entrara esa idea en la cabeza.

—Entonces terminémosla. Somos dos mayores de edad que sienten una atracción sexual muy fuerte entre sí. ¿Qué es lo que tenemos que hacer para que suceda?

Una burbuja curiosa nadó hasta mi pecho y la hice explotar con prudencia.

—Como adulta, admito nuestra atracción mutua, pero no puede pasar nada entre usted y yo. Mi empleador prohíbe las relaciones personales con los clientes. Si tiene algún problema con ello, hable con el departamento de recursos humanos de Waterbridge-Howser.

—Ya lo corroboré. No hay ninguna regla contra ello.

*Mierda, ¡qué persistente!*

—Hay políticas de oficina. Me podrían despedir o mi carrera podría terminar en un callejón sin salida. Espero que pueda entenderlo. Puede que usted no tenga nada que perder, pero yo sí.

—Yo estoy perdiendo la cabeza pensando en ti. —La urgencia de su voz me resultó sorprendentemente encantadora. Saber que le producía un efecto tan intenso me resultaba inquietante y tranquilizador a la vez—. Sentí cómo me besaste. Quieres más.

Con la mano en la frente, cerré los ojos y me sumergí un poco más en la bañera mientras intentaba controlar la respiración acelerada.

—Vincent, fue un momento intenso y los dos nos dejamos llevar. Eso es todo.

Su voz se volvió enigmática.

—¿Ya te tocaste?

Dudé; sujetaba el teléfono cada vez con más fuerza.

—Eso no es asunto tuyo. —La respuesta salió más temblorosa de lo que deseaba y me maldije en silencio.

—Ya lo has hecho —susurró sensualmente y la suave vibración hizo que se me pusiera la piel de gallina—. Kristen, seamos razonables. Te prometo que la versión real es mucho mejor que lo que sea que te estás imaginando.

Apreté los muslos para suprimir la necesidad en aumento entre ellos y suspiré.

—Por favor, no me lo pongas tan difícil.

—Yo soy difícil —gruñó, luego hizo una pausa como si estuviera pensando y, cuando volvió a hablar, su voz áspera estaba cargada de deseo—. Ahora mismo estás desnuda, ¿verdad?

Arrollé los dedos del pie alrededor de la tapa del desagüe. *¿Cómo lo sabía?* Su habilidad para percibir mi excitación por el teléfono era asombrosa y, por un momento, me pregunté si también podría leerme la mente.

—Buen intento —le mentí y una sonrisa se escabulló hasta aparecer en mi rostro, a mi pesar—. Pero tendré que colgar si eso es todo.

—Dios, Kristen. Si te estás tocando en este momento, es solo una pequeña parte del placer que yo te daría. —Sonó tan dolido como el ardor punzante que aumentaba entre mis piernas—. Nos estás subestimando a ambos.

Sus palabras fuertes tuvieron un efecto aún más fuerte en mi cuerpo. Temía empezar a tocarme de nuevo si no me alejaba del teléfono. La necesidad se volvía acuciante al tenerlo del otro lado del auricular; estaba tan lejos, aunque tan cerca a la vez.

Exhalé profundamente, preparando las palabras que necesitaba decirle.

—Como tu consultora, te recomiendo que cuelgues el teléfono y, luego, con esa misma mano, te proporciones placer hasta que el brazo se te entumezca o estés satisfecho, lo que sea que suceda primero. Una vez que hayas terminado, te habrás olvidado de mí.

Como no respondía, empecé a preguntarme si mi rechazo en seco había sido demasiado severo. Luego, hablé:

—Tomé la decisión correcta de elegirte como mi punto de contacto. Eres todo lo que esperaba y más. Estaremos en contacto.

Oí un *clic* y luego silencio. Me quedé mirando el teléfono por un segundo antes de guardarlo nuevamente en el bolsillo de la bata. ¿Qué quiso decir con eso de que era todo lo que esperaba y más? ¿Toda esa conversación había sido solo algún tipo de prueba extraña? La idea me molestó aún más.

Suspiré frustrada. El combo sexy y relajante en el que había estado trabajando no iba a surtir efecto, toda la relajación se había ido por la cañería con esa llamada. Necesitaba una copa de vino y mi cama. Hacía mucho, mucho tiempo que no me sentía tan caliente. Sentía todo el cuerpo como si fuera un resorte.

Pasé la pierna por el borde de la bañera, con la intención de salir, pero jadeé ante la sensibilidad. Mi sexo, que había quedado olvidado durante la conversación acalorada, estaba hinchado por el deseo. Sabiendo que no me dormiría si no me liberaba, me impulsé hacia atrás de nuevo en la bañera y levanté las piernas. Llevé los dedos nuevamente a donde estaban antes y retomé las caricias, con la intención de descargar ese ardor irritante que solo había empeorado durante la llamada de Vincent.

Me imaginé a Vincent sobre mí, cómo se verían sus brazos fornidos al sostener su peso, la sensación de su sujeción brusca, la fuerza bruta de su cuerpo ágil extendido.

Las caricias se fueron haciendo más breves a medida que mi orgasmo alcanzaba su pico. *Ahora mismo estás desnuda, ¿verdad?* Su acusación escabrosa intensificó la estimulación y aumenté el ritmo hasta que la sensación se hizo insoportable. Al segundo siguiente sentí los primeros estremecimientos del orgasmo más poderoso que hubiera arrancado de mi parte íntima. Me aferré del borde de la bañera para sostenerme mientras temblaba, liberada y satisfecha.

Luego de unas breves réplicas bajé del éxtasis. Tenía la mente más despejada que hacía unos momentos y evalué la situación. Había cosas peores que tener a un multimillonario súper sexy obsesionado contigo. Si pudiera mantener mis acciones bajo control, trabajar con Vincent sería excelente para mi carrera. El inconveniente era que él era seductor como el pecado y se pasaba de insistente. Por un momento, me imaginé a todas las mujeres dispuestas a hacer cualquier cosa que él les pidiera. Un chico malo como él podría lastimarme demasiado y si había alguien que tendría que haber aprendido esa lección, esa persona era yo.

Salí de la bañera y me sequé. Ya se estaba haciendo tarde y estaba más que lista para deslizarme debajo de las sábanas y terminar este día extenuante, pero mi mente no dejaba de correr. Luego de dar vueltas en la cama por una hora, absorta en pensamientos sobre Vincent, refunfuñé resignada.

Busqué a tientas en la mesa de luz, tomé mi vibrador y me lancé a la segunda vuelta.

## Capítulo seis

Los días siguientes pasaron con calma. Tras la emoción de conseguir la cuenta nueva, las cosas volvieron a la rutina normal de la vida de una analista: hacer informes y analizar datos para pasárselos a los de más arriba. Me mantuve ocupada con la intención de dejar de soñar despierta con Vincent. Mi próxima reunión no era hasta dentro de una semana y no quería pensar en él más de lo que debía. Hacerlo me distraía demasiado y resultaba muy estresante.

De todos modos, al final de cada día, me decepcionaba por no haber escuchado su voz. Parecía que Vincent me iba a perseguir con más tenacidad, pero quizás ya había encontrado una nueva distracción. Por supuesto, aquello sería un alivio de estrés desde una perspectiva profesional —y yo debería recibirlo con entusiasmo— pero debía admitir que el hecho de que me persiguiera era lo más emocionante que me había pasado en un tiempo. Quizás en la vida.

Finalmente, llegó el viernes. Cuando llegué a casa, Riley me dijo que había conseguido unas entradas para el juego de los Knicks en el trabajo y me invitó a que la acompañara.

Me puse rápidamente una linda camiseta y unos jeans ajustados pero me demoré un poco más con el maquillaje y el cabello. Me aplicaba los toques finales en el baño junto a Riley, que estaba terminando de maquillarse.

—Entonces, ¿volviste a ver a Vincent después del lunes? —me dijo, retocándose la máscara frente al espejo.

—No —le respondí—. Nuestra próxima reunión no es hasta el próximo martes.

—¿Todavía está interesado en ti?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos. La pregunta no es si le interesas o no, sino cuán agresivo ha sido al respecto. Te pones súper nerviosa cada vez que lo nombro, así que desembucha. Sé que te estás guardando algo.

—No es cierto. Tú lo viste. Está bueno. A muchas chicas les parece que está bueno y estoy segura de que le va muy bien con muchas de ellas. Pero nosotros tenemos una relación profesional.

Pestañó varias veces y guardó la máscara.

—Está bien, si no quieres hablar al respecto, no hay problema. Pero le gustas y sé que lo sabes.

—Lo que sea. Esto, ¿con quién dices que nos tenemos que reunir?

Pasó a aplicarse brillo labial y chocó sonoramente los labios varias veces para fijarlo.

—Jen y Steph. Comenzaron a trabajar en la misma época que yo. Creo que ya conoces a Jen.

Riley tenía muchos amigos del trabajo y probablemente la conocía aunque no lo recordara. Solo me alegraba habernos desviado del tema de Vincent.

—Creo que sí. ¿Nos encontraremos con ellas allí?

—Sí, y me mandaron un mensaje que dice que salieron hace un minuto. ¿Estás lista?

—Sabes que siempre estoy lista más rápido que tú. Vamos.

—Después de ti, muñeca.

Los asientos no eran de lo mejor pero eran económicos y lo más importante era que se trataba

de una noche de chicas para desestresarnos, que era justamente lo que necesitaba. Compramos pochoclo y gaseosas y nos acomodamos, coqueteando desenfadadamente con los chicos de la fila de adelante. Jen y Steph eran divertidas e inclusivas, y me ponían al tanto cuando la conversación hacía referencia a chistes internos derivados del trabajo.

Las tres tenían una relación mejor que las que yo había tenido con cualquier persona de Waterbridge-Howser. El trabajo parecía menos interesante de lo que Riley me había contado, pero al menos el ambiente parecía divertido.

A los diez minutos del primer cuarto, vimos que aparecíamos en la pantalla gigante. La cámara permaneció el tiempo suficiente para que saludáramos y animáramos con entusiasmo. Resultaba gracioso lo emocionada que estaba por algo tan trivial; por décima vez en la noche reflexioné sobre lo buena que era Riley conmigo. Este tipo de noches eran absolutamente perfectas. Con frecuencia se daba cuenta cuando estaba molesta y conducía la situación hacia mi zona de confort cuando lo necesitaba —y esta vez lo necesitaba más que nunca después de las semanas tan alocadas que había tenido—. Aunque no conociera los detalles, tenía una idea clara de cómo me sentía y no forzaría el tema más allá de mi nivel de confort.

Durante el descanso entre el primer cuarto y el segundo, se nos acercó un hombre medio calvo con traje, que llevaba una credencial con su nombre y que indicaba que era miembro del personal de recepción de Madison Square Garden. “DAVE” presionó el auricular y luego nos miró a Riley y a mí.

—Disculpe, señorita —me dijo—, ¿es usted Riley Hewitt?

Sobresaltada, señalé a mi amiga.

—No, es ella —le respondí. Riley giró la cabeza hacia Dave.

—Srta. Hewitt, a usted y a su grupo se les ha concedido una ubicación en el palco, cortesía de la casa. Si me siguen...

Todas nos miramos sorprendidas. ¿Nos ganamos algún tipo de premio en un sorteo al azar? Cuando Dave nos dijo que desconocía los detalles, que solo era un mensajero, lo debatimos brevemente entre nosotras. “¿Por qué no?” fue el veredicto. Nunca había estado en los asientos del palco de MSG —eran sumamente costosos— pero sonaba a que nos la pasaríamos genial. Después de la locura de la situación con Vincent, mi suerte parecía mejorar; de alguna manera la noche iba mejorando a cada minuto que pasaba.

Después de caminar un poco, Dave nos guió por un pasillo privado hacia una suite de puerta doble. Tras pasar el umbral, pisamos el alfombrado lujoso y nos maravillamos con los sofás de cuero que rodeaban a un televisor del tamaño de la pared en el que se veía el juego. En la parte de atrás, dispuestos al estilo bufé, había refrigerios y bebidas suficientes para abastecer a una tienda de comestibles. Mientras se nos hacía agua la boca, Dave continuó con la visita guiada acompañándonos por una puerta de vidrio corrediza que daba a un balcón. Hizo un gesto hacia la fila de asientos indicándonos que podíamos mirar la acción en vivo si lo preferíamos pero nosotras estábamos más interesadas en regresar a la comida.

Nos llevó de nuevo adentro y dio una palmada.

—Con eso termina nuestra visita guiada. ¿Alguna duda?

—¿Está seguro de que todo esto es gratis? —le preguntó Riley—. O sea, no me va a cobrar nada en la tarjeta de crédito después de que nos vayamos, ¿verdad?

Dave sonrió.

—A alguien se le va a cobrar, pero no será a ustedes bellas señoritas, se lo aseguro. —Luego de indicarle que no teníamos más preguntas, se volvió para marcharse, pero dijo—: Casi me



olvido. Algunos accionistas de los Knicks se les unirán más tarde. Les garantizo que son una compañía maravillosa. —Hizo un guiño y luego se marchó con una sonrisa despreciable en el rostro.

*Genial.* Se aclaró el misterio de que un grupo de chicas recibiera un lugar en el palco demasiado bueno para ser cierto.

Jen refunfuñó.

—Si esta “concesión” significa que un grupo de viejos se pasarán toda la noche intentando seducirnos, me cabrearé bastante.

—No sé —dijo Steph—. Si son accionistas, probablemente sean realmente muy ricos. Aprovechemos las golosinas gratis, divirtámonos y luego nos vamos a casa.

Jen se dirigió hasta la puerta de la suite y controló para asegurarse de que no estuviera cerrada y afortunadamente no lo estaba. Luego de un poco de debate y algunos vistazos anhelantes a la comida, decidimos quedarnos y disfrutar.

Llenamos los platos con nachos, galletas y otras exquisiteces no aptas para cuidar la línea, los llevamos afuera y nos sentamos en los asientos del balcón. Cuando nos terminamos de acomodar, el segundo cuarto ya había comenzado. Los Knicks iban perdiendo, pero no me importaba. Yo era una chica más de fútbol, pero la energía de la multitud hacía que disfrutara de cualquier deporte en vivo. Además, aquellos nachos deliciosos me mantenían el estómago contento.

Un jugador de los Knicks lanzó otro pase terrible y el otro equipo se lo robó para hacer un mate de escape. El entrenador de los Knicks pidió tiempo muerto y bajó de un golpe su carpeta con sujetapapeles, al tiempo que descargaba su frustración mediante palabras enardecidas y gestos furiosos.

—Me recuerda a mi jefe —comentó Riley.

—Totalmente —coincidió Jen. Steph asintió de acuerdo.

—Pensaba que habías dicho que no era malo —comenté.

Riley puso los ojos en blanco.

—Comparado con otros, no lo es. Pero tiene el hábito de pasarse siempre para asegurarse de que nadie esté jugando al solitario o chequeando Facebook. Está obsesionado con las reglas y se pone como loco cuando alguien no las respeta. Si lo tuviera que describir en una sola palabra, diría que es “exigente”.

Su jefe parecía Richard cuando tenía un mal día.

—Yo usaría una palabra más fuerte. “Obsesivo” podría ser.

Una mano cálida se apoyó sobre mi hombro, lo que hizo que mis palabras permanecieran en el aire.

—Hola, Kristen.

Volteé la cabeza para ver quién era, aunque la voz era inconfundible. Vincent, vestido con una camisa blanca vigorizante que le acentuaba los ojos oscuros y unos pantalones informales de color gris pizarra que escondían los fuertes músculos esbeltos, se preparaba para tomar asiento en la fila de atrás. La elección impecable del momento oportuno, en combinación con haberme chocado contra su aura intensa hizo que el estómago lleno de nachos se me cayera al suelo.

—Vincent, ¿qué haces aquí? —le pregunté con ansiedad, sin saber qué parte de nuestra conversación de chicas privada había alcanzado a oír. *Además de acecharme.*

—Recordaste llamarme Vincent. Estoy conmovido. —Sonrió y luego me apretó suavemente en el hombro—. Estaba disfrutando del juego desde la primera fila, cuando te vi con tus amigas

en la pantalla. Creí que debía enviarle mis saludos a mi nueva gerente de cuenta.

—¿Eres su gerente de cuenta, Kristen? —me preguntó Jen, sorprendida.

La miré a ella, luego a Steph y luego a Riley. Tenían los ojos fijos en Vincent, tan abiertos como la boca, como si acabaran de ver a un dios.

—Mmm... sí. Chicas, él es Vincent Sorenson, director ejecutivo de SandWorks. Es un cliente nuevo. —Le presenté a Jen y a Steph y él les estrechó la mano, de a una a la vez. Parecía que se derretirían por el contacto con él y no pude evitar sentir lástima por ellas.

—Aunque no nos habían presentado formalmente, Kristen ya me ha hablado de ti, Riley —dijo suavemente, estrechándole la mano. Ella se sonrojó y soltó unas risitas atípicas.

—Kristen también me ha contado todo sobre usted.

La fulminé con la mirada, esperando que captara la indirecta.

—Cosas buenas, espero.

—Solo lo mejor —le respondió, ignorándome intencionalmente—. Jen, Steph, ¿quieren que vayamos a buscar más refrigerios adentro?

Le pellizqué la cadera furtivamente y ella me hizo la mano a un lado suavemente, sin reaccionar. Estaba decidida a dejarnos a Vincent y a mí solos y yo estaba decidida a evitarlo. Solo Dios sabe lo que sucedió la última vez que Vincent y yo estuvimos solos en su oficina. Me estremecí al pensar que algo parecido pudiera pasar en aquel lugar público.

—Voy con vosotras —les dije, más como una súplica que como una sugerencia.

—¡Ay! ¡No! Estoy segura de que tenéis *tanto* de qué hablar. —Me sonrió y luego se volvió hacia Vincent—. Gracias por los lugares en el palco, Sr. Sorenson. Esperemos que Kristen pueda expresarle *toda* nuestra gratitud. —Su guiño tan obvio hizo que me diera vergüenza. Luego, se las llevó a Jen y Steph adentro de un tirón, mientras ambas le dirigían miradas furtivas a Vincent al tiempo que se marchaban.

Cuando resultó evidente que estábamos solos, Vincent saltó hábilmente por encima de la fila y se sentó al lado de mí. Estiró el brazo hacia atrás y tomó dos bebidas, que debía de haber puesto allí antes de alertarme de su presencia, y me ofreció una.

—Un mojito. Sé que es tu preferido.

Molesta por la carga que sentía al estar tan cerca de él, acepté la bebida y tomé un trago para calmar los nervios. Quería enojarme con él pero no se me ocurría ningún buen motivo.

—¿Ves lo que hiciste? Ahuyentaste a mis amigas. —Se suponía que esta sería una noche de chicas, pero con la cantidad de testosterona que exudaba, sentía que de pronto se había convertido en noche de Vincent.

—Parece que se están divirtiendo. —Levantó el vaso y lo hizo tintinear contra el mío—. Y tú también. —Los labios se le curvaron en una sonrisa de suficiencia encantadora, se acomodó en el lugar y me rozó el brazo con el suyo. El arrebato inoportuno que sentí por todo ese lado del cuerpo hizo que me diera cuenta de cuánto extrañaba su presencia física.

Di un sorbo, luego otro, debatiendo internamente acerca de qué decirle mientras me observaba recelosamente, el drama del juego debajo de nosotros olvidado casi por completo.

—¿Te pongo nerviosa? —me preguntó. La postura relajada y el comportamiento sereno contrastaban absolutamente con mi propia compostura.

—No, ¿por qué?

—Te tomaste esa bebida de golpe.

Le eché un vistazo al mojito y solo le quedaban los cubos de hielo. *¿Cuándo sucedió?*

Sus ojos divertidos me observaban cuando levanté la mirada.

—Puedo traerte otro si quieres.

—¿Estás intentando emborracharme? —le solté, recordando nuestra última conversación acalorada en la que yo estaba desnuda, a mitad de una masturbación—. No me iré a casa contigo esta noche si ese era tu plan.

—Relájate, Kristen. Eres una mujer hermosa e inteligente. Sé que lo puedes manejar. —La forma tan casual en la que desvió el tema a la vez que me hacía un cumplido hizo que me pusiera tensa y, cuando apoyó la mano sobre la mía, sentí que se me aflojaban las piernas. Por suerte estábamos sentados—. ¿Qué es lo que realmente te molesta?

Coloqué la bebida en el posavasos y crucé los brazos delante del pecho, más para evitar el efecto de su roce que para hacer un mohín.

—Tú. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Acaso me estás acosando?

—Puede que fantasee continuamente contigo, pero no te ando siguiendo ni contraté a nadie para que lo hiciera, si eso es lo que me preguntas.

—Así que solo estás aquí por casualidad cuando yo estoy aquí.

—Es el desempate. Como uno de los accionistas principales del equipo, tengo más razones para estar en este juego que tú. ¿No serás tú la que me acosa?

Su ingenio me hizo reír y aprecié más su sentido del humor.

—Ya lo quisieras.

—Quizás tú investigaste mis finanzas, te diste cuenta de la conexión que tengo con los Knicks e, incapaz de resistir tus sentimientos intensos, apareciste deseando encontrarte conmigo. Parece que ambos tuvimos suerte. —Dio un sorbo a su propia bebida mientras mantenía los ojos fijos en mí.

A pesar de que los pensamientos constantes acerca de él me habían asediado toda la semana (algunos de los cuales incluían reuniones de fantasía en su oficina) no me podía imaginar a mí misma actuando conforme a ellos—. En tus sueños, amigo —le dije, con un tono más de broma que serio.

Se inclinó hacia mí, su boca quedó cerca de mi oreja y el largo cabello aterciopelado me rozó la mejilla. En lugar de resistirme, me encontré deleitándome con el contacto. Su esencia era distinta de la de siempre, pero el aroma fuerte característico estaba presente y produjo igualmente ese efecto típico en mí.

—¿Quieres saber con qué sueño? Podemos hacerlo realidad —susurró sensualmente.

Mi cuerpo se estremeció de forma involuntaria con la suave vibración. Admiraba su tenacidad elegante pero ya me había acostumbrado a esperar eso de su parte.

—Lo siento, pero no eres realmente mi tipo.

Se echó hacia atrás pero la distancia a la que se encontraba era suficiente para que pudiera sentir el calor que irradiaba.

—Lo soy. ¿Pero cuál crees que es tu tipo?

—Bueno. Dulce, cariñoso. No exactamente un director ejecutivo amante de la adrenalina.

Se le torció la sonrisa y respondió:

—Te aburrirías en un mes. Creo que quieres a alguien emocionante que además te haga sentir segura. Yo puedo hacerlo.

Pensativa, me pellizqué el mentón con el pulgar y el índice.

—Mmm... sabes que suena atractivo pero a pesar de lo tentador que sea, ya te dije, no puede pasar nada entre nosotros.

—Asuntos profesionales, ya lo sé.

Levanté una ceja.

—Así que me escuchas.

—Cuando se trata de tus labios, tienes toda mi atención.

La tensión que sentía en los hombros se relajó y me di cuenta de que bajaba un poco la guardia. No solo era apuesto físicamente sino que también demostraba consideración. No era solo la bebida y el que se acordara de mi amiga; de verdad escuchaba mis preocupaciones. Decidí ilustrar la situación para asegurarme de que nos estuviéramos entendiendo:

—Tú eres Romeo y yo soy Julieta. Si estamos juntos, sucederán cosas malas.

—¿Eso es todo? —Escudriñó detenidamente el estadio y luego volvió su mirada penetrante hacia mí—. Porque no veo a tus jefes por ninguna parte. Pensaba que una empleada de Waterbridge-Howser sería un poco más creativa cuando se trata de obtener lo que ella quiere. Tú ciertamente pareces ser mi tipo.

—¿Qué tipo?

—Una mujer que obtiene lo que quiere. ¿Economía en Harvard? ¿Trabajar en una empresa de gestión patrimonial, tratando de abrirse camino cuando tipos como tu compañero, Richard, intentan joderte o simplemente hundirte en cada oportunidad que se les presenta? Debes ser tan fuerte como inteligente para progresar en ese ambiente.

¿Cómo sabía qué había estudiado en la facultad o incluso en dónde lo había hecho? Como si me leyera la mente, dijo:

—Busqué tus antecedentes antes de firmar con tu compañía. Recuerda, te estoy confiando cientos de millones de dólares.

—Pensaba que me habías elegido como punto de contacto solamente para llevarme a la cama.

—Puede que me guste correr riesgos cuando quiero, pero no soy un idiota. Eres una mujer impresionante, Kristen.

Bueno, al menos sabía cómo hacer sentir bien a una chica. Y excitarla. Acercó las piernas a las mías y, en ese momento, podría jurar que el alcohol había llegado a mi cabeza porque lo único en lo que podía pensar era en la imagen de él arrancándose aquellos pantalones frente a mí como un *stripper*.

—¿Intentas acostarte con todas las demás mujeres impresionantes que conoces? ¿Esto sería una conquista para ti?

Me miró sorprendido.

—Ninguna tan impresionante como tú.

—Bueno, me halagas. —De verdad lo hacía, pero el tono decidido con que lo dije no lo demostró.

—No te veo como una conquista —agregó—. Pero te mentiría si te dijera que tu determinación no me resulta excitante.

Me sonrojé intensamente.

—Mis preocupaciones son verdaderas.

—Lo que nos lleva de nuevo al tema que no abordaste. Si tus preocupaciones son solamente profesionales, no será un problema mantener entre nosotros lo que hagamos. Nos besamos en mi oficina y aún tienes tu empleo.

Buen punto; pero había otros motivos por los cuales yo me resistía y no iba a sacar a desempolvar aquel pasado.

—Es un riesgo que no puedo correr. A pesar de lo deliciosamente atractivo que seas, quiero mi trabajo más de lo que te deseo a ti. Apenas te conozco. Y tú apenas me conoces.

—Entonces concócame. Dale a esto —hizo un gesto señalándonos a ambos— una oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Una cita. Si sale bien, tenemos más. Si no, volvemos a una relación puramente profesional. Te lo prometo, mantener una cita en secreto no será un problema. —Me tomó un mechó de cabello y lo enrolló seductoramente entre los dedos—. Lo que hagamos será privado. Soy una tumba.

Aunque la idea de una cita con Vincent sonara muy emocionante, su sugerencia parecía incoherente con su método. Hasta ahora, solo parecía interesado en tener sexo conmigo. Tener una cita era un monstruo completamente distinto y no tenía la certeza de que comprendiera el significado.

—Vincent, aunque una cita suene muy emocionante, no estoy segura de que entiendas lo que me estás proponiendo. Una cita no significa sexo. Y si tuviéramos una —no estoy diciendo que la tendremos— pero si lo hiciéramos, te digo por adelantado que no habrá sexo. Quizás ni siquiera nos besemos. —La última parte la agregué para darle mayor énfasis.

Esperaba que se echara atrás pero, sin que se le detuviera el corazón, me respondió:

—No importa.

Su respuesta me hizo reflexionar.

—¿Me perdí de algo? Pensaba que solo querías acostarte conmigo.

—En general paso la semana entre tres continentes distintos, así que usualmente no tengo tiempo para una relación. Por ese motivo, mi método es directo. Dejaste en claro que no eres el tipo de chica a la que le gustan las relaciones informales. Aun así quiero verte. No estoy acostumbrado a avanzar despacio pero puedo adaptarme.

—¿Tu concepto de cita es solo un medio para obtener sexo? No soy una puritana pero para mí el sexo es un acto significativo entre dos personas que comparten una conexión. No es que simplemente te agregue más obstáculos para que los sobrepases. Acabas de elogiar lo inteligente que soy y ahora me tratas como si fuera idiota.

—Una cita es lo que sea que hagamos. Quiero mostrarte que me interesas más allá del sexo.

Su respuesta fue un alivio.

—Está bien.

—¿Eso es un sí?

Probablemente como resultado del mojito que me corría por las venas y las feromonas de Vincent que me nadaban en la cabeza, oí que las palabras me salían de la boca antes de que tuviera tiempo de procesar sus consecuencias.

—Está bien. Una cita.

Sus rasgos espectaculares se iluminaron y lo embellecieron más aún.

—Pero —agregué interrumpiendo las palabras que perduraban en su boca— necesito discreción. No quiero preocuparme por que mi empleador nos descubra.

—Coincido, no será un problema. ¿Qué te parece mañana a las ocho?

—¿De la noche?

—No, de la mañana.

—¿No es un poco temprano para una cita? ¿Qué tienes en mente?

—Es una sorpresa.

La cabeza me daba vueltas.

—Está bien... ¿dónde quieres que nos encontremos?

—Yo te recogeré.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo sabré qué vestir si no me dices a dónde iremos o qué haremos?

—Nada demasiado formal —dijo, mirándome de arriba abajo—. De cualquier manera, parece que sabes cómo manejarlo.

El rostro me ardió de nuevo.

—Gracias.

Se inclinó más hacia mí y sentí su respiración en el cuello y me estremecí, mientras me preparaba para el intento de besarme.

—Solo tienes que estar lista a las ocho. Puedes hacerlo, ¿no?

—Sí.

—No crees que voy a intentar besarte aquí, ¿verdad? Me subestimas, Kristen. —Se inclinó nuevamente hacia atrás, para acomodarse en su asiento y, al hacerlo, me rozó la pierna con el dedo. El roce provocó que una sacudida que me recorriera el cuerpo, lo que hizo que se me entrecortara la respiración.

—Sé comportarme —concluyó.

Lo miré, respirando con bocanadas cortas. No hubiera imaginado que fuera posible verme tan tranquila antes de aquel momento.

—Te traeré otra bebida.

Cuando se dirigía a la suite, se cruzó con Riley que salía. Dio un salto para sentarse a mi lado.

—Entonces parece que todo salió bien.

—Supongo —resoplé.

—Entonces, ¿cuándo es la cita?

Tuve que esforzarme por ser menos obvia.

—Mañana.

—Bien. Si me decías que no tendrían una cita, te habría abofeteado.

Me volví hacia ella.

—Sabes que aún puedo tomar mis propias decisiones, ¿no?

Riley inclinó la cabeza.

—A veces necesitas un empujoncito para tomar la correcta. ¿A dónde te llevará?

—Es una sorpresa. Quiere que esté lista por la mañana.

Riley arrugó la nariz.

—No suena como algo habitual, sea lo que fuere. Algo me dice que no es el tipo de chico que invita a la chica a dar un paseo por el parque.

—No, definitivamente no.

—Es solo una cita. En el peor de los casos, probablemente tengas que hacer algo exótico y divertido con un bombón espectacular.

Tragué saliva.

—En el peor de los casos, me quedo sin trabajo.

Se rió.

—Si a los chicos malos los atrapan con tanta facilidad, no seguirían siendo chicos malos. Estarás bien.

El resto del juego se pasó como una imagen borrosa cada vez más achispada. Pasé la noche esperando que Vincent me tocara de nuevo desde donde se hallaba sentado, detrás de mí —el hombro, el cuello, lo que fuera—, pero no lo hizo.

Quando nos marchamos del estadio, en lo único que pensaba era en la mañana siguiente. ¿Qué podría ser lo que había planeado que requería que empezáramos tan temprano?

## Capítulo siete

El reloj despertador comenzó a sonar a las 7:00 a. m. Me desperté boca abajo con el rostro sobre la almohada y me regañé de inmediato por haberme aprovechado tanto del bar gratuito de la suite la noche anterior. Me cubrí la cabeza con el edredón, desesperada por dormir un poco más, cuando me di cuenta de que tenía una cita en una hora. Una ola de ansiedad me inundó el cuerpo y e hizo que saliera disparada de la cama, desparramando la ropa en el camino hacia la ducha. Abrí la llave del agua caliente, deseando que el vapor espeso me relajara, pero no podía dejar de preguntarme qué incluiría una cita sorpresa con Vincent Sorenson. ¿Museos alquilados? ¿Restaurantes cinco estrellas? ¿Yates? No tenía idea de cómo debería vestir.

Dejé que el jabón hiciera espuma al pasármelo por el torso y por las piernas... mierda, ¿debería afeitarme? Pensaba ponerme unos jeans, pero escuchaba la voz de Riley en mi mente, riñéndome por elegir un conjunto informal; me insistiría para que vistiera una falda y finalmente yo cedería. Tomé la afeitadora y me pasé la hoja con cuidado por las piernas.

Cerré el grifo de la ducha y tomé una toalla para secarme rápidamente antes de hurgar en el armario y hallar una falda azul discreta y una camisa de seda con la espalda cruzada y sin mangas. Me las puse encima de un conjunto de ropa interior que hacía juego y entré a la cocina, donde hallé a Riley bebiendo generosamente una taza de café y hojeando la revista *People*.

—Lo siento, ¿te desperté? Como ya estaba bastante histérica por los nervios, evité el café y me serví una taza generosa de jugo de naranja.

—¿Me estás tomando el pelo? Hace una hora que estoy levantada, no había forma de que me perdiera esto.

—Bueno, no te hubieses perdido mucho; todavía no sé adónde vamos.

Cerró la revista lentamente y la puso a un lado antes de contemplarme.

—¿Llevas preservativos?

—¿Qué? —le pregunté, ante la brusquedad de la pregunta que me tomó totalmente por sorpresa.

—Por eso —dijo—, es que me levanté temprano. ¡Tienes que pensar en estas cosas!

—No, Riley, no llevo preservativos. Apenas es nuestra primera cita. Una cita de prueba en realidad.

—Bueno, te lo recomiendo. Requeriría un gran dominio de mí misma contenerme para no arrancarle de un tirón la ropa a un tipo como Vincent.

Puse los ojos en blanco por encima del borde de la taza.

—¿Estás segura de que no quieres ir a esta cita en mi lugar?

—Vamos, estaba bromeando. Solo estoy emocionada por ti —me respondió—. Es tu primera cita oficial desde...

—No me lo recuerdes —la interrumpí, atemorizada ante la idea de que hacía dos años desde mi última relación y meses desde que había tenido algo parecido a una cita.

—Estás lista para esto, es lo único que te digo.

—Sí, creo que así es —le dije suavemente, recordando el encuentro amoroso con Vincent en su oficina, la manera en la que prácticamente colapsé cuando me besó. No podía recordar ningún momento en que las cosas hubieran ocurrido de manera tan natural.

—Bueno, el atuendo definitivamente es lindo —dijo Riley, mirándome rápidamente de arriba



abajo.

—Pensé que lo aprobarías.

—Pero espero que tengas pensado usar un peine antes de salir —se rió y señaló los rulos anudados que se me habían formado en el cabello al secarse.

Eché un vistazo al reloj y me precipité hacia el baño al darme cuenta de que tenía apenas unos minutos para prepararme antes de la hora en que Vincent supuestamente llegaría. Tomé un cepillo que había sobre el lavamanos y me arreglé el cabello con un moño revuelto con estilo, que terminé de acomodar justo cuando escuché un golpe que provenía de la puerta. Di un salto por la expectativa nerviosa y me apliqué una capa de máscara en las pestañas.

—¡Ya está aquí! —gritó Riley desde la sala de estar, con un gorjeo agudo. Entró al baño corriendo y me acompañó afuera, depositándome el bolso con fuerza en las manos.

—Que la pases bien, cuídate y cuéntame *todo*.

—Lo haré, lo haré —le aseguré mientras abría la puerta del frente. Ella se escapó hacia su habitación antes de que Vincent la viera en pijamas.

Él se quedó de pie frente a mí, seis pies de perfección muscular que vestían unos jeans y una chaqueta deportiva elegante negra. Me lanzó una de sus sonrisas torcidas y el corazón me dio un vuelco.

—Buenos días —logré decirle, suprimiendo la timidez que, de pronto, me había invadido.

—Te ves estupenda —me dijo, al colocarme la mano en la parte baja de la espalda para conducirme fuera del edificio de apartamentos. Podía sentir los dedos que me sujetaban la tela de la camisa, el gesto conocido que hacía que me sonrojara.

Cuando salimos nos detuvimos delante de un Camry plateado, cuya armazón cuadrada y pintura apagada sugerían que era viejo. Había esperado encontrarme con una limusina o un automóvil deportivo sofisticado, algo que se correspondiera con su riqueza.

—¿Este es tu automóvil? —le solté.

—Tú querías discreción —me dijo mientras entrábamos.

—¿Esta es la parte en la que me dices adónde vamos? —bromeé cuando comenzaba a conducir.

Me lanzó una sonrisa amplia.

—¿Siempre lo haces tan difícil cuando te quieren dar una sorpresa?

—Me gusta estar preparada, eso es todo.

—Se nota. Esos gráficos que preparaste para nuestra primera reunión deben de haberte tomado bastante tiempo.

Lo miré, consternada al recordar mi desempeño desastroso en Ciudad del Cabo.

—Resultó que valieron la pena, creo que fueron lo único de la presentación que nos salvó.

—¿Estás segura de que esa actuación del resbalón y la caída no estaba planeada?

—Ya te dije que fue sin querer, pero es probable que Richard lo implemente en nuestras futuras reuniones.

—No lo culpo, fue mi parte preferida.

—Eso me dijiste, pero no estoy segura de que desee que me conozcan por meter mano a los directores ejecutivos. —Intenté no suspirar al recordar la extensión firme del pecho de Vincent debajo de su camiseta.

—Supongo que solo tuve suerte de estar ahí para impedir que cayeras al suelo. —Se volvió hacia mí sonriendo y prácticamente tuve que apartar la vista de la curvatura de sus labios carnosos.

—Algo me dice que no te tropiezas con tus propios pies con frecuencia —dije, para distraerme del destello lujurioso de sus ojos—. ¿Los surfistas no deben tener una coordinación bastante buena?

—En ese caso, tendremos que trabajar para mejorar la tuya —dijo mientras el auto se detenía de a poco.

—¿Qué? —miré hacia afuera por la ventana, asimilando la pista neblinosa de la playa de estacionamiento de un aeropuerto.

—No podemos ir a Santo Tomás y no surfear aunque sea una vez.

Apreté los dientes para evitar que la mandíbula se me cayera hasta el pecho. Tuve que luchar contra el deseo de protestar, recorriendo mentalmente todos los motivos por los cuales surfear me ponía nerviosa, en primer lugar. Pero sabía que no podía sabotear una cita con Vincent Sorenson porque tuviera demasiado temor a pararme sobre una tabla por un rato.

—¿Este es el JFK? —balbucí al tiempo que salíamos del automóvil.

—En realidad, es un aeropuerto privado. No había vuelos directos al Caribe así que nos conformaremos con algo más íntimo. —Hizo un gesto hacia un pequeño avión que se veía a la distancia.

Me había imaginado los yates y los autos deportivos, pero no anticipaba un jet privado. Quizás Vincent no era el chico malo que había acusado de serlo. De hecho, resultaba ser bastante considerado. Una cita en una isla remota no debía de haber sido fácil de organizar y su pequeña artimaña en el juego de los Knicks había sido más que generosa —mis amigas sin duda pensaban eso—.

—Bueno, me gustan los desafíos —admití, al decidir que si él estaba dispuesto a hacer un esfuerzo, yo también.

Me tomó de la mano y me condujo hasta el avión tirando de ella.

—Eso es lo que pensé.

Apenas me estaba acostumbrando a la idea de un jet privado cuando me encontré con asientos de cuero hechos a medida, una mesa baja de vidrio y un sofá de gamuza, todo ubicado en la cabina del avión. Es cierto, no había tenido una cita en mucho tiempo, pero aunque hubiera tenido alguna, no habría sido nada parecido a esto. Esto no era una cena y una película.

—Te has pasado de discreción —dije mientras investigaba el entorno.

—Estaremos los dos solos aquí arriba —me dijo al volverse hacia mí y bajó los ojos brevemente hacia la línea del escote visible en el cuello de la camisa antes de que me recorrieran de nuevo hasta el rostro. Eché un vistazo alrededor, en busca de un auxiliar de vuelo, pero no mentía. La cabina del avión estaba vacía excepto por nosotros: no podría haber sido más discreto.

—¿Es común que los directores ejecutivos tengan sus propios jets privados? —intentaba sonar indiferente, pero sabía que mi asombro resultaba claramente obvio.

—Debo admitir que lleva un tiempo acostumbrarse. —Mientras nos acomodábamos en nuestros asientos, ubicó la mano en el apoyabrazos que estaba entre ambos, con los dedos largos extendidos sobre el cuero. Quería alcanzarla para acercarme los nudillos a la boca y recorrer con la lengua las líneas superficiales de su piel. Miré fugazmente el sofá y me imaginé que la parte baja de la espalda se encontraba pegada a la superficie de cuero mientras Vincent se inclinaba sobre mí y la presión de su cuerpo musculoso me hundía en los almohadones. Ubicaría mis piernas alrededor de su cintura y con la mano cubriría el espacio detrás de mis rodillas mientras nuestros labios se abrirían para envolverse entre sí. Me aferraría a sus caderas esbeltas y me

empujaría contra él, ansiosa por una fricción que no había sentido en mucho tiempo.

—¿Quieres decir que volar al extranjero no es uno de tus pasatiempos? —Tragué, tratando de salir de mi ensoñación caliente.

—No me entregaron a SandWorks precisamente en bandeja. Pasé mucho tiempo viajando, trabajando de un sueldo a otro, antes de pensar en la cámara a prueba de agua. De hecho, ese Camry es algo así como una reliquia de aquellos tiempos.

—Debo admitirlo, no era lo que esperaba cuando me recogiste.

—Viajaba mucho en ese automóvil, hasta pasé algunas noches en él —me dijo—. Pero cuando los negocios despegaron, una de las primeras cosas que tuve que aprender fue a manejar mi dinero.

—¿No es eso para lo que nos contrataste? —No lo podía imaginar luchando por aprender algo. Sus conocimientos sobre los negocios habían resultado obvios desde el día en que nos conocimos.

—Sí, pero no siempre fue fácil saber en quién confiar al principio, así que tenía que depender de mí mismo. Aunque algo me dice que nunca tuviste demasiados problemas con eso.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, adoptando una postura defensiva ante la indirecta.

—Analista financiera, chica de Harvard... a tus padres debió de haberles ido muy bien por su propia cuenta para poder enviarte allí.

Mi vida familiar no era un tema de conversación que disfrutara, pero no quería que pensara que no me había esforzado con tenacidad para tener éxito.

—Mis padres me presionaban mucho para que me fuera bien, pero no podían permitirse pagar una facultad privada. Me marché de Texas con algunos ahorros que había juntado gracias a los trabajos de verano pero tuve que trabajar mientras estudiaba; no saldé mis préstamos estudiantiles hasta que conseguí trabajo en Waterbridge-Howser.

—¿Texas? Sabía que detectaba un acento.

—Al igual que todos los de Boston; pasé mucho tiempo intentando esconderlo, pero supongo que me cansé de pretender que no formaba parte de mí.

Se volvió hacia mí, con la mirada encendida.

—Eres una contradicción andante.

—¿Discúlpame?

—Dices que no te gusta arriesgarte, pero no debe de haber sido fácil comenzar una vida nueva tú sola.

Nunca me había considerado una persona aventurera, mis propios padres pensaban que era irresponsable de mi parte que desarraigara mi vida, pero Vincent no parecía convencido.

—Tú tampoco eres exactamente una persona a la que se comprenda con facilidad. ¿Un vagabundo que se convirtió en director ejecutivo? A eso no lo veía venir.

Me mostró una de sus amplias sonrisas astutas.

—No puedes estar preparada para todo, Kristen.

Aterrizamos unas horas después; las playas blancas y las palmeras que se balanceaban nos dieron la bienvenida desde la ventana del aeroplano. Atravesamos el pequeño aeropuerto hasta el área de los automóviles en alquiler. Vincent escogió un Aston Martin convertible, lo que me sorprendió más de lo que probablemente debía considerando que acababa de bajar de su jet privado. Negociaba con clientes acaudalados diariamente y tenía una idea vaga de los lujos que se podían permitir pero, en realidad, yo misma nunca había sido acaudalada —ver lo que el dinero de Vincent podía comprar me había embarullado un poco.

El viaje hasta la playa me sirvió para distraerme de mis miedos persistentes a surfear: era imposible no notar la brisa que me despeinaba, el sabor de la sal del océano que perduraba en el aire y las colinas ondulantes que nos rodeaban. Pero cuando nos acercamos a la tienda de surf de listones de madera que estaba cerca de la playa, el creciente temor que había sentido más temprano volvió con toda su fuerza.

—Debo admitir que esto me pone un poco nerviosa —le confesé cuando salíamos del automóvil—. Medusas, tiburones... hay muchas historias de terror, ¿sabes?

Me tomó la mano y la agarró con fuerza, de modo tranquilizador.

—No te preocupes, no dejaré que te pase nada.

Vincent tenía razón, había surfestado durante años y, en realidad, no tenía motivos para no confiar en él —al menos en cuanto a mi seguridad—.

—Pero no puedes surfear con esa ropa —me dijo, señalando con un gesto la falda y la camisa—. Necesitaremos conseguirte un traje de baño.

Luego de probarme algunos trajes de baño en el vestuario, me decidí por un bikini negro de tiritas que se ataban al cuello y una tanga.

El corazón casi se me hunde hasta el estómago cuando vi el costo total de nuestro equipo para surfear: entre los trajes de baño y las tablas de surf, Vincent había gastado más de lo que Riley y yo gastábamos en restaurantes en un mes.

Luego de haberme cambiado, me encontré con Vincent en la orilla y casi me caí al suelo cuando vi al hombre que me esperaba de pie, vestido con nada más que el pantalón corto de surf blanco que le colgaba holgado desde la cadera. Detuve la mirada en sus abdominales, las crestas firmes de su abdomen que terminaban en el ángulo pronunciado descendente de los huesos pélvicos. Tragué saliva al ver los aros de las tetillas que lanzaban destellos desde el pecho y entre los varios tatuajes de buen gusto que le rodeaban el brazo derecho y el pecho, tenía dibujado el contorno de un diamante oscurecido en la caja torácica. Me pregunté qué significado tendría; Vincent podría ser un temerario, pero siempre parecía haber un motivo para todo lo que hacía.

Me tropecé en la arena, luchando internamente con la parte de mí a la que se le hacía agua la boca con su aspecto provocador y la parte de mí que se sentía un poco intimidada. Nunca había estado con un hombre que corriera tantos riesgos con su cuerpo, pero tampoco había estado nunca con un hombre que desafiara todas mis expectativas. Sin mencionar un hombre que fuera tan irresistiblemente atractivo.

En los labios se le dibujó lentamente una sonrisa al mirarme de arriba abajo.

—Me gusta el traje de baño. ¿Lista?

Tuve que obligarme a sostenerle la mirada.

—Más lista que nunca.

Caminó en el agua para adentrarse en el océano; las olas superficiales dejaban hilos de agua que luego descendían por el pecho descubierto de Vincent. Cuando el agua nos llegó a la cintura, dejó caer las tablas de surf a su lado y se volvió hacia mí.

—Lo más importante que tienes que entender es que debes controlar la tabla, no quieres verte abrumada por la fuerza de la ola —comenzó—. Así que recuéstate sobre el estómago y coloca las manos aquí.

Hice lo que me indicó y deslicé el estómago por la superficie cética de la tabla.

—Ahora, presiónala con la cadera. —Sin avisar, me tomó por la curva suave de las caderas y empujó contra ellas, con las callosidades de los dedos contra mi piel. La manera en la que sin hacer esfuerzo manejó mi cuerpo hasta que se encontró en la posición adecuada me hizo pensar

que no era la primera mujer a la que le enseñaba a surfear.

Intenté morderme la lengua pero estaba decidida a no ser solo otra más de las conquistas de Vincent Sorenson.

—¿Cuántas clases de surf has dado?

—Algunas.

—¿La mayoría a la clientela femenina? —le lancé; las palabras salieron antes de que tuviera la oportunidad de considerarlas.

Retiró las manos de mis caderas, el calor de su piel permaneció donde habían estado sus dedos, e inmediatamente me arrepentí de la impertinencia.

—¿Estás intentando preguntarme a cuántas chicas he traído aquí?

Me senté erguida en la tabla, a horcajadas para evitar caerme. Los ojos de él vagaron por el agua, relamiéndose con mis muslos aferrados.

—Solo quiero saber qué es esto.

—Es una cita, Kristen. No es una estratagema. Las únicas clases que he dado fueron solo eso, clases. —Yo desvié la mirada—. No es tu primera cita convencional, eso es todo.

Cuando mi tabla comenzó a ir a la deriva, él tiró de ella para acercarla y los dedos rozaron la carne de la parte interior de mis muslos. Me estremecí ante el contacto y pensé que tal vez no era enojo lo que sentía, sino celos. Si el roce de Vincent podía generar un arranque de deseo en mí, entonces solo podía imaginar lo que les habría hecho sentir a otras mujeres, aquellas que no exigían primeras citas.

—¿A qué estás acostumbrada? —me preguntó.

—A lo que la mayoría de la gente está acostumbrada: cena, películas. Supongo que no he salido con suficientes directores ejecutivos.

—¿Con quién has salido?

Me moví para apartarme de su roce, cada vez más incómoda por la pregunta cuya respuesta me negué a sacar a la superficie.

—Con nadie serio —le respondí al tiempo que me inclinaba hacia adelante sobre la tabla para quedar de nuevo recostada sobre el estómago—. ¿Estoy haciendo esto bien? —le pregunté, decidida a cambiar de tema.

—Muévete más hacia adelante sobre la tabla y mantén la presión de las caderas sobre ella.

Me contoneé acostada sobre la tabla y extendí torpemente el abdomen pero estaba demasiado nerviosa por la idea de mis desagradables antecedentes de citas para concentrarme en la posición. De repente, Vincent se encontraba detrás de mí, con las manos acomodadas en el surco de mis caderas, mientras halaba mi cuerpo hacia él. Deseaba con desesperación llevar una camiseta, un traje de buzo o cualquier otra cosa que disminuyera el contacto directo entre ambos. No podía distinguir entre el agua y la humedad que había ido aumentando entre mis piernas desde que lo vi por primera vez en la playa.

—No puedo —comencé a protestar, demasiado abrumada por un deseo ajeno para pensar en las técnicas de surf.

—Sí que puedes. Estoy aquí. —Deslizó la mano hasta la parte baja de mi espalda y presionó. Empujé la pelvis contra la tabla y el contacto vago con el clítoris hizo que un calor me inundara el vientre. Me regañé por la excitación desesperada: quería que las cosas marcharan despacio, en especial con Vincent, un hombre que estaba muy ocupado saltando de un continente a otro para comprometerse.

Me erguí de nuevo, consternada.

—No tengo idea de por qué te gusta tanto este deporte —le dije, intentando culpar a la clase por mi agitación. Me tambaleé sobre la tabla mientras intentaba hacer equilibrio y él me agarró firmemente de la parte de arriba de los muslos para mantenerme estable.

—¿Alguna vez tuviste una descarga de adrenalina? —me preguntó subiendo más las manos por mis muslos hasta que se encontraron peligrosamente cerca de la zona caliente entre mis piernas. Lo miré, tenía los ojos desorbitados por la expectación, los tendones del cuello se le tensaron cuando apretó la mandíbula—. El cuerpo se adapta a cada sensación, la energía alcanza el punto máximo.

—Es adictivo —le respondí con una exhalación.

—¿No quieres sentirte de ese modo? —me preguntó mientras acercaba el rostro al mío y nuestros labios se rozaban brevemente. Pude sentir el sabor de la sal que se había secado en su boca.

—¿Y si me caigo?

—No te dolerá.

Me alejé de él, temiendo que si lo dejaba acercarse más perdería el bikini y nadaría hacia las olas poco profundas en la distancia.

Practicamos surf hasta entrada la tarde, pero Vincent resultó más una distracción que una ayuda: la energía sexual reprimida que había sentido durante la clase todavía perduraba en mi interior. Cuando sentí los brazos demasiado débiles para seguir nadando, dejamos el agua y nos quedamos en la playa. Después de que dejé la tabla sobre la arena, Vincent extendió la mano y me tomó la mano izquierda con delicadeza para llevársela cerca de sí como para inspeccionarla.

—¿Cómo te lastimaste el meñique? —me preguntó, al sentarse junto a mí. El estar tan cerca de él en la arena hizo que extrañara los efectos refrescantes del agua—. Lo tuviste extendido toda la tarde.

Aparté la mano de él de un tirón y me agarré el dedo instintivamente.

—Soy bastante propensa a los accidentes, hace unos años me tropecé, me caí y me lo torcí.

—¿Propensa a los accidentes? Te fue bastante bien en el agua.

Prácticamente me burlé, me había caído de la tabla toda la tarde.

—No creo que el surf sea mi verdadera vocación. Es demasiado difícil para mí.

—A veces, lo difícil es bueno —me dijo mientras se llevaba mi mano a la boca y me besaba el meñique, para luego pasárselo por toda la línea del labio inferior. Levanté la mirada hacia él; la luz del sol combinaba con el color ámbar de sus ojos y podía escuchar el latido acelerado de mi corazón. Todavía no comprendía cómo una mirada de él podía turbarme tanto. Eché un vistazo a la playa para asegurarme de que estuviéramos solos.

—Estás llena de arena —me dijo, limpiando los cristales granulados de la palma de mi mano—. Deberíamos enjuagarnos.

Sentía la necesidad de una ducha después de todo el tiempo que habíamos pasado en el agua, así que acepté.

Se puso de pie y me extendió la mano, luego haló de la mía, me levantó y me acercó a él. Aferré las manos a su pecho descubierto mientras intentaba recuperar el equilibrio. Tenía la piel tibia y resbalosa por una capa de sudor, y no pude evitar imaginarme recorriendo la lengua por su firme abdomen ondulado. Hacía dos años que no dormía con un hombre y podía sentir que mi necesidad abandonada me golpeaba con toda su fuerza.

Intenté apartarme de su asimiento, ya que temía que la fricción de nuestros cuerpos abrumara la parte racional de mi ser, pero me tomó por la cintura y me acercó más. El latido rápido del

corazón parecía ascender por mis piernas mientras él se inclinaba hacia mí y me tomaba el rostro con las manos. Al presionar los labios contra los míos y abrirme la boca con la lengua, las rodillas se me doblaron y tuve que tomarme de sus bíceps para mantenerme estable. Podía oír su respiración intensa, sentir sus exhalaciones tibias contra mi mejilla, al tiempo que nuestras lenguas se movían, enroscándose entre sí. Era cierto que hacía años que no estaba con un hombre, pero nunca me había consumido tanto un beso y me preocupaba que no pudiera controlarme si lo dejaba continuar.

—¿Dónde están las duchas? —le pregunté al apartarme. Estaba desesperada por encontrar un motivo para distanciarme de él: ¿qué pensaría él de mí, o peor aún, qué pensaría yo de mí misma, si tenía sexo con él cuando le había exigido una cita para evitar tener sexo? Pero, sin decir una palabra, me alzó y me ubicó en la cintura, y se la rodeé instintivamente con las piernas mientras me llevaba hacia las duchas.

—Déjame en... —comencé a decirle, pero me interrumpió con otro beso, su boca me presionaba con tanta urgencia que sentí un hormigueo en los labios. Le pasé los dedos por el cabello, tirándoselos ligeramente, mientras la parte dura de su pelvis se movía contra mi clítoris al caminar. Le apreté el torso con los muslos para evitar frotar el cuerpo con descaro contra él, esperando alimentar el deseo que había comenzado a pulsar débilmente entre mis piernas.

Me bajó mientras abría la llave de la ducha y, antes de que tuviera tiempo de recobrar la compostura, sentí que me pasaba las manos por la espalda y por la cintura de la parte de abajo del bikini. Levantó la mano y me soltó el cabello de la coleta; los mechones pesados, mojados, me cayeron por la espalda mientras me enjuagaba la arena del cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, tratando de evitar su roce. Me reñí inmediatamente a mí misma por ensimismarme en el momento: no necesitaba sexo casual, en especial con alguien que estaba acostumbrado a obtener lo que quería de las mujeres. Me había prometido que no me involucraría con otro hombre tan rápido y aquí estaba, a punto de desnudarme en la primera cita.

—Te estoy limpiando.

—Puedo hacerlo sola —insistí.

Las manos detuvieron la recorrida despiadada pero permanecieron en el medio de mi espalda, los dedos golpeteando las tiras sueltas de la parte de arriba del bikini. Me miró, el agua le caía por el puente pronunciado de la nariz hasta los labios.

—¿Por qué te da tanto miedo pedir ayuda?

—Porque no necesito tu ayuda. —Intenté no reconocer el torso musculoso, húmedo y brillante, apenas a unas pulgadas de mí.

—Quiero facilitarte las cosas. —Deslizó los dedos debajo de las tiras de la parte de arriba del bikini y pude sentir que limpiaba la arena áspera que se había quedado atrapada allí, moviendo los dedos hacia el lado de cada seno. Sentí que los pezones se me endurecían por su roce, apenas ocultos debajo de la tela fina del traje de baño.

—Solo creo que sería mejor si fuéramos un poco más lento —dije con un suspiro.

—¿Así de lento es suficiente? —Llevó las manos con lentitud hacia mi pecho, las yemas frías de los dedos me ponían la piel de gallina. Justo cuando estaba por cubrirme los senos con las manos, las desvió rápidamente, y me pasó los dedos levemente por el torso hacia abajo. Me quejé por el deseo frustrado; quería que me pellizcara los pezones, que se los llevara a la boca y me los mordisqueara con delicadeza.

No pude evitar extender los brazos hacia él. Con los dedos recorrí los bordes en relieve de un tatuaje que tenía en el hombro.

—¿Qué significa este?

—En sánscrito significa “equilibrio”. Trabajo con tenacidad, Kristen, pero creo que debo recompensarme. —Pude sentir el bulto de su paquete excitante debajo del short de surf cuando se acercó más.

—¿Y estos? —canturreé al tocar los aros de las tetillas.

—Algo así como un recuerdo de Fiji.

—¿No podías simplemente comprarte una camiseta? —Me incliné hacia su pecho y le tomé las tetillas con los dedos, apretando ligeramente los aros de metal frío.

—Quería algo un poco más interactivo —gimió mientras me agarraba un mechón de cabello.

—Sabía que había sentido algo duro cuando caí sobre ti en Sudáfrica. —Las punzadas ardientes entre las piernas se habían vuelto casi insoportables y lo único que quería hacer era quitarle ese short de surf de la cadera y tomarlo con las manos. Pero la situación estaba avanzando más rápido de lo que se suponía que debía ir y no podría culpar a nadie más que a mí misma si me rendía ante Vincent y terminaba lastimada.

—¿Y tú, Kristen? ¿Algún piercing que me estés ocultando? —El tono de su voz y el recorrido incesante de sus manos sugerían que tenía todas las intenciones de descubrirlo a menos que yo lo detuviera.

Me despegué de él, reuniendo toda mi fuerza de voluntad para negar el deseo. Resultaba difícil simplemente ignorar lo sexy que era Vincent, y no estaba segura de que me creyera que esas clases de surf fueran inocentes. Parecía un plan perfecto, la menor cantidad de ropa, el contacto máximo y su encanto persistente... cualquier mujer sucumbiría a la seducción. Pero yo no buscaba seducción y, si eso era lo único que le interesaba a Vincent, sería mejor que me marchara de la cita con mi dignidad aún intacta, algo que mi última relación me había arrebatado.

Como no quería provocar una discusión ni sacar a relucir los antecedentes de mis relaciones, le lancé una mirada tierna y di un paso para apartarme del chorro de la ducha.

—Todo aquello que vale la pena se obtiene con paciencia —le dije coqueteando.

Dejó caer los hombros, obviamente decepcionado, pero la sonrisa que mostraba todos los dientes me dejó con la esperanza de que tal vez el sexo no era su única motivación.

—Supongo que eso significa que quieres volver a verme.

—Tal vez —le respondí juguetonamente, mientras salía de la caseta—, pero primero tendrás que dejar que me marche de esta isla.

Caminé hasta el baño de mujeres y me despegué lentamente el traje de baño empapado que se me adhería al cuerpo, tomándome mi tiempo mientras intentaba relajarme de la ducha. Era ridículo que me intentara convencer de que no quería estar con Vincent. Pero llevar rápidamente a una mujer a una isla desierta por una tarde había izado algunas banderas rojas. Aunque nunca nadie había planeado una cita tan elaborada como esa para mí, comenzaba a pensar que Vincent conocía las reglas de la seducción mucho mejor que las reglas de las citas. No quería perder la fe en él pero no podía dejar que mi cuerpo obtuviera lo mejor de mí la próxima vez.

Cuando me hube cambiado y acomodado el cabello en una trenza mojada y suelta, me marché del baño y encontré a Vincent recostado contra el convertible. La piel intensamente bronceada resaltaba contra su remera blanca.

Se inclinó hacia mí y me besó antes de tirar ligeramente de la trenza.

—Estás hermosa —me dijo.

Me sonrojé, consciente de que el maquillaje se me había corrido y de que tenía el cabello



hecho un lío.

—Tú no te ves nada mal.

—¿Tienes hambre? —me preguntó—. Todo ese tiempo en el agua me agotó. —Me lanzó una sonrisa insinuante y supe que no hablaba solamente del océano.

—Muero de hambre —le dije, pero sabía que no había cantidad alguna de comida que pudiera mitigar mi apetito.

## Capítulo ocho

Al momento de embarcarnos en el avión de Vincent, ya era de noche y me sentía físicamente agotada. Después de surfear por un buen rato, probamos un lugar de parrillada caribeña, con hamburguesas espectaculares y luego hicimos turismo por la isla en el automóvil hasta la puesta del sol. Fue una primera cita romántica y memorable, y me encontré deseando que no fuera la última. Había esperado que mostrara su típico y encantador y seductor durante todo el día, pero resultó ser sorprendentemente atento y afectuoso, lo que demostraba que había escuchado cuando le dije que quería que fuéramos lento. Sugirió que nos quedáramos a pasar la noche (en habitaciones separadas, por supuesto) pero yo quería evitar las posibles implicancias. Resistirme a él en la ducha pública ya me había costado bastante; dormir en el mismo hotel, con camas ubicadas convenientemente cerca, habría sido demasiado difícil para mi resistencia si decidía seducirme de nuevo. En lugar de ello, me había dormido sobre su hombro en el vuelo de regreso. Cuando me dejó en mi apartamento, intercambiamos un beso casto de despedida. Me prometió que me escribiría al día siguiente y yo le prometí que le diría qué pensaba acerca de una segunda cita. Fui hasta mi habitación a paso de trote y me dejé caer con despreocupación sobre la cama, exhausta por las actividades del día.

\*\*\*

La mañana del lunes se sintió mejor de lo que se había sentido desde hacía tanto como podía recordar. Con todo lo que había hecho con Vincent durante el fin de semana, parecía que hacía una eternidad que no tenía la oportunidad de dormir hasta tarde. Que fue el motivo por el cual aproveché al máximo el domingo. Excepto por el intercambio de algunos mensajes de texto de coqueteo, el día había pasado sin acontecimientos interesantes, pero relajante. No era que estar involucrada con Vincent Sorenson no fuera lo suficientemente emocionante, pero el domingo perezoso era justo lo que necesitaba para recargar energías.

Le había dicho que necesitaba más tiempo para pensar acerca de verlo de nuevo, pero se trataba más de guardar las apariencias que de otra cosa. Si era honesta conmigo misma, la idea de salir en secreto con un cliente tan apuesto me apasionaba, pero había tenido mucho cuidado de no revelárselo a Vincent. También me encontré queriendo saber más sobre él. No era el surfista vago como Richard lo había catalogado, pero tampoco era el hombre de negocios frío y calculador típico de las personas de su posición. Era algo entre medio. Se mantenía incólume en su búsqueda, pero se podía adaptar. Era encantador, pero respetuoso. En otras palabras, complejo.

El fin de semana siguiente parecía interminablemente lejano. ¿Qué haríamos en una segunda cita? ¿En dónde nos encontrábamos? Lo único que sabía era que ya me sentía segura con él, lo que me resultaba tanto reconfortante como inquietante. No me había sentido de ese modo en mucho tiempo con nadie; incluso había comenzado a preguntarme si podría confiar en un chico de nuevo.

Le hice un resumen de la cita a Riley esperando una emoción irracional, pero su reacción fue controlada. Anunció que se estaba viniendo abajo con un resfrío y la aspereza que sentía en la garganta desde que volvimos de Ciudad del Cabo había sido un indicador temprano. Antes de salir para el trabajo, le dije que me detendría en Duane Reade para comprar jugo de naranjas y algún medicamento para la tos. Si necesitaba alguna otra cosa, como pañuelos desechables o un

humidificador, podía enviarme un mensaje de texto.

Llegué al trabajo un poco más temprano de lo común, ansiosa por empezar el día. La mañana se me pasó en una nube de investigaciones de inversión y planillas de Excel. Me resultó raro que mis compañeros no se hubieran detenido a conversar, pero supuse que solo era una de esas mañanas muy ocupadas. Estaba a punto de salir a almorzar cuando Richard apareció inesperadamente en mi cubículo.

—Veo que estás con mucho trabajo. —Su voz no mostraba la confianza típica que rayaba la petulancia.

—Acabo de terminar los gráficos de proyección del rendimiento de la inversión para la cuenta de Sorenson y estaba por ir a almorzar. ¿Necesitas algo?

Suspiró con pesadez y me recosté en la silla, preparándome para las malas noticias. No había forma de que la empresa ya se hubiera enterado acerca de mi viaje con Vincent.

—Vine a decirte que te han ascendido.

—¿Qué? —Esta era una buena noticia. Me habían ascendido hacía solo seis meses, lo que me había otorgado el privilegio de trabajar bajo las instrucciones de Richard, en primer lugar. ¿Ahora me habían ascendido de nuevo? Richard tenía razón, conseguir la cuenta de Sorenson tenía sus beneficios.

Sonreí resplandeciente.

—¡Esto es excelente! Es exactamente como tú dijiste. Entonces, ¿te comprarás ese convertible nuevo del que has estado hablando?

—No. —Suspiró otra vez, frotándose las sienes con los dedos. Su mandíbula estaba haciendo horas extra—. A *ti* te ascendieron. A mí no. También me enteré de que Vincent pidió específicamente que tú fueras su punto de contacto. ¿Lo sabías?

Tragué saliva. Richard estaba molesto conmigo y yo debía aplacar la situación. La sinceridad total no era la mejor respuesta.

—Él mencionó la posibilidad, dijo que le había impresionado mi trabajo. Pero no sabía que iría tan lejos.

Entornó los ojos.

—¿Qué le dijiste y qué te dijo él cuando te entregó los documentos firmados?

—Solo continué con el discurso de seguimiento y él me interrumpió antes de que terminara. Me dijo que le gustaba mi trabajo y que quería firmar los papeles. Se los entregué y, en realidad, no los miré muy detenidamente después de que firmó.

Abrió la boca para decir algo pero la cerró; parecía muy absorto en sus pensamientos. Gruñó algo entre dientes y se marchó antes de que pudiera cuestionarle la situación u ofrecerle unas palabras de consuelo.

Intenté poner la frustración de Richard en perspectiva. A pesar de que él tenía diez años de experiencia más que yo, mi ascenso me ubicaba al mismo nivel en el que se encontraba él. Ya no sería una simple “analista”, ahora era una “gerente de adquisición de clientes” que estaría informándole directamente al jefe de Richard, Carl Stansworth. Supuse que el pedido de Vincent de que yo fuera su punto de contacto era el motivo por el que Carl me había ascendido, pero me preguntaba por qué no habían ascendido a Richard. Ciertamente Richard había hecho su parte del trabajo, lo que significaba que a la compañía no le estaba yendo tan bien como para ascenderlo o bien Richard no le caía bien a Carl. Supuse que era lo segundo. Sea cual fuere el motivo, la situación hacía que pareciera que yo le había robado el manejo de su cliente. Me preocupaba haber irritado a Richard, pero no había mucho que yo pudiera hacer en cuanto a las

circunstancias.

Me salté el almuerzo y volví a mi escritorio con una pasión recién descubierta por mi trabajo. Los dedos parecían un torbellino sobre el teclado, me sentía en el punto máximo de mi productividad, elaborando rápidamente páginas y páginas de informes y análisis.

Estaba llegando al final de la jornada laboral cuando mi cartera repiqueteó por el sonido de un mensaje de texto. Rebusqué adentro, con aleteos en el estómago, pensando que sería otro texto de coqueteo de Vincent. Ya pensaba en él con tanta frecuencia desde nuestra cita que me resultaba difícil concentrarme en cualquier otra cosa, y la comunicación frecuente no era de ayuda. No estaba segura de cuánto tiempo podría resistirme a él si seguíamos así.

Descubrí que el mensaje de texto era en realidad de Riley. Quizás necesitaba algo más de la tienda.

*Hola. Alguien pasó por aquí y preguntó por ti.*

No era lo que esperaba pero está bien. Con los pulgares, le escribí una respuesta: *¿Tenía ojos oscuros, un cabello rubio sexy y unos abdominales para morir?*

Un momento después, sonó de nuevo. *No. No me dijo cómo se llamaba.*

Entonces no era Vincent. De cualquier manera, probablemente tampoco hubiera pasado sabiendo que estaba en el trabajo. Tampoco estaba esperando ningún paquete... ¿quién podría haber sido? Estaba en medio de la redacción de una respuesta cuando recibí otro mensaje. Riley debía de haber presionado enviar accidentalmente cuando escribía el mensaje anterior.

*Pero tenía unos hermosos ojos azules, cabello castaño y anteojos sin montura.*

De repente, la oficina comenzó a girar, se me presentaba agitadamente, como una película a la que le faltaban fotogramas. El corazón me dio un vuelco y sentí una presión que me oprimía el pecho. Intenté respirar pero no podía. Lo conocida que me resultó la experiencia hizo que me diera cuenta de que me estaba dando un ataque de pánico. Me quedé observando las palabras, leyéndolas y releyéndolas, esperando que hubieran cambiado.

*Ojos azules. Cabello castaño. Anteojos sin montura.*

No había dudas. Él se había presentado en la puerta de mi casa. ¿Cómo descubrió donde vivía? ¿Por qué se presentaba ahora? ¿Debía llamar a la policía? ¿Correr? ¿Pasar la noche en un hotel? ¿Por cuánto tiempo? Una ráfaga de preguntas y acciones se me cruzó por la cabeza. Y ninguna de ellas parecía buena.

En medio del caos, mi teléfono sonó de nuevo. Con las manos temblorosas, miré el nuevo mensaje, temiendo lo peor.

Ver el mensaje de texto de Vincent me hizo volver a la realidad. *Ansío verte. ¿Cuándo puedo verte de nuevo?*

Recordé lo segura que me sentía junto a él. Eso era lo único que necesitaba desesperadamente ahora mismo y solo él me lo podía dar. Sin saber qué más hacer, decidí verlo esa noche, estar con él.

*Esta noche. En tu casa. ¿Me puedes recoger después del trabajo?*

Esperé ansiosa su respuesta. Unos segundos más tarde, llegó.

*¿Qué pasó con eso de ir lento? :)*

*No te prometo nada. ¿Una chica no puede pasarse por tu casa solo para divertirse?*

*Por supuesto. Pasaremos el rato juntos.*

Al ver que el automóvil de Vincent se estacionaba junto al bordillo de la acera, controlé que no hubiera nadie que yo conociera cerca. Una vez que confirmé que ninguno de mis compañeros

de trabajo sospecharía que Vincent me llevaba a su casa, ingresé de un salto al asiento del acompañante.

La camisa azul eléctrica exhibía su torso en forma y los pantalones negros a medida combinaban con los zapatos costosos. El efecto era sorprendente y por un momento sentí que era surrealista que un chico como este me buscara del trabajo.

—¡Hola! —Le sonreí.

Giró el auto para “estacionar” y se inclinó para besarme como si estuviera sediento del sabor de mis labios. Su sed de mi resultaba intoxicante. Dudosa al principio, sucumbí rápidamente a la sensación y le recorrí los largos mechones rubios con las manos, correspondiéndole. Disfrutaba de la sensación suave de su boca y de su aroma masculino sorprendentemente fresco.

Cuando los labios rompieron el contacto, habló:

—Hola, Kristen.

*Hola a ti también.*

—Perdón por no darte mucho tiempo.

Me apoyó la mano sobre la rodilla desnuda, la calidez de su piel, una sensación agradable.

—Cuando necesites lo que sea, no temas decírmelo. Puedo adaptarme.

—Gracias. —Pensé por un momento si debía contarle acerca de que mi ex novio se había presentado en mi apartamento, pero no lo quería espantar. La gente no suele soltarle toda su carga al otro cuando apenas han tenido una cita. No le había contado a nadie acerca del lado oscuro de mi ex, ni siquiera a Riley. Pero, de nuevo, no tenía que hacerlo—. ¿Qué tal estuvo tu día?

—Pasó de bueno a excelente. —Sonrió ampliamente mientras la mano comenzó a rozarme la pierna debajo de la pollera—. ¿Y el tuyo?

—No estuvo mal.

Con vista aguda estudió mis rasgos detenidamente.

—Pareces un poco tensa. ¿Está todo bien?

Dudé.

—Hoy me ascendieron, gracias a ti.

—Felicitaciones. Lo merecías —me dijo—. Y no lo digo simplemente porque me gustas. Eres un talento raro.

Me sonrojé.

—Y tú eres todo un seductor. De verdad sabes cómo halagar a una chica.

—Ningún halago. Honestidad. Y tomaré lo primero como una muestra de afecto.

El quejido de mi estómago delató el hambre que tenía y Vincent debió de haberlo oído.

—¿Qué tienes ganas de cenar esta noche? —me preguntó—. Pensaba cocinar algo para nosotros.

—Nada en particular —le respondí—. Pero no tienes que tomarte todo ese trabajo, pensaba que podíamos ir a un restaurante o comprar comida para llevar.

Negó con la cabeza.

—Te llevaré al mejor restaurante de la ciudad: mi cocina. Esta noche es la oportunidad de impresionarte con mis habilidades culinarias.

—Instructor de surf experto y ahora un chef maestro. —También multimillonario y dios sexual, pero supuse que esas características ya eran obvias—. ¿Cuántas sorpresas tienes?

Aquellos labios pecaminosos que formaron una sonrisa hicieron que sintiera un repentino ardor entre las piernas.

—¡Ay! Las cosas que te mostraré, Kristen.

Justo cuando los pensamientos comenzaban a volverse traviesos, una lista mental de supermercado los interrumpió.

—Casi lo olvido, necesito comprar algunos medicamentos para Riley. ¿Crees que podríamos buscar eso primero?

—Por supuesto. Nos detendremos en el supermercado —dijo, alejándose del bordillo para unirse al tropel de automóviles del tránsito.

Si el que me recogiera del trabajo parecía surrealista, hacer compras en el supermercado con él era una ilusión. Al principio iba con precaución por si alguien nos veía pero, luego, la precaución se convirtió en risas cuando vagábamos por los pasillos en busca de los artículos. Hacía dos semanas, rechazaba las insinuaciones de Vincent y ahora estábamos eligiendo alimentos para cocinar para la cena como una pareja sólida. Era una experiencia doméstica que se sentía rara pero natural. No había estado buscando nada serio ni al hombre de mis sueños, ni si quiera buscaba algo y allí estaba, con alguien que parecía ser todo eso. No había esperado que Vincent fuera así pero, de nuevo, me sorprendía constantemente.

Al momento de marcharnos, ya me sentía mucho mejor que cuando me había recogido del trabajo. Con media docena de bolsas cargadas en el baúl, él condujo mientras yo desempeñaba el papel de copiloto, guiándolo hacia mi apartamento.

Cuando nos acercamos a mi casa, todo el humor y la gracia se evaporaron de mi sistema y fueron reemplazados por la ansiedad de antes. Se volvió hacia mí y me sonrió mientras detenía el automóvil frente al edificio de apartamentos y encendía las luces de emergencia.

—Puedo estacionar. Me intriga conocer tu casa.

—No me demoraré. Solo me llevará un minuto —le dije, saliendo del auto. No quería arriesgarme a que se topara con mi ex, si aún estaba cerca. Las cosas irían de mal a desastrosas —. Mantén el automóvil en marcha.

Parecía un poco confundido pero asintió.

—Te esperaré.

Mientras subía los peldaños de madera del hueco de la escalera del edificio, no pude evitar vigilar por encima del hombro cada ciertos pasos ni tener cautela en los rincones oscuros. Exhalé un suspiro de alivio cuando llegué a mi puerta sin incidentes. Al entrar al apartamento, encontré a Riley en bata sobre el sofá, mirando televisión, con una caja de pañuelos a su lado.

—Te traje algunas cosas —le dije, entregándole el jugo de naranja y el DayQuil.

—Gracias, eres la mejor —tenía voz nasal y se sonó la nariz con un pañuelo para limpiársela.

—¿Tienes gripe? ¿Debería llevarte al médico? —Le toqué la frente con el dorso de la mano para controlarle la temperatura.

—*Nah*, creo que es simplemente un resfrío. Solo necesito sonarme la nariz a cada rato.

—Me alegra saber que no es nada serio.

Observó que no me había quitado los zapatos como normalmente hacía al entrar al apartamento.

—¿Vas a algún lado?

De pronto me sentí culpable por dejarla abandonada.

—Riley, esta noche me quedo en la casa de Vincent.

Abrió grandes los ojos.

—¡Ah! ¡Felicitaciones! Me alegra saber que finalmente estás saliendo de tu caparazón de las citas.

—Acerca de eso... Tengo que decirte algo. —Esperé hasta que me prestó toda su atención—. No le abras la puerta a nadie. En especial si es el chico que vino más temprano. Hagas lo que hagas, no lo dejes pasar.

Frunció el entrecejo.

—¿Quién es? ¿Debo preocuparme?

—Es alguien con quien salía antes de mudarme aquí. No te preocupes, solo le intereso yo; no te hará nada a ti. Te contaré más sobre esto en otra ocasión. Pero mantén tu gas lacrimógeno a mano por las dudas.

—¡Espera, espera! —Comenzó a mover las manos delante de su rostro para que me detuviera—. No puedes decirme “mantén tu lacrimógeno a mano” y marcharte a toda prisa. ¿Qué es lo que sucede? ¿Debemos que llamar a la policía?

Negué con la cabeza.

—No podemos llamar a la policía. Es complicado. —Con lo reacia que era a divulgar los detalles que me habían atormentado durante los últimos dos años, le conté brevemente acerca de Marty y cómo me lastimaba. Que había sido el motivo por el cual me mudé de Boston a la Ciudad de Nueva York en primer lugar. No tenía tiempo ni ganas de dar los detalles despreciables, pero merecía algún tipo de explicación.

Me observó, preocupada, como si yo fuese la enferma. Como no le expliqué nada más, suspiró y me dijo:

—Está bien, Kristen. Me puedes terminar de contar después. Estaré atenta.

—Gracias por comprender, Riley.

—¿Cuándo vuelves?

—Quizás mañana. Te traeré algunas golosinas.

Estornudó.

—Está bien, cuídate.

—Lo haré.

Fui a mi habitación y me cambié rápidamente la ropa del trabajo por un par de jeans cómodo y una blusa liviana. Empaqué un conjunto extra de ropa y mi cepillo de dientes en un bolso de mano.

Cuando terminé de empacar, saludé a Riley con la mano y me marché del apartamento para regresar al Camry de Vincent.

—¿Tu compañera está bien? —Parecía tan preocupado por Riley como yo—. Puedo llevarla al hospital.

—Gracias por ofrecerte, pero solo necesita dormir y vitamina C.

—Tú no estás enferma, ¿verdad?

—Creo que no.

Antes de que pudiera reaccionar, sus labios estaban sobre los míos de nuevo, esta vez los separaba con la lengua. Probó mi boca lamiéndome lentamente la lengua con la suya. Envuelta en el abrazo acalorado, momentáneamente olvidé mis preocupaciones.

—Bien —dijo cuando terminó nuestra mini sesión de besos fogosos—. Odiaría faltar al trabajo por no poder dejar de besarte.

Encendió el motor y nos dirigimos hacia su casa. Solo estaba a unas cuadras pero, con el tráfico de la hora punta de Manhattan, tardaríamos unos veinte minutos.

Nos detuvimos frente a un semáforo en rojo. Miré por la ventanilla y vi a alguien en la acera con cabello castaño y anteojos sin montura. Los cabellos de la nuca se me erizaron. Se parecía a

él pero no era. Me moví inquieta en el asiento y me empecé a frotar el meñique con la mano de nuevo.

—¿Te pasa algo? Luces nerviosa. —La voz de Vincent me sobresaltó. Yo negué con la cabeza.

—Supongo que solo estoy impaciente por conocer tu casa.

Él sonrió ampliamente.

—Ya somos dos.

Estacionó en su complejo subterráneo de garaje que parecía aquellos construidos para los centros comerciales. Estaba lleno de automóviles exóticos. Con los conocimientos mínimos que tenía del tema, solo pude identificar media docena de Lamborghinis y Corvettes, pero aun así estaba impresionada por los diseños llamativos de aquellos que desconocía. Luego de algunas curvas hacia los niveles más bajos, encontramos un lugar desocupado y estacionamos.

Todavía impresionada, le pregunté:

—¿Cuántas personas viven en tu edificio? Hay muchos automóviles costosos aquí.

Él sonrió.

—Solo algunos inquilinos. La mayoría de estos son míos.

—¡Ah! —Al darme cuenta de que me podría haber recogido en cualquiera de estos automóviles mucho más lindos y más costosos, aprecié mucho más su discreción sobre nuestra relación sentimental. El Camry era muchísimo menos lujoso que el Lamborhini.

Ingresamos a un ascensor y Vincent introdujo una llave en el panel de control. El trayecto hasta su piso fue mucho más rápido y tranquilo de lo que había anticipado. Había esperado toparme con un pasillo que condujera a la puerta principal de su casa pero, cuando la puerta del ascensor se abrió, vi un piano ostentoso y un par de sofás lujosos color arena que rodeaban una mesa baja de vidrio, sobre un piso de madera oscuro, iluminado por lámparas con un acento elegante: ya estábamos en su sala de estar. Nos encontrábamos en la parte sur del edificio, pero la distribución amplia permitía tener una vista a lo largo del apartamento hasta las ventanas ubicadas en la parte norte, donde podía ver el edificio Chrysler, como también el resto de Manhattan. Al salir del ascensor, me di cuenta de que su apartamento ocupaba todo el piso del edificio.

—Impresionante —dije boquiabierta.

—Me alegra que te guste —dijo con suavidad, conduciéndome hacia el interior de la sala de estar.

Dejé el bolso en el suelo y tomé asiento en el sofá mientras él llevaba las bolsas con la compra a la cocina. Regresó con una copa de vino blanco y en pantuflas en lugar de los mocasines negros.

—¿Debo quitarme los zapatos? —le pregunté, al no ver la pila de zapatos que estaba acostumbrada a ver cuando entraba a mi apartamento. En su lugar, había un montón de estatuas abstractas en exhibición, lo que hacía que el lugar pareciera más una sala de exposición que el sector de estar de una vivienda.

Miró mis zapatos de taco bajo.

—Puedes dejarlos junto al sofá, ponte cómoda.

Mientras me quitaba los zapatos, mi estómago gruñó de nuevo, lo cual le dio pie para comenzar a lavar las verduras en la cocina.

—¿Qué vamos a comer? —chillé. Habíamos comprado muchas cosas, algunas necesarias y otras solo para divertirnos, como una caja de cereales Teddy Graham. Probablemente era mucho



más de lo que necesitábamos y no estaba segura de qué pensaba cocinar para la cena y qué pensaba guardar en el congelador.

—Es una sorpresa.

—¿Necesitas ayuda? —No era que yo fuera una gran cocinera, pero al menos podía cortar las verduras.

—No hay mucho que preparar. Solo me tomará unos minutos. Puedes recorrer el apartamento si quieres; siéntete como en casa.

Recorrer el apartamento era exactamente lo que quería hacer.

—¿Estás seguro de que no quieres mostrármelo tú? Puede que vea algo bochornoso. —Me avergoncé al pensar en que Vincent viera mi habitación. Encontraría papeles esparcidos por mi escritorio y prendas de ropa interior colgadas de las sillas y dispersas por el suelo. No era que yo fuera desordenada; simplemente tenía mi propio sistema de organización.

—¿Como qué?

—Y... no sé. Ropa interior, animales de peluche, porno, juguetes sexuales.

Se quedó callado por un momento.

—Entonces no observes demasiado.

No sabía si lo había dicho en broma o no, pero decidí que no quería preguntar. Al ir de habitación en habitación, noté que todo estaba prolijamente ordenado y limpio, lejos de parecer la casa típica de un soltero. Me pregunté si tendría una sirvienta que le limpiara el apartamento o si lo hacía él mismo. Conociéndolo, sería otro dato en su currículum ya impresionante: amo de casa consumado. Me tomé un minuto para disfrutar de la fantasía de que fuera un sirviente.

Cuando encontré su oficina, vi unos documentos sobre el escritorio que estaban meticulosamente resaltados y marcados con notas detalladas. Con curiosidad, los examiné cuidadosamente y me di cuenta de que eran los que yo le había dado durante nuestra primera reunión. Me había esmerado mucho para hacerlos. Debió de haberlos estudiado minuciosamente antes de tomar la decisión de elegir a mi compañía como su empresa de gestión patrimonial y convertirme en su punto de contacto.

Al comienzo de mi visita autoguiada, no pude evitar hacer comparaciones entre el estilo de vida de Vincent y el de Marty. Ambos eran ordenados y meticulosos. Pero hacia el final, encontré algunos pósters de películas de artes marciales de la década del ochenta. Esa cursilería definitivamente no era nada similar a mi ex.

Cuando regresé a la sala de estar, la fascinación que sentía por Vincent me tenía absorta. Aparte de los pósters y de los trajes que había visto en su armario, me sentía decepcionada por no haber encontrado muchos más artículos personales. Parecía que hacía poco que se había mudado allí. Había mencionado que viajaba muchas veces a la semana, por eso quizás guardaba las fotografías familiares en otro lado.

Sin embargo, tenía una cocina muy completa, adecuada para un chef superior. El aroma maravilloso me guió hacia la comida.

—Siéntate en el comedor. Ya llevo los platos —me dijo, desatándose el delantal, que luego colgó en un perchero que había cerca. Todavía vestía su ropa de trabajo, pero se había cambiado los mocasines negros por un calzado más cómodo.

Cuando me senté a la mesa, ya había dispuesto dos copas de vino blanco junto con la vajilla.

—Algo fresco y liviano. —Entró con un plato en cada mano.

Sentí el aroma que me hacía agua la boca antes de verlo. *Linguine al dente* con camarones rebozados. La presentación era inmaculada.

—Mi plato de mariscos preferido. ¿Cómo lo supiste?

—También es mi preferido. Supongo que tenemos los mismos gustos.

—Quizás con la comida. Pero creo que diferimos en cuanto a la decoración. —Señalé con un gesto el póster de Bruce Lee que estaba en el rincón.

—Es un viejo recuerdo. —Sonrió y me alcanzó el plato de camarones rebozados y tallarines—. Prueba esto. Dime si me salieron bien.

Di un bocado y luego tuve que tomar otro.

—¡Guau! Está delicioso. ¿Dónde aprendiste a cocinar tan bien?

—Apenas terminé la facultad, surfeaba mucho con algunos de mis amigos. Trabajábamos por temporada, lo suficiente para mantener nuestro estilo de vida. Para ahorrar dinero, comprábamos comida para todo el grupo y casi siempre terminaba siendo el que cocinaba; los otros no lo hacían muy bien. —Se rió.

—Ya veo por qué querían que cocinaras tú. —Devoré otro bocado—. Si no me equivoco, eso no fue hace mucho tiempo. ¿Qué se siente entonces al pasar de ese tipo de estilo de vida a este en solo unos pocos años? —Señalé el apartamento espléndido.

—Ha sido como subirse a una montaña rusa. Perfecto para un amante de la adrenalina como yo. Ahora, en vez de tener la responsabilidad de cocinar para un grupo de chicos, soy el responsable de miles de empleados. Lo que está en juego es diferente, pero básicamente es lo mismo.

—¿Sigues en contacto con esos chicos?

—Intentamos reunir al grupo al menos una vez al año. Ahora todos están ocupados, no solo yo. Algunos de ellos hasta tienen hijos. —Se rió y negó con la cabeza como si recordara algo gracioso—. Si los hubieses conocido en aquella época, hubieses pensado que estaban destinados a ser solteros de por vida.

Tenía la pregunta obvia en la mente. No quería arruinar una noche que ya era maravillosa, pero sabía que me molestaría si no la formulaba.

—¿Y tú?

Hizo una pausa por un momento, que casi hizo que me arrepintiera de haber hecho la pregunta.

—Ser soltero tiene sus beneficios. Viajo mucho y hago muchas actividades llenas de adrenalina. No tener pareja facilita esas cosas. Pero creo que quizás disfrutaría más si hiciera cosas con alguien que te importa.

—Tiene sentido.

—¿Y tú? La vida de una mujer soltera, gerente patrimonial, que conoce a clientes ricos y apuestos parece interesante.

—En realidad, no he pensado demasiado en sentar cabeza. Ni siquiera he pensado demasiado en tener citas durante los últimos años. He estado concentrada principalmente en mi carrera.

—¿Estás diciendo que yo soy especial?

—Que no se te suban los humos a la cabeza, Sr. Iron Chef —bromeé—. Eres insistente. Lo admito.

—Eso no es lo único que se me sube ahora —me dijo, ubicando la mano en mis muslos y frotándolos lentamente, dibujando círculos insinuantes con el pulgar.

Como no estaba segura de si quería que las cosas avanzaran más, intenté cambiar de tema.

—¿Qué hay de postre? —le pregunté más a modo de broma que como una pregunta seria. Con la cena exquisita que había preparado me sentía más que satisfecha y sus habilidades

domésticas habían obtenido los puntos más altos de libreta de calificaciones que yo iba confeccionando.

No respondí, pero sonrió y se dirigió a la cocina. Esperé un momento, sin saber si se suponía que debía seguirlo o permanecer sentada. Cuando regresó, tenía una servilleta roja de tela en la mano.

—Quiero que lo pruebes. Pero, primero, vas a necesitar ponerte esto.

—¿Una servilleta? Los postres que ensucian no parecen de tu estilo.

Sonrió más ampliamente.

—Intenta otra vez, hermosa.

Examiné la servilleta de nuevo, observando que estaba doblada dos veces y formaba una banda estrecha adecuada para envolver y atar.

—Mmm... ¿un truco de magia?

—Una venda para cubrir los ojos.

—Creo que me perdí una parte de nuestra conversación.

—Te vas a cubrir los ojos con esta venda y yo te daré el postre en la boca.

—¿Por qué quieres que me cubra los ojos? —Nunca había hecho eso y me ponía un poco ansiosa.

Su sonrisa tenía un dejo travieso y seductor a la vez.

—Te ayudará a aislar las sensaciones en la boca.

—¿Puedo probarlo sin la venda primero?

—Si quieres probar mi postre, tendrás que seguir mis reglas. Confía en mí. Como lo hiciste en Ciudad del Cabo.

—No has estado planeando esto, ¿verdad?

—Desde el momento en que me pellizciste la tetilla, muchas cosas se me han cruzado por la cabeza. Esta podría ser una de ellas. —Percibía la diversión en su voz y me pregunté qué otras ideas se le habían ocurrido aquel día—. Noté que has estado muy tensa desde que saliste del trabajo. Quiero que te olvides del estrés.

Movió mi silla (conmigo sobre ella) para apartarla de la mesa del comedor y la ubicó en un área abierta cercana. Se colocó detrás de mí y llevó la venda hasta delante de mi rostro, preparándola para ubicarla sobre mis ojos. La última vez que había confiado en él, terminé sosteniendo un insecto venenoso.

—No vas a meterme una araña en la boca, ¿no? Porque si es así, no puedo seguir con esto —le pregunté, medio en serio.

—No seas tonta. Como mucho, me rogarás que continúe. —La advertencia misteriosa hizo que me recorriera un escalofrío de excitación.

Me puso la venda y la ató fuerte detrás de la cabeza. Estaba atada con la firmeza suficiente para que no se moviera, pero estaba lo suficientemente floja para que la sintiera cómoda. Extendí los brazos para intentar tocarlo y asegurarme de que seguía allí; me tomó las manos y las ubicó con delicadeza sobre mis muslos.

—Las manos en el regazo, hasta que te diga lo contrario.

En completa oscuridad, me sentía incómodamente vulnerable. Nunca antes había hecho nada como eso con nadie. ¿Estaba lista para confiar tanto en él? Sentí que se marchaba de la habitación por un momento para ir a la cocina. Lo único que podía hacer era esperar lo que haría a continuación.

Luego regresaron sus pasos y se detuvieron delante de mí.

—Abre la boca.

*Aquí viene*, pensé. Obedecí con vacilación, insegura de lo que venía. ¿Qué era lo que me daría en la boca? El sonido de un tintineo metálico me hizo pensar en la hebilla de un cinturón. Seguramente no...

—Más grande.

No estaba segura de si debía; probablemente debí haberle preguntado qué me pondría en la boca. En lugar de eso, separé más los labios, obligada por la autoridad de su voz.

—Ten cuidado con los dientes. No quiero que me muerdas.

¿*Qué?* Antes de que pudiera protestar, algo ingresó lentamente en mi boca y se me apoyó con fuerzas sobre la lengua. Tenía un gusto escandalosamente dulce y cremoso.

—Ciérrala.

Sin necesitar que me lo dijera, mis labios lo envolvieron instintivamente y apretaron, para chupar el chocolate decadente de su dedo.

—¿Sabe bien?

Mi murmullo de aprobación sonó más como un gemido. Mientras retiraba lentamente el dedo, me tomé mi tiempo para lamerle la punta, deseando saborear hasta lo último. Lo escuché ahogar un gemido cuando finalmente lo sacó. Fue uno de los sonidos más eróticos que hubiera escuchado, y quise desesperadamente quitarme la venda para ver su expresión.

—Ese fue solo el primer bocado. —Su boca cerca de mi oído, la voz dejaba entrever una diversión lujuriosa—. Esta vez quiero que te concentres realmente en el placer que sientas en la boca. Bloquea todo lo demás. —Sentí que me peinaba el cabello íntimamente detrás de la oreja; luego sentí sus labios tiernos sobre la mejilla—. Así —susurró; me recorrió suavemente con la boca hasta darme besos sensuales en la oreja, que me robaban gemidos suaves de los labios—. Y así. —Me pellizcó el lóbulo de la oreja con los labios y se llevó esa carne sensible a la boca, para chuparla con la presión suficiente para hacer que las piernas se me estremecieran y apretara el sexo ante la acalorada expectación. No había forma de que pudiera bloquear la sensación de aquellos labios sobre mi cuerpo. Y tampoco quería hacerlo.

—¿Lista? —me preguntó.

No lo estaba pero quería probar de nuevo el postre para aumentar el placer de sus besos.

—Sí —le dije en un suspiro.

Impaciente, abrí la boca de nuevo. La crema dulce me rozó la punta de la lengua e intenté lamerla, pero se alejó de mi alcance. Cuando sentí que la volvía a introducir, saqué la lengua para intentar probarla, pero la retiró para provocarme. La vez siguiente, me tocó la lengua y yo le mordisqueé el dedo juguetonamente.

—Eres tan peleadora —murmuró cerca de mi cuello, luego me mordisqueó juguetonamente, lo que desencadenó una peligrosa corriente de deseo en mí. Quería tomarlo del cabello para acercarlo más, pero era consciente de que debía respetar sus reglas.

—Eso es porque me provocas.

—¿Sí? Dime qué es lo que quieres —ronroneó contra mi cuello.

—Quiero sentirlo en la boca.

—¿Qué es lo que quieres sentir?

—Ya sabes qué.

—Dime.

—Tu dedo.

—Bien. —Introdujo lentamente el dedo en mi boca y le enrosqué la lengua alrededor—. Así.

Así como lo haces. —La voz le rebozaba de deseo, que lo único que hacía era aumentar el ardor cada vez más intenso que sentía en el sexo.

—¿Te estás concentrando solo en las sensaciones de la boca? —me preguntó; con la lengua me lamía lenta y sensualmente la vena que me latía en el cuello, con el dedo aún en mi boca.

—Mmjmm —le mentí.

Respiraba con dificultad al igual que yo. De repente, apartó los labios y el dedo y empecé a pensar que había hecho algo mal. Luego, su boca se encontraba sobre la mía. Separé los labios para él y su lengua se introdujo, la punta aún sabía al rico chocolate negro cremoso. El sabor de su boca mezclado con chocolate resultaba abrumadoramente sensual. Extendí los brazos y le pasé las manos por el cabello sedoso, para agarrarlo y empujar su boca más adentro de la mía; toda la resistencia y el dominio propio se habían esfumado. Ya no me importaban sus reglas. Lo deseaba tanto que me resultaba físicamente doloroso.

—Sin manos —gruñó, los labios suaves se volvieron ásperos. Me daba cuenta de que intentaba mostrarse molesto porque había roto su regla y el delgado velo que ocultaba su deseo solo intensificaba mis ansias de él.

De pronto, me envolvió el torso con un brazo y ubicó el otro detrás de mis rodillas. Me levantó en el aire como a una novia, sin apartar la boca de la mía. Debimos de haber entrado a su dormitorio porque, cuando me di cuenta, unas sábanas de seda chocaron contra mi espalda. Acalorada por la necesidad, separé las piernas para adaptarme a sus caderas que empujaban entre ellas.

Apreté las manos, ansiando tocar los músculos firmes de su espalda. Su caderas contra las mías, sentí el peso sólido de su erección a través de los pantalones que presionaba contra mi estómago.

—¿Sientes esto? Así es como te deseo.

—Sí, lo siento. —La voz me temblaba de deseo al sentir lo que venía.

Apoyó la erección contra mi sexo y describió círculos lentos y firmes. Incluso a través de las capas de nuestra ropa, la presión y la fricción me enviaban corrientes de placer que alimentaban mi sed de contacto directo.

—Dime qué es lo que quieres —me susurró con la voz ronca.

—Quiero sentirte dentro de mí, Vincent.

Me tomó ambas manos y me levantó los brazos sobre la cabeza, para sujetarlas con una mano firme mientras con la otra me desabrochaba hábilmente el jean.

—Mantén los brazos aquí, Kristen. De lo contrario no te dejaré tenerlo. ¿Entendido? —Solo una leve vacilación en su tono traicionó el control inflexible que proyectaba.

—Aunque quiero sentirte, quiero verte —me quejé, sin comprender por qué me torturaba con esta necesidad desesperada. Él había deseado esto desde nuestra primera reunión y ahora que me tenía ardiendo de deseo, se tomaba todo su tiempo. Lo necesitaba dentro de mí. Ahora.

—Todo aquello que vale la pena se obtiene con paciencia —me dijo, devolviéndome las palabras, lo que incitó una frustración que solo intensificó mi excitación. Se le suavizó el tono—. Aprieta el almohadón que tienes detrás de la cabeza si lo necesitas. Te lo prometo, valdrá la pena.

Acepté con un quejido, tan cachonda que temía estar perdiendo la cabeza.

Contoneé las caderas para ayudarlo cuando me deslizaba con elegancia los jeans hacia abajo, junto con la ropa interior. Un momento después, escuché que cayeron con un ruido sordo en un rincón lejano.

—¡Dios, Kristen! Tu coño es tan hermoso.

Esas palabras sucias enviaron nuevos fluidos directo a mi sexo ardiente de deseo. Crucé las piernas, avergonzada por lo que pudiera ver. Aunque me había afeitado recientemente, me cohibía que observara un área tan vulnerable de mi cuerpo.

Me separó las piernas con manos firmes.

—No me escondas algo tan hermoso. Quiero verlo. Quiero ver todo. Muéstrame.

Siempre había sido un poco tímida al estar desnuda delante de un hombre pero, obligada por la urgencia de su tono, hice lo que me pidió. De alguna manera, tenía la habilidad de hacerme sentir hermosa.

Luego, sentí que algo ingresaba dentro de mí lentamente. Un dedo.

—Tan húmedo. Tan suave. *Maldición*. —Gruñó, como haciendo un gran esfuerzo por contener un deseo primitivo que amenazaba con consumirlo. Tenía la boca cerca de mi vagina; la respiración intensa y caliente me rozaba el clítoris. Lo imaginaba observándome, los ojos oscuros ardiendo de lujuria, mirándome mientras introducía el dedo en mi raja, que esperaba ansiosa. Si tan solo no tuviera esta venda en los ojos, podría ver su rostro espectacular.

Hundió el dedo hasta el segundo nudillo y me mordí el labio, intentando contener el gemido que se formaba en mi garganta. Hacía tanto tiempo desde la última vez que me habían tocado que temía acabar solamente con ese único movimiento.

—Ya estás cerca, ¿verdad?

Asentí exasperada, con los dedos agarraba desesperadamente el almohadón, el sudor me humedecía la piel.

El dedo retomó la penetración, entrando y saliendo, girándolo mientras lo hacía. Primero, lentamente; luego, más rápido. Aumentó el ritmo llevándome cada vez más cerca del clímax inminente.

—¡Ay, Dios! estoy por acabar.

El orgasmo se estrelló contra mí e hizo añicos mis sentidos. Me arqueé contra su mano y mi sexo le apretó el dedo.

Antes de que me pudiera recuperar totalmente, sentí una sensación en el clítoris.

—No, Vincent. Estoy muy sensible.

Con la lengua experta, me lamió hambriento el capuchón, descendía periódicamente hasta la hendidura y me acariciaba el clítoris con la nariz. Luego de ese orgasmo alucinante, no pensé que mi cuerpo pudiera soportar más.

—Tan bueno. Tan dulce —gimió, mientras me devoraba, haciendo que mi cabeza no parara de girar. Me retorcí en la cama y solté el almohadón que sostenía detrás de mí. Traté de alcanzar los mechones seductores, para hacer que su lengua se sumergiera más profundamente en mi hendidura mientras mis caderas daban sacudidas. Nunca antes había experimentado placer oral tan extraordinario.

—Se siente tan bien —gemí.

—Nunca había estado tan duro —masculló—. Te deseo tanto.

—Tómame —grité.

Apartó la cabeza y escuché que se dispersaban algunos botones cuando se arrancó la camisa. Pronto les siguieron la hebilla del cinto y los pantalones. Supe que había liberado el pene porque sentí un sonido sordo cuando golpeó contra la piel de mi abdomen. Extendí la mano para tocarlo, para sentir su calor abrazador y la energía vibrante. Tenía el peso y la longitud suficiente para caber en mis dos manos.

—No sabes cuánto he imaginado esas manos envolviéndome el pene. —Su voz denotó desesperación y necesidad. Lo apreté y él liberó un grito de dolor.

—¿Puedo quitarme la venda? —le supliqué.

—Sí, quítatela. Quítate todo.

Con una mano, me retiré la servilleta doblada de los ojos y observé lo que tenía en la otra mano.

—¡Dios! ¡Qué grande!

Mi mirada se enganchó en las estrechas líneas fuertes de su pelvis. Luego se soltó y subió desde sus caderas por los abdominales de acero y los pectorales esculpidos, perforados con aros de plata, hasta el impresionante rostro y los ojos oscuros enardecidos por el deseo. Lo había visto en traje de baño, pero ahora estaba completamente desnudo e irradiaba una energía sexual pura que me dejaba sin aliento.

—Ya no puedo resistir más, Kristen. Necesito estar dentro de ti.

Extendió el brazo para buscar dentro del cajón junto a la cama y extrajo un paquetito. Lo liberé de mi mano cuando tomó bruscamente el miembro con las suyas y lo envolvió, antes de guiarlo hacia mi entrada. Inhalé profundamente, preparándome para su tamaño. Aunque usaba un vibrador, Vincent parecía más grande de lo que yo estaba acostumbrada. Pensé que lo hundiría impacientemente hasta el fondo, pero se tomó su tiempo, separando lentamente los labios con la cabeza. Con lo mojada que estaba, pudo entrar fácilmente. Se detuvo cuando la punta estuvo completamente dentro, lo retiró con la misma paciencia, y acarició mis paredes lentamente solo con la cabeza, alternando sensaciones que hacían que me sintiera vacía y llena, una y otra vez. La provocación era agonizante.

—Más profundo —le rogué.

Empujó más profundo, sin apuro, y cada rugosidad de su piel caliente encendía terminaciones nerviosas que no me había dado cuenta de que tenía. Me sumergí en la experiencia.

—Más rápido —jadeé.

—Dijiste que querías lento.

Comenzaba a arrepentirme de haberle dicho aquellas palabras durante nuestra cita en Santo Tomás, pero luego aceleró el ritmo. Le agarré el trasero y tiré de él, para ayudar a sus empujes mientras daba sacudidas hacia adelante, de modo que la penetración fuera más fuerte. Hacía tanto tiempo que no tenía relaciones sexuales que el placer del movimiento de Vincent dentro de mí resultaba casi insoportable. Consumidos por el deseo, nuestras bocas y nuestros cuerpos lidiaban con una lujuria primitiva, los gritos de placer se hacían eco en todo el apartamento.

—Estás haciendo que lo pierda, Kristen. No puedo parar.

Sus empujes se volvieron más urgentes, más desesperados, al igual que mis gemidos. Luego sentí que él se sacudía y la primera ola de calor entró a raudales a mi cuerpo. Él liberó un gruñido ahogado en el momento en que yo, contrayéndome, lo apretaba con fuerzas. Se desplomó dentro de mí al mismo tiempo que mi mundo se oscurecía de nuevo por un momento. Nos quedamos allí acostados por un rato, ninguno de los dos hablaba, solo el sonido de nuestras respiraciones agitadas y los latidos de los corazones llenaban el silencio.

—Eres increíble —me dijo Vincent, levantando la cabeza para mirarme a los ojos.

Sonreí, con la mirada fija en aquellos ojos oscuros en los que brillaba un cálido afecto.

—Estaba pensando lo mismo.

—Por un momento pensé que iba a morir.

—No puedo asegurar que yo no lo haya hecho.

Sonrió y me besó la mejilla.  
—Todavía estás aquí. Conmigo.



## Capítulo nueve

Estábamos de pie entre los pilares de mármol impresionantes de la biblioteca, observando, hacia afuera, los edificios de ladrillos rojos de Harvard Square. Era otoño y las hojas rojas y amarillas que caían revoloteando bajo el sol menguante creaban un escenario pintoresco para una discusión estúpida sobre un posteo en mi muro de Facebook.

—¡Solo dime quién es! —gritó el hombre, su cabello castaño, peinado perfectamente justo arriba de los ojos azules brillantes, como siempre. Junto con los anteojos sin montura, parecía un modelo de J Crew.

—Es un amigo de una clase. ¡Nada más!

Era la tercera vez que discutíamos esa semana. Nunca fuimos una pareja que peleara mucho pero, por algún motivo, hacía poco que nos habíamos empezado a pelear cada vez más. Un año mayor que yo, él se había graduado antes y había obtenido un empleo en la empresa de abogados de su padre en Boston. Desde entonces, me visitaba regularmente en el campus, por lo que yo me sentía agradecida, pero saber que yo estaba rodeada de otros chicos atractivos de mi edad parecía ponerlo más celoso.

Miró alrededor.

—¿Me juras que no hay nada más?

Odiaba tener que lidiar con esta parte de nuestra relación. Ya habíamos tenido esta discusión (algún chico que me saludaba con la mano o me decía “hola”, alguno con quien compartía apuntes de clase o que me invitaba a algún evento social) y siempre terminaba con lágrimas y resentimientos. En ambos. Llegó al punto en que decidimos compartir las contraseñas del teléfono, del correo electrónico y de Facebook.

—¡Por dios! ¡Sí!

Eché otro vistazo alrededor y levantó la mano, con el meñique extendido.

—Está bien. Promesa de meñiques.

Por más que fuera infantil, me alegraba que la discusión hubiera terminado. Durante los últimos meses, se había estado poniendo como loco por cualquier chico que siquiera me mirara y era un verdadero problema. Esperaba al menos haber evitado cualquier otra cosa más extrema. Pero, al mirarlo a los ojos azules fríos, no estaba segura. Eché un vistazo alrededor con timidez pero el campus estaba prácticamente desierto ya que los exámenes finales habían terminado hacía unas semanas.

Extendí el meñique y lo entrelacé con el suyo, deseando que el gesto lo tranquilizara. Los ojos le resplandecieron y me dio un tirón para acercarme hacia su pecho, al tiempo que me doblaba el dedo salvajemente. Jadeé, todo el peso del temor con el que había cargado durante semanas finalmente subió a la superficie de mi mente. Mientras el dolor brotaba, lágrimas tibias me inundaron los ojos. Levanté rápidamente la otra mano para poder soltar la mano lastimada de él, pero tenía demasiada fuerza.

—Nunca me mientas, Kristen. Nunca ¿Me entiendes? Nunca.

Mi mundo se empañó mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas. Desesperada, intenté gritar por ayuda pero, cuando abrí la boca, me la cubrió enseguida con la mano. El mundo se volvió gris.

Me desperté gritando. Hecha un manojo de nervios, no reconocer el entorno no me ayudaba. ¿En dónde estaba?

—Kristen —me dijo una voz conocida—, fue solo un sueño. Estás bien.

Me volví hacia Vincent que se encontraba junto a mí. En el rostro se le reflejaba la preocupación y su mano me envolvía el hombro con ternura. Caí en la cuenta de lo que había sucedido. En su mayor parte, tenía razón, había sido un sueño. No había sido *solo* un sueño, pero por ahora estaba segura.

—Debe de haber sido una pesadilla terrible. ¿La recuerdas?

La recordaba de muchísimas maneras. Había sido el punto de ruptura con Marty. Durante mucho tiempo, nuestra relación había parecido buena, pero cuando comenzó a ser agresivo, rápidamente se volvió desagradable. Eso había sido hacía más de dos años.

—Vincent, creo... —se me entrecortó la voz. No había necesidad de confesarle esta historia justo ahora. Apenas lo conocía; había lidiado con el asunto de Marty yo sola durante dos años sin problemas, podía seguir lidiando con él un poco más.

Me sujetó fuertemente contra su pecho descubierto. La calidez y la fuerza resultaron reconfortantes inmediatamente.

—Está bien. Tómate un minuto. Estás segura aquí.

Le pasé el dedo alrededor de uno de los aros de las tetillas, que comenzaron a aumentar el tamaño con el roce. De nuevo, tenía razón. Necesitaba un minuto porque el corazón me latía muy rápido. Cuanto más lo pensaba, más difícil me resultaba creer que Marty realmente se había presentado en mi apartamento.

Empezó a acariciarme el cabello hasta la nuca. Lentamente, comencé a sentir que me relajaba. Vincent estaba siendo increíble en cuanto a esto. Hubiese sido fácil despertarme y luego voltearme para dejar de pensar en esa inquietud, pero la manera en la que me abrazaba contra sí y me reconfortaba era perfecta.

—¿De qué se trataba tu pesadilla? —me preguntó.

Pensé en contarle, pero simplemente no podía. Era demasiado pronto en nuestra relación o lo que fuera que tuviésemos. Si le contaba, probablemente sentiría que le estaba soltando una carga demasiado grande, demasiado pronto. Ya me estaba tratando diferente de cómo las trataba a sus otras mujeres. No quería presionarlo.

—De nada —le dije.

—Te sacudías bastante fuerte por un sueño que no se trataba de nada.

—Solo digo que no me acuerdo.

No dijo nada por unos minutos y continuó acariciándome el cabello. Finalmente habló.

—Si no quieres contármelo, simplemente dilo, pero por favor no me mientas. Odio que me mientan.

—Está bien, no quiero contarte.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra segunda cita y las cosas ya están yendo demasiado rápido tal como están.

—Cuanto más alimentas la expectación, más quiero saber. Quiero estar cerca de ti. Pensaba que era eso lo que querías. No solamente citas informales y sexo.

No dije nada, pensativa. Me parecía tierno que quisiera estar cerca de mí, pero esto simplemente era demasiado pronto. Quizás podría inventar algo. Le estaría mintiendo de nuevo, pero al menos esta situación se resolvería.

—No tiene sentido obedecer las reglas arbitrarias de la gente acerca de las citas ni de

cualquier otra cosa, en realidad —me dijo—. Te sientes segura con alguien o no. No importa cuánto tiempo han estado juntos.

Respiré profundamente.

—Realmente tienes tu propia manera de pensar, ¿verdad?

—Decirle a la gente a dónde ir con sus reglas arbitrarias es uno de los mayores motivos por los que estoy donde estoy. —Me acercó más hacia él—. El cual, debería agregar, es un lugar bastante maravilloso en este momento.

Sonreí pero continué sin decir nada. ¿Podía confiar realmente en que no se marcharía corriendo cuando descubriera mi pasado con Marty? Decía todas las cosas adecuadas y en realidad no tenía motivos para creer que me estuviera mintiendo, pero parecía demasiado bueno para ser verdad. Mi lado precavido tronaba para que fuera más lento.

Y, sin embargo, probablemente no tendría una oportunidad para contarle acerca de Mary que fuera mejor que este momento. Si reaccionaba mal, al menos sabría que él me había pedido que le contara.

Me aparté suavemente. *Aquí vamos.*

—Mi ex novio se presentó hoy en mi apartamento.

Apretó fuerte el entrecejo.

—¿Esto tiene que ver con el sueño?

—Era sobre él.

Asintió, aún entornando los ojos.

—¿Entonces todavía sientes algo por él?

Me estremecí y él me apretó el hombro.

—No, no. Nada de eso. Es solo que...

Se me entrecortó la voz de nuevo. Me miró, la preocupación se reflejaba en su rostro. Comencé a llorar y tuve que inhalar profundamente varias veces para calmarme lo suficiente y poder hablar.

—Era un poco violento —logré decirle.

La boca de Vincent se afinó hasta formar una línea apretada y noté que se le movía la mandíbula. Inhaló bruscamente y los rasgos se le transformaron de una manera que nunca había visto. ¿Pensaría que yo era débil o, peor, vulnerable porque me habían maltratado?

—¿Qué quieres decir con “un poco”?

Como no le respondí nada, negó con la cabeza.

—No importa, ¿dónde vive? —los ojos se le encendieron con una promesa violenta.

—No, quiero decir, no sé. No lo lastimes, Vincent, no vale la pena.

—Tú deja que yo decida si vale la pena o no.

Comencé a llorar desconsoladamente. Esta no era la reacción que yo esperaba. Vincent parecía listo para machacarle a golpes la cabeza a Marty. Me parecía tierno que quisiera protegerme, pero ponerse violento no ayudaría en nada. Yo odiaba la violencia.

Cuando me vio llorar, las líneas marcadas en su rostro se desvanecieron. Respiraba con rapidez, pero el fuego de los ojos se le había extinguido casi en su totalidad.

—Lo siento. No quise disgustarte. ¿Qué te hizo, exactamente?

Negué con la cabeza.

—Por favor, no me pidas que te especifique los detalles. Ya terminé con él y ya no puede hacerme daño. —¿Cómo le explicaría que me había visto atrapada en una relación con un hombre que tenía un trastorno límite de personalidad? ¿Que era tan dulce al principio y muy

atento, pero que luego estallaba de un momento a otro? ¿Que lograba mantener su integridad para los de afuera, pero conmigo no? ¿Cómo se sentía mortificarse por querer dejar a alguien que tenía un problema mental legítimo que realmente no podía evitar?

—Está bien. Tienes razón. No es necesario escarbar en el pasado. —No dijo nada más y yo agradecía que no me presionara más con esto aunque percibía tenía más preguntas en la cabeza..

Apoyé nuevamente la oreja sobre su pecho y lo cubrí con el brazo. Después de un momento, me abrazó para acercarme más a él y me apoyó la mano sobre las caderas.

—No le he hablado en años y, de algún modo, sabe dónde vivo. Es perturbador.

—¿Qué sucedió cuando fue a tu apartamento?

—Riley abrió la puerta y él le dijo que me buscaba a mí. Ella me envió un mensaje con su descripción y lo reconocí de inmediato. Cuando fui a ver cómo se encontraba ella, le dije que no abriera la puerta de nuevo.

—Suenas como si pudiera ser peligroso. Deberías quedarte aquí conmigo hasta que solucionemos esto. O puedo alojarte en un hotel.

Esto estaba yendo demasiado rápido. No se lo había contado para que me resolviera el problema.

—No, Vincent, no puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo estás pidiendo, yo me estoy ofreciendo.

No dije nada. Él suspiró.

—Bien. No habrá hotel, entonces. Te conseguiré un equipo de seguridad. Conozco un par de chicos de Blackthorn Security, casi no notarás su presencia.

Negué con la cabeza.

—Piénsalo. —Me observó intensamente por un momento antes de hablar de nuevo—. ¿Puedes ir a la policía?

—Lo dudo. No harán nada en Cambridge.

—Cifras. Nunca sirven para nada. ¿Cómo se llama? —Cuando vio la expresión en mi rostro, agregó—: No le haré nada, lo prometo.

No le hubiese dicho nada, pero su expresión solemne me tranquilizó. Vincent no era la clase de chico que hacía promesas a la ligera.

—Martin Pritchard. Yo lo llamaba Marty.

Asintió lentamente.

—¿Dónde lo conociste?

—Salimos durante toda la época de facultad. Al principio era muy bueno, pero gradualmente se fue volviendo más posesivo y celoso.

—¿Te lastimó?

—Por favor, no lo hagas. —Inhalé profundamente, intentando reprimir las náuseas que comencé a sentir al recordar el sueño.

Vincent no dijo nada y nos quedamos sentados en silencio durante algunos minutos.

—Por favor, permíteme que te consiga un equipo de seguridad. Apenas lo notarás y pueden salvarte la vida.

—Vincent, te conté esto porque tú querías saber, no para que me resolvieras el problema. Puedo ocuparme de mis asuntos. —Le temía a Marty, pero realmente no quería parecer débil delante de Vincent, como una mujer que necesitaba que la salvaran. ¿Qué sucedería si yo contaba con él y luego desaparecía? Solo podría culparme a mí misma.

La mandíbula se le movía de nuevo, pero no dijo nada por un minuto.

—Está bien. ¿Tienes por lo menos algo para defenderte si intenta atacarte? ¿Gas lacrimógeno, un cuchillo, un revólver o lo que sea?

La cabeza me dio vueltas ante la idea de tener un arma mortal. ¿Qué clase de persona creía que era?

—No. ¿Por qué diablos tendría un revólver?

—Mañana te conseguiremos algo. No un revólver, pero algo.

Me encogí de hombros al tiempo que lágrimas tibias comenzaban a brotar de mis ojos y me recorrían las mejillas. Me escuchaba, pero parecía muy preocupado por este asunto. Ya me arrepentía de haberle contado. No se estaba escapando, lo cual era bueno, pero no quería que se sintiera obligado o que pensara que yo era demasiado débil para encargarme de esto por mi cuenta.

Todavía rodeándome con los brazos, me giró para que mi espalda estuviera apoyada y él quedara sobre mí, los ojos marrones buscaron los míos.

—Kristen, me alegra que me hayas contado esto. Podemos manejarlo como tú quieras, ¿está bien?

Asentí, aunque las lágrimas seguían cayendo copiosamente. Mientras la carga de toda la situación comenzaba a soltarse de mis hombros, me di cuenta de cuán estresada había estado.

Vincent secó las lágrimas que me rodaban por las mejillas con besitos suaves. La manera en la que los músculos se le abultaban al acunar mi cabeza con los brazos, era reconfortante. Realmente no quería lidiar con esto ahora mismo.

—Olvidémonos de esto por el momento —le dije—. Mañana podemos ir a la tienda como sugeriste. Preferiría no pensar más en ello esta noche.

—Está bien. —Siguió besándome las lágrimas del rostro, esparciéndome besitos sobre la frente.

Me voltéé y, con la pierna, sentí su pene a través de la ropa interior. Incluso cuando no lo tenía erecto, el tamaño de su paquete era impresionante.

No estaba excitado, pero yo comenzaba a estarlo. Necesitaba distraerme de la situación. Se me ocurrió cómo quería distraerme cuando extendí la mano hacia abajo para tomarlo a través de su ropa interior.

—Creo que sé cómo quiero manejarlo —le dije.

Me miró inseguro.

—¿Estás segura? Si quieres simplemente podemos ir a dormir.

—No quiero. Te quiero dentro de mí. Quiero despejar la mente. —Le deslicé el calzoncillo por las piernas y se lo liberé de los pies. No se resistió.

Apenas lo hice, me envolvió con los brazos musculosos y me besó la boca apasionadamente, mientras deslizaba la mano por mi torso hasta mi ropa interior, al tiempo que yo le acariciaba el pene. La forma en que respondió con tanta rapidez a mi roce hizo que mi parte íntima se calentara.

—Puedo hacerlo —me susurró al oído, su mano rondando mi sexo que ardía de deseo—. Tomémonos nuestro tiempo.

El sexo fue lento y profundamente apasionado. Vincent se mantuvo cerca de mí, acunándome, pecho contra pecho, mientras entraba y salía de mi cuerpo. Cuando acabamos juntos, fue lo más cerca que me había sentido de otra persona. Después de eso, se encargó del preservativo y regresó para alzarme sobre su regazo.

—Eso fue increíble —me dijo.

—Coincido contigo. Estoy agotada. —En realidad, me encontraba en un verdadero éxtasis posterior al coito.

Inhaló profundamente.

—Kristen —me dijo—, nunca dejaré que nadie te lastime.

Resultaba conmovedor que aún estuviera pensando en la situación de Marty.

—No tienes que protegerme, Vincent.

—No me lo estás pidiendo, pero lo haré.

Me moví un poquito hacia arriba, de modo que mi mano descansó sobre su pecho, y observé su rostro franco. Fue en ese momento que me di cuenta de que realmente yo creía en lo que me decía. Quizás Vincent era mi tipo después de todo. Al cerrar los ojos y acurrucarme más en su abrazo, lo último que vi fue la luz de mi teléfono celular, la única luz en la habitación. Brilló un momento en la parte posterior de mis párpados y luego se disipó, para dejarme disfrutar de la calidez del momento.

La historia de Kristen y de Vincent continúa en:

Entregarse a lo Secreto

